

JOSÉ MARTÍ EN NUEVA YORK, 1889- 1895: PRELUDIO DIPLOMÁTICO DE LA
GUERRA NECESARIA

RODOLFO SARRACINO

JOSÉ MARTÍ EN NUEVA YORK, 1889- 1895: PRELUDIO DIPLOMÁTICO DE LA
GUERRA NECESARIA

RODOLFO SARRACINO

Centro de Estudios Martianos

La Habana, 2017

ÍNDICE

Agradecimiento/

Introducción/

Capítulo I. Martí. Su observación de la política interna y externa de Estados Unidos. Su esperanza de apoyo hispanoamericano, en particular argentino, a la causa de la independencia de Cuba./ Evolución del radicalismo revolucionario de José Martí.

Capítulo II. Aproximación de José Martí a la cultura, la sociedad y las tradiciones de la Argentina./

Capítulo III. La visión de José Martí de la evolución de la Argentina hacia la unidad nacional./

Capítulo IV La labor periodística y diplomática de José Martí en la Conferencia Internacional Americana. Auge de la derecha en el Partido Republicano de Estados Unidos. La crisis económica argentina de 1890. Renuncia del presidente Miguel Juárez Celman y de Roque Sáenz Peña.

Capítulo V. Nombramiento y renuncia de José Martí al Consulado General de la Argentina en Nueva York. Diferencias jurisdiccionales del Ministro Plenipotenciario argentino con su ministerio. Las altas prioridades de la política exterior argentina.

Capítulo VI. Estanislao S. Zeballos y la cesión de armas argentinas a España. El último encuentro de Zeballos con José Martí. Martí confirma a México en su visión estratégica/.

Epílogo y conclusiones/

Cronología/

Bibliografía/

Anexos: Documentos citados relativos a Martí./

AGRADECIMIENTO

La oportunidad excepcional de leer los documentos donados al Centro de Estudios Martianos en 1991 y en el 2009 por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina acerca de los quince meses durante los cuales Martí desempeñó el cargo de cónsul en Nueva York, evidenció la necesidad de revisar detenidamente su designación y su renuncia en el contexto político y económico de las relaciones entre la Argentina, España, Estados Unidos, Brasil, Chile y México y muy especialmente, en el período apuntado, de estos países con la revolución cubana.

Fue un esfuerzo enderezado a llenar, hasta donde la nueva documentación lo permitió, un vacío casi total en torno de hechos que constituyeron una experiencia de enorme trascendencia para el Apóstol. Los resultados dejan abiertas nuevas vertientes investigativas, más allá de las cartas y notas diplomáticas actualmente disponibles, que iluminan resquicios insospechados de la historia, no sólo de los pueblos y estados directamente concernidos, sino de toda la América hispana, en su constante accionar con el emergente imperio estadounidense.

El trabajo fue posible gracias al respeto del gobierno argentino por la verdad histórica, y su esfuerzo por hallar, en los archivos de su Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, para donarlas al Centro de Estudios Martianos, las copias de los documentos sobre la gestión consular de José Martí. Con todo, la impresión que deja la lectura de esos escritos es que aún faltan algunos, que tal vez futuras investigaciones consigan descubrir.

RS

INTRODUCCIÓN

En agosto del 2009, se instruyó a este investigador preparar para dar a conocer la referida colección de unos 120 documentos acerca de la designación y el desempeño de Martí en el Consulado General de la Argentina en Nueva York.

El propósito era publicar en un tomo toda la documentación donada. Se concebía una presentación similar a la que se hiciera con los documentos consulares de José Martí en el libro *José Martí Cónsul de la República Oriental del Uruguay. Documentos*, obra de utilidad para los investigadores, que se presentara en el Centro de Estudios Martianos en el 2009. Después de 42 años de trabajo en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba, veinte de ellos en el servicio exterior, fue un reto interesante para este investigador iniciar un estudio referido a Martí cónsul, episodio cuya obvia trascendencia ha constituido, sin embargo, un vacío historiográfico requerido de una aproximación más detenida.

En lugar de una presentación, urgía una investigación profunda de los documentos mencionados y su contexto, entre los cuales figuran algunos particularmente relevantes para comprender las motivaciones de algunos dirigentes importantes del gobierno bonaerense en torno al nombramiento de Martí, su aceptación del cargo de cónsul y su posterior dimisión. La investigación abarcó necesariamente aspectos relevantes del complejo contexto político argentino e incluso del internacional.

Se realizó una indagación inicial, antes de acometer un empeño de mayor rigor,¹ acerca de la gestión consular de Martí, en el marco de la delicada situación

¹ El autor se referirá brevemente a la historia que se desarrollaba por aquellos días en la Argentina sólo para comprender cómo ésta influía en su política exterior y consiguientemente en la opinión de Martí sobre el potencial económico, cultural y político de su pueblo. Por eso en los dos capítulos que siguen se reproducen varias citas de Martí que evidencian como veía él al gran país austral, que, por cierto, nunca llegó a visitar, a pesar de haber sido invitado a hacerlo- reflejando en medida apreciable lo que leía sobre éste en la prensa estadounidense e internacional. Pero para el lector que desee profundizar en los temas apasionantes de la historia de la Argentina propiamente dicha, se han incluido varias notas que resumen algunas de las más recientes pesquisas de investigadores argentinos y de otras nacionalidades, entre ellas algunas que aparecen en Internet sobre temas

política interna de la Argentina y sus relaciones cada vez más complicadas con Estados Unidos, Brasil y Chile, en momentos en que, según Vicente Gregorio Quesada,² Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la Argentina en Washington, los dos últimos países pactaban en secreto un acuerdo de ayuda militar recíproca ante la perspectiva de una guerra contra la Argentina por los extensos territorios de Misiones y la Patagonia.³

La documentación oficial sugiere que el gobierno argentino, tal como lo representaba Roque Sáenz Peña, jefe de la delegación bonaerense a la conferencia Internacional Americana, estaba convencido de que Estados Unidos mantenía a su país en la mira expansionista. Había coincidencias significativas entre la política exterior argentina con varias potencias europeas y también con José Martí en lo relativo a la necesidad de detener la expansión estadounidense antes que intentara apoderarse, a partir del istmo, de toda Hispanoamérica; y ya al final de la Conferencia Internacional Americana, con su contribución elocuente y persuasiva en la prensa, parecía que al menos el jefe de la delegación argentina a la Conferencia, se detuvo a considerar la posibilidad de intentarlo en las Antillas Hispanoamericanas. Ello explica, también, su esfuerzo por lograr que el Ejecutivo aprobase a Martí como Cónsul en Nueva York, designación que este en ningún momento había solicitado, tal como hizo constar en su eventual renuncia formal al cargo un año después.

Todo está fundamentado en documentos oficiales procedentes del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Argentina y libros de la época, en particular las obras sobre las experiencias diplomáticas, ya citadas, de Vicente Gregorio Quesada, hombre cercano a Julio Argentino Roca, cuya notoria

que directa o indirectamente contribuyeron a formar los firmes criterios del Apóstol sobre ese país y las fuentes que han de facilitar estudios de seguimiento.

² Vicente G. Quesada: *Mis Memorias de Brasil. Misión ante el gobierno de Brasil*, (2 tomos), Buenos Aires, 1907.

³ En relación con esta temática puede consultarse la obra del ministro Vicente Gregorio Quesada: *Recuerdos de mi vida diplomática: misión en Estados Unidos (1885-1892)*, Buenos Aires, 1905. Véase también, del propio autor, *Mis Memorias Diplomáticas* (Capítulos 4, "La cuestión Misiones", pp. 418-440) y 5 ("Don Pedro II, Emperador del Brasil" pp. 441-473), Buenos Aires, Pablo Emilio Coní, 1907.

influencia política en la Argentina Martí, y los críticos de la época, observaron cuidadosamente por su significativas consecuencias para ese país y de hecho para toda la América española.

Pero adicionalmente las notas diplomáticas evidencian un trasfondo de maniobras de los círculos de poder argentinos que luchaban intensamente por consolidar sus intereses personales y clasistas, independientemente de ética y principios. No constituyen, por razones obvias, un objetivo priorizado en la investigación, pero lo que trasciende ilustra el funcionamiento del sistema diplomático argentino y su tacto internacional ocasionalmente errático en los instantes en que Martí luchaba contra el tiempo por organizar la gesta emancipadora de 1895.

En el curso de ese análisis abordamos las relaciones amistosas y profesionales de Martí con el titular de la legación argentina, que ignoró su amistad en el momento del incidente consular provocado por el gobierno español, lo que constituye otro de los aspectos importantes, casi totalmente olvidado por nuestra historiografía, que hemos tratado en nuestra investigación.

Fue posible comprobar como el Apóstol, con su invariable ética revolucionaria, su alto sentido de la dignidad, su ejemplar firmeza de principios y profunda cultura política, se enfrentó a la sórdida artimaña de la legación española, sin dejar la menor duda sobre su lealtad hacia la revolución que organizaba y al propio tiempo hacia la República Argentina.

Es de lamentar que la búsqueda no rindiera, en ambas colecciones, un solo informe político o económico de José Martí sobre la situación política, social y económica en Estados Unidos, dirigido a su ministro de relaciones exteriores en Buenos Aires o a su Ministro Plenipotenciario en Washington. Se trata de una paradoja apartada de su estilo de trabajo y de la práctica consular incluso en nuestro tiempo, destacada por la inevitable comparación de su gestión al servicio de Uruguay, en la que se observan informes anuales y algunos especiales sobre esa temática de gran valor histórico.

Es probable que esos informes se encuentren archivados en el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina. Si no fuera el caso, futuras investigaciones deberán elucidar la razón de este vacío, tanto más notable cuanto que, como se detalla en estas líneas, Martí fungió en la práctica como Cónsul General en los quince meses del desempeño de sus responsabilidades consulares.

Es cierto que entre los documentos recibidos se encuentran decenas de informes, sólo en apariencia insustanciales, por ejemplo, sobre la venta de sellos que las leyes argentinas imponían por los servicios consulares y los informes de gastos, incluyendo emolumentos, que en esta fase preliminar de las investigaciones no se han considerado, salvo en aspectos de evidente relevancia como documentos de contexto. Es una labor que, de faltar tiempo o posibilidades materiales a este investigador, aguarda a futuras generaciones de investigadores.

Son estos algunos de los temas de la pesquisa sobre los documentos recibidos, la mayoría de los cuales se hallaba en los archivos de la Biblioteca del Centro de Estudios Martianos.

El lector puede verificar por sí mismo, en las páginas que siguen, hasta que punto eran complejas las condiciones en que Martí, a partir de 1890, con su triple representación consular, pero aún con recursos insuficientes, en plena lucha por la unidad de los emigrantes cubanos y sus activísimas gestiones revolucionarias, desempeñaba por aquellos días su apostolado por la libertad e independencia de Cuba.

Comprobará que ya en ese período estaba convencido que la guerra necesaria no se decidiría sólo en el campo de batalla, sino, casi en pareja medida, también en la esfera de las relaciones políticas internacionales y sus complejas interacciones, en las que las grandes potencias europeas eran protagonistas importantes, monarquías en su mayoría, que intentaban equilibrar al naciente imperialismo estadounidense, empeñado en disminuir la influencia continental de éstas, en la lucha por el control de las economías, mercados y riquezas naturales latinoamericanas y asiáticas.

Se comprenderá, asimismo, que Martí tenía conciencia plena de que en la lucha independentista España era sólo el obstáculo inmediato, tal vez el menor. El omnipresente peligro mayor, por cierto hasta los días que corren, era y es Estados Unidos, y las acciones de Martí en el campo de las relaciones internacionales por aquellos días se enderezaron, en todas las circunstancias, a neutralizar a ese adversario, aún en acecho de la mejor oportunidad para privar a todo el hemisferio de sus riquezas naturales, y en orden de prioridad, a Cuba. No lo logró durante la Conferencia Internacional Americana por la enérgica oposición de la delegación argentina, alentada por los elocuentes y persuasivos

artículos de José Martí, y porque, digámoslo francamente, el gobierno estadounidense no había desarrollado aún la pericia política para manipular el entreguismo y los atavismos clasistas, hoy devenidos tradicionales, con los que vieron la luz las oligarquías latinoamericanas, a toda costa empeñadas en asegurar mercados para sus productos primarios e importar bienes suntuarios en tanto cumplían su servil destino de entregar al imperialismo las riquezas nacionales y pueblos en las más viles acciones políticas.

CAPÍTULO I

LA OBSERVACIÓN SISTEMÁTICA DE JOSÉ MARTÍ A LA POLÍTICA INTERNA Y EXTERNA DE ESTADOS UNIDOS. SU ESPERANZA DE APOYO ARGENTINO A LA CAUSA DE LA INDEPENDENCIA DE CUBA.

Asombra la consagración de Martí, en medio de sus crecientes compromisos revolucionarios y las turbulencias económicas, sociales y políticas de su entorno, al estudio sistemático de la sociedad estadounidense, reflejado en sus más de

trescientas crónicas a los periódicos *La Nación* de Buenos Aires y *El Partido Liberal* de México, entre otros.

Poco tiempo después de su llegada a Nueva York, en enero de 1880, Martí ya había confirmado sus sospechas de que Estados Unidos constituía el peligro mayor para Cuba y la América hispana. Ya no lo eran, como en los tiempos de Bolívar, las monarquías imperiales europeas, sino los gobiernos republicanos estadounidenses, con su declarada y cada vez más pronunciada inclinación a la intervención y a la expansión territorial hacia las Antillas y Sudamérica mediante la aplicación del poder militar.

No era una conclusión improvisada. Lo cierto es que desde su estancia en México, Guatemala, y Venezuela, incluso España, Martí había tomado nota en la prensa, revistas y libros de las actividades de Estados Unidos en su esfuerzo por ingresar en el círculo de las potencias mundiales.

Pero fue su permanencia de más de quince años en Nueva York, su observación directa y objetiva de la sociedad norteamericana y su interacción con el mundo, principalmente con la América hispana, lo que marcó su formación irrevocablemente antimperialista.

Además de sus contactos ocasionales con los intelectuales, los obreros, los militares, los comerciantes e industriales, los campesinos, los políticos, los intelectuales, los grandes capitalistas, Martí leyó vorazmente, con profundo sentido crítico, los periódicos, revistas, libros, todo lo que se publicaba en la gran urbe neoyorquina sobre la cultura, la historia, la vida diaria, además de buena parte de lo que se publicaba en Europa sobre Estados Unidos.

Cuando le faltaban los cinco centavos para comprarlos, solía detenerse en los puestos de venta y los leía en la calle o en las bibliotecas públicas. Su voluntad de aprender y conocer cuanto pudo de Estados Unidos aumentó en extensión y profundidad su conocimiento de la sociedad y la política estadounidense como un fenómeno imperialista naciente. En 1884, Martí tomaba nota de las contradicciones entre los imperios recién nacidos de la Alemania unificada, conducida por Otto E. Leopold Von Bismarck, y Estados Unidos. Siguió cuidadosamente a partir de ese año la lucha que entabló el gobierno alemán contra la provocadora política de inmigración estadounidense, que ofrecía estímulos y privilegios excepcionales a la juventud alemana para que se estableciera en la nueva frontera estadounidense y las prósperas ciudades de ese país.

Un promedio de cien mil de ellos, nos dice Martí, emigraba anualmente a Nueva York con ese fin, privando a Bismarck de hombres educados, en plena edad productiva, candidatos a integrar las filas de sus poderosas fuerzas armadas, con el consiguiente debilitamiento de la economía imperial y de su propia política expansionista. Era un temprano antecedente de la aplicación de una política de migración con fines desestabilizadores, similar a la que hoy experimentamos los cubanos y otros países de América Latina. Los criterios de Bismarck sobre Estados Unidos eran bien conocidos y Martí los ventilaba desde las páginas, sobre todo de *La Nación* de Buenos Aires y *El Partido Liberal de México*.

Bismarck gruñe, y da con la bota de hierro en el suelo, cada vez que los vapores de inmigrantes se le llevan a América, con sus gabanes de lana, y sus cachuchas, la pipa en los labios y en la mano la jarra de cerveza, a una barcada de soldados futuros, de espaldas anchas y corazón bueno. Bismarck aborrece a los Estados Unidos.

Y no mucho tiempo después, entre 1883 y 1886, Martí describió la pugna en el Pacífico entre ambos aspirantes imperiales en torno a la anexión de las Islas Marshall y las de Samoa. En esta última medió Inglaterra, entonces unida a Alemania por el común temor a Rusia. No faltaron los cañonazos, el desembarco de tropas y finalmente un acuerdo entre Alemania y Estados Unidos, arbitrado por Inglaterra, dividiéndose el archipiélago entre los tres países. Pero para Martí la importancia de estos incidentes se hallaba en que ambos imperios europeos se habían unido tácticamente para frenar la expansión de Estados Unidos. El 13 de junio de 1889 lo afirmaba en *La Nación*:

No sería lo de Samoa de tanto interés si el principio sentado en la Conferencia de Berlín pudiera olvidarse en los casos futuros en que choquen, en los países de América y sus alrededores, los intereses europeos y los yanquis.

No menos significativos para Martí resultaron los tanteos expansionistas de Estados Unidos en la América Central. Se desembarcaron *marines* en 1885 en Panamá y se presionaba abiertamente a los gobiernos centroamericanos. Martí

denunciaba en febrero del propio año en *La Nación* “la tentativa de unir por la fuerza bajo un solo imperio las cinco repúblicas de Centroamérica”. El futuro de Cuba y América Latina peligraba. Nunca había hablado José Martí tan directamente al referirse al emergente imperialismo norteamericano.

El otro incidente, sumamente educativo para Martí, fue el que protagonizó el editor y provocador Augustus K. Cutting, que había sido juzgado en junio de 1886 en la ciudad de Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez), hallado culpable y sentenciado a pedir excusas en su propio diario por el daño infligido al publicar un libelo contra un periodista mexicano que trataba de establecer un nuevo periódico en la ciudad. Y, como incumpliera su compromiso contraído ante un juez, fue arrestado. En julio de 1886 el gobierno de Estados Unidos entregó un ultimátum al gobierno mexicano en el que se exigía la libertad “inmediata” del editor arrestado, que literalmente provocó un incidente a punto de desatar una nueva guerra de despojo contra México.

Su investigación de los hechos permitió a Martí evaluar el alistamiento del mecanismo de agresión contra México. Comprobó, por otra parte, la inexistencia de escrúpulos y ética en las relaciones entre los partidos demócrata y republicano y en lo interno de cada uno de ellos. Cobró Martí, también, un conocimiento objetivo del peligro del anexionismo, y cómo actuaba desde los estados fronterizos con México. Y cómo, desde el otro lado de la frontera, esas iniciativas hallaron eco en ciertos altos oficiales del Ejército mexicano, hecho prácticamente desconocido en la historiografía mexicana. Presenció la oposición a la intervención militar yanqui de los intereses inversionistas ingleses y alemanes en el Norte de México, e incluso de las propias empresas inversionistas norteamericanas propietarias de minas de oro y plata en territorios cercanos a la frontera mexicana con Estado Unidos.

Pues bien, esta experiencia Martí la incorporó a su estrategia del equilibrio internacional para impedir la anexión de Cuba a Estados Unidos mediante la aplicación de ese principio en las relaciones internacionales.

También observó Martí la inclinación permanente a la violencia de una parte del pueblo estadounidense, principalmente en los estados del Sur, que se fundamentaba, y aún hoy se fundamenta, en la ignorancia y el desprecio hacia los pueblos del Sur del Río Grande. La oligarquía terrateniente de esos estados derrotados en la Guerra de Secesión, continuaba incitando al pueblo a saciar su hambre de tierras y riquezas de otros pueblos; una generación tras otra se nutría de la nostalgia por la expansión territorial que hoy por cierto es evidente en las prédicas de algunas iglesias

protestantes y de los actuales grupos xenófobos y neo nazis que hoy constituyen la base de masas del movimiento neoconservador de Estados Unidos, cuyo legado, permanentemente activo en el Congreso del país, mantiene aún maniatado al actual gobierno.

En ese incidente se hizo patente algo de gran importancia para la lucha martiana por la independencia de Cuba: la división del Derecho Internacional estadounidense en dos líneas divergentes: el Derecho “utópico”, que reivindicaba las negociaciones bilaterales y el arbitraje como fórmula para dirimir las diferencias entre los estados, influido por el positivismo en el plano internacional, y el Derecho Internacional “realista”, fundamentado en la revisión desde posiciones de fuerza de todo cuanto se opusiese a la expansión internacional de Estados Unidos. Dos jurisconsultos de relieve, George Sedgwick y John Bassett Moore, partidarios, el primero de la tendencia utópica y el segundo de la “realista”, subsecretario de estado, alcanzaron algún relieve por aquellos días. Otro tema acerca del cual, por cierto, Martí se permitió aconsejar al gobierno de Porfirio Díaz. fue el de la necesidad de informar al pueblo estadounidense de la verdad de los hechos desde el punto de vista mexicano. A Manuel Mercado le dijo que había que “ganarle las avenidas” de la información a una población norteamericana ignorante, generalmente engañada por una prensa al servicio de la gran burguesía y sus dos partidos políticos y llevada a derramar su sangre en la defensa de las peores causas.

Fue su cultura en Derecho Internacional Público, el *Ius Gentium* o *Derecho de Gentes Romano*, acerca del cual redactó su trabajo del fin de su carrera de Derecho, la realidad que movió a Martí, pocos días antes de su muerte, cuando ya se encontraba en los campos de Cuba, a aproximarse a los gobiernos de Inglaterra y Alemania, mediante dos cartas en las que prometía la apertura del mercado cubano a las inversiones y el comercio internacionales, a fin de tratar de poner en práctica, sobre todo después del triunfo revolucionario, un equilibrio entre ambos imperios europeos bien armados, con grandes intereses económicos y estratégicos en Cuba y el Caribe hispano, y la ambiciosa republica del Norte en este Hemisferio, con el fin de evitar la anexión de la Isla a Estados Unidos.

No era cuestión de trocar un imperialismo por otro, sino de ganar tiempo, empleando el interés económico y comercial de ambos países en Cuba, “mientras llegamos a ser bastante fuertes para defendernos por nosotros mismos”, según afirmara en 1888.

En el plano interno, tal vez la más perturbadora de sus experiencias iniciales con el sistema político estadounidense, a sólo un año de haberse establecido en Nueva York, fue el asesinato del Presidente James A. Garfield. El recién electo presidente, hombre de profunda vocación reformista, héroe de la Guerra de Secesión, que comenzaba a ser amado por su pueblo porque libraba una guerra sin cuartel contra la corrupción y los grupos de presión dentro de su propio partido, fue arteramente asesinado.

Martí se preguntaba si habría sido víctima de una conspiración. Las preguntas que Martí se hizo son, por cierto, clásicas en los anales de las fiscalías de todos los tiempos y países: “¿a quién favorecía la muerte de Garfield?” E insistía, “¿qué lazo singular ha venido a unir a un mismo tiempo el resultado de los insanos y desmesurados apetitos del asesino, y el interés de un partido político?” [...] “¿Qué sutil veneno no se habrá tal vez vertido por hábiles manos en el espíritu de este criminal, conocido y servidor de todos aquellos en quienes caería irremediabilmente la herencia del poder, si muere Garfield?” Su análisis minucioso llevó a Martí a sospechar nada menos que de James G. Blaine, el propio Secretario de Estado del presidente; de Roscoe Conklin, senador y *boss* del Partido Republicano en Nueva York, y del Vicepresidente, Allan Chester Arthur, trío bien conocido por su falta de escrúpulos en el manejo de los asuntos partidarios y del Estado. Fue este, por cierto, uno de los primeros contactos de Martí con Blaine, a quien se enfrentaría durante la Conferencia Internacional Americana y la Conferencia Monetaria Internacional, en 1889 y 1890 respectivamente.

Después de la muerte de Garfield, Martí se consagró a profundizar su visión crítica de Estados Unidos. Observó de cerca la vida de los obreros y los desposeídos de la gran ciudad y sus alrededores, de las regiones y centros urbanos que visitaba en sus actividades revolucionarias y a cuyas reuniones asistía. Con ellos conversaba y escuchaba sus opiniones sobre todo lo que en el país acontecía. Leía incansablemente lo que de política y cultura se publicaba en Nueva York, y lo que se importaba. Leyó en su casa, en las bibliotecas, en ocasiones ante los anaqueles de las librerías y en los puestos de periódicos, y lo registraba todo en su memoria prodigiosa.

Otro de los hechos internos de mayor influencia en la opinión martiana del sistema político norteamericano fue el que en mayo de 1886 llevó a la horca a tres anarquistas alemanes y un estadounidense. Comprendió cabalmente el poder propio

de la prensa plutocrática en la formación de la opinión del pueblo. Sintió en su propia carne el efecto de la propaganda antiobrera, que caracterizaba, con una visión falsa y sectaria, a los militantes y dirigentes de la clase obrera como asesinos inescrupulosos.

Pero Martí superó esa influencia durante las angustiosas semanas posteriores a los hechos, leyó en la prensa obrera su propia visión de lo acontecido y llegó a la conclusión de que era el propio estado el que desarrollaba una política sangrienta y represiva contra la clase obrera que luchaba por sus justas reivindicaciones. Estos y otros hechos violentos llevaron a Martí a comprobar el mal estructural de la sociedad y del sistema político norteamericano, y comprobar que donde hay injusticia, represión violenta de clases, discriminación racial, asesinatos políticos, incluso magnicidios impunes, corrupción generalizada e indetenible, dentro y fuera del gobierno; en fin, donde se vive en una crisis moral y ética permanente, no puede existir una política exterior de principios, mucho menos de respeto por los derechos de los pueblos, sobre todo de los más débiles, y por la observancia de las reglas internacionales de igualdad entre los Estados y otros principios de la convivencia entre naciones. El apóstol comprendió que Estados Unidos no podía ser un modelo social ideal para Cuba.

CAPITULO II

APROXIMACIÓN DE JOSÉ MARTÍ A LA CULTURA, LA SOCIEDAD Y LAS TRADICIONES DE LA ARGENTINA

Tales son las condiciones que hicieron del período que abarca la investigación un desafío para Martí, iniciado paralelamente a su gradual aproximación a la Argentina, sobre todo desde el punto de vista cultural y eventualmente político. Reconocer y comprender el alcance de ese acercamiento es imprescindible para interpretar cabalmente los hechos en ese breve pero importante período de su vida.

Es posible afirmar que uno de los rasgos más reveladores de sus crónicas y correspondencia entre 1876 y 1890 fue su intensa admiración por ese gran país, comparable sólo con el afecto que experimentaba por las patrias de Juárez y Bolívar; su respeto y admiración por la cultura y tradiciones bonaerenses, y por la grandeza de sus hombres y mujeres. Sus notas biográficas de los héroes argentinos, como José de San Martín, Manuel Belgrano, Domingo Faustino Sarmiento y tantos otros, son testimonios notables de ese sentimiento y de su obra, de gran valor histórico y literario.

Por lo menos desde 1876 Martí mantenía su pupila fija en los argentinos que sobresalían por su visión americana. En ese año, por ejemplo, Martí destacaba a personalidades argentinas, como el publicista y diputado Luis Varela, a quien Martí llamaba cariñosamente “el doctor de Buenos Aires”. Su obra, *La democracia práctica*, suscitó en Martí profundas reflexiones en las que vislumbraba el futuro de su América adorada, que Argentina representaba y que comenzaba a cobrar forma en su intelecto:

El sueño comienza a cumplirse. América, gigante fiero, cubierto con harapos de todas las banderas que con los gérmenes de sus colores han intoxicado su sangre, va arrancándose sus vestiduras, va desligándose de estos residuos inalгамables, va sacudiendo la opresión moral que distintas denominaciones han dejado en ella, va redimiéndose de su confusión y del servilismo de las doctrinas importadas, y vive propia vida, ora vacilante, firme luego, siempre combatida, estorbada y envidiada, camina hacia sí misma, se crea instituciones originales, reforma y acomoda las entrañas, pone su cerebro sobre su coraza, y contando sus heridas, calcula sobre ellas la manera de ejercitar la libertad.⁴

Para el joven José Martí, de la obra de Luis Varela, según afirmara entonces, podía derivarse el proyecto de constitución de la nueva América hispana que ya visualizaba.

De los grandes próceres, por otra parte, destacaba sus ideas cual si pintara con trazos vigorosos retratos históricos. De José de San Martín, decía:

[...] A San Martín grande y sereno [...] en su levita azul con charreteras y pantalones de galón de oro, militar imperante, austero y culto, de tan visibles dotes, que con oírle hablar aparecía su superioridad considerable entre sus contemporáneos, y tan tierno y

⁴ José Martí: *La democracia práctica*, libro nuevo del publicista americano Luis Varela, diputado argentino, en O.C. t. 7, p. 348.

profundo en sus afectos, que, de ver tan grande el hombre, se consolaban los demás de serlo.⁵

Y cuando deslumbrado descubre las evocaciones postreras de la obra *Memorias de un octogenario*, de Henry Hill, pletórico de situaciones en los límites de lo humano, Martí percibe la imagen inmensa de José de San Martín, en lo alto de las cimas de los Andes:

Y el libro en que como vivo que se va, cuenta Henry Hill muy de prisa todo esto, surge, como de aquel mismo grandioso panorama surgía entonces, la figura férrea, solemne, vigilante; la patriarcal figura del hijo de Tapeyú, docto en mundo, tierno en familia, recio en mando, maestro en virtud difícil, menos grande que desinteresado: José de San Martín, padre de América.⁶

A Belgrano le reserva una reflexión que bien representa su nobleza y modestia: "Manuel Belgrano, con hazañas y humildades, sacaba la cabeza por encima de los héroes griegos".⁷

A *Facundo*, obra maestra de Domingo F. Sarmiento, la llamó "libro de fundador", a pesar de sus bien conocidas reservas por algunos aspectos de su contenido. Y en la callada intimidad de sus libretas de apuntes, estrictamente personales, escribía:

Hay una vida de Abraham Lincoln, publicada en 1866 – Appleton – por D. F. Sarmiento. Hay en el estilo una mezcla singular de sobriedad clásica, de corrección castiza, y de impureza galicana. Se ve el

5 -----: *La América*, "A propósito del libro de Henry Hill *Los recuerdos de un un octogenario*", New York, febrero de 1884, en OC, La Habana, 1963-65, tomo 8, p. 318.

⁶ Ibidem.

⁷ Ibidem.

hombre hecho a grandes lecturas, y capaz de honrados pensamientos.⁸

No podía imaginarse Martí, al escribir esas líneas, que esa vigorosa personalidad de la política y de la literatura de la Argentina y de América Latina, le obsequiaría un “honrado pensamiento”, sin conocerlo personalmente, en una crítica pública de gran valor personal. Fue la crónica dedicada a la Estatua de la Libertad,⁹ publicada en *La Nación* de Buenos Aires, que en agosto de 1886 despertara la admiración de Sarmiento. Vale evocar lo que éste dijo a Paul Groussac:

Tuvo la inauguración de la estatua (...) por historiógrafo a Martí, un cubano, creo, y Ud. verá que sus emociones son las del que asoma á la caverna de los cíclopes ú oye la algazara de los titanes ó ve rebullirse el mundo futuro [...] Siendo Martí cubano, póngase “elocuencia hispano-americana”. Y bien, todas las grandezas que Martí, nuestro representante de la lengua castellana ha sentido, acogido y descrito van á quedar en Buenos Aires, y pasar como ráfaga perfumada de una hora (...) Y aquí viene el objeto de esta carta y es pedirle que traduzca al francés el artículo de Martí, para que el teléfono de las letras lo lleve a Europa, y haga conocer esta elocuencia sud-americana áspera, capitosa, relampagueante, que se cierne en las alturas sobre nuestras cabezas [...] En español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal [...] Deseo que le llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo de Goya, el pintor español de los grandes borrocones con que habría descrito el caos.¹⁰

⁸ José Martí, *Obras Completas*, La Habana, “Cuadernos de Apuntes”, t. 21.

⁹ -----: “Fiestas de la Estatua de la Libertad”, *La Nación*, Nueva York, octubre 29 de 1886, en OC, T. 11, p. 100.

¹⁰ Domingo Sarmiento, Carta a Paul Groussac, de la redacción de *La Nación*, enero 4 de 1887, en *Obras Completas de D. F. Sarmiento*, Buenos Aires, 1900, t. XLVI, p. 4.

Martí, justificadamente orgulloso, escribía a Manuel Mercado, su querido amigo mexicano:

En paquete separado le mando una carta que acaba de publicar a propósito de mí en Buenos Aires el glorioso y anciano ex Presidente Domingo Sarmiento. Ya verá que enormidades dice; pero yo se lo envío con placer, para que vea que su amigo no lo deshonra. Si U. cree que *El Partido*¹¹ deba reproducirla, para que se vea que tiene en casa gente estimada, envíeme algo más que un ejemplar, porque a mi tierra no la he mandado, y así satisfaría el deseo pueril de que se leyese esa exageración en mi tierra. No me diga orgulloso. Pero endulza mis penas el sentirme amado.¹²

Ya el año anterior Martí había recibido un importante indicio de aprecio de Buenos Aires, cuando el periódico *La Nación* lo invitara a viajar a la capital para asumir la jefatura de su redacción. También a Manuel Mercado le había confiado: “*La Nación* me manda a buscar de Buenos Aires: claro está que no puedo ir, con mi tierra sufriendo a la puerta, que algún día puede tal vez necesitarme” [...]”¹³

Pero no hay duda que la edificante crítica de Sarmiento fue posiblemente el mayor reconocimiento a su talento literario que recibiera Martí en vida, que lo elevó en la estimación de la intelectualidad y los círculos gobernantes argentinos, y lo colocó a la vanguardia de la literatura hispanoamericana de

¹¹ Se refiere al diario *El Partido Liberal* de México.

¹² José Martí, Carta a Manuel Mercado, New York, [19 de abril de 1887] *Epistolario*, t. 1, 1862-1887, p. 397, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editorial de Ciencias Sociales, 1993. Véase también « Epistolario », Nueva York, 1888, OC, t. 20, p. 132. La fecha en esta fuente es incorrecta.

¹³ -----: Carta a Enrique Estrázulas, Nueva York, octubre 20 de 1887 en *Epistolario*, OC, t.20, pp. 186-187. Véase también en *Epistolario*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editorial de Ciencias Sociales t. 1, p. 412, 1993.

entonces y para siempre. Es interesante que esta intensa y grata emoción, de las pocas que la vida le deparó, haya provenido precisamente de la Argentina y nada menos que de uno de sus grandes hijos. Ese reconocimiento robusteció hasta el fin de sus días el cariño y la admiración de Martí por ese país y el sueño de su posible contribución a la independencia de Cuba y del resto de la América Hispana.

Capítulo III

EL LARGO CAMINO DE LA ARGENTINA HACIA LA UNIDAD. LA VISIÓN VEHEMENTE DE JOSÉ MARTÍ.

En 1880, iniciaba Martí su prolongada estancia neoyorquina, y con ella una etapa importante de su vida. Allí sería testigo excepcional del nacimiento del imperialismo estadounidense. Justamente en ese año la Argentina comenzaba a dejar atrás las brumas del gobierno de Juan Manuel de Rosas y la memoria de su política represiva en la vida nacional del gran país austral se disipaba. Antes de 1880, tres gobernantes habían iniciado reformas que se apartaban del camino de Rosas: Bartolomé Mitre (1862—1868), Domingo Faustino Sarmiento (1868—1874) y Nicolás R. A. Avellaneda (1874—1880). En el gobierno de este último se inició la exportación de carne argentina a Inglaterra en barcos refrigerados, se continuó la construcción de ferrocarriles que desde el interior conducían las reses a Buenos Aires, donde se embarcaban en veloces vapores de carga hacia el Atlántico, además de los cereales y las fibras que llevarían a Inglaterra y Europa continental.¹⁴

¹⁴ Para la información histórica de la “década dorada”, puede consultarse a Flavio, Carlos A. y Cesar A. García: *Historia Política de la Argentina Contemporánea, 1880-1893*, Editorial Alianza, Buenos Aires, 1991. Puede consultarse también *Historia Marxista de Argentina*, de la editora digital Avizora, monografía firmada por Landau (se trata probablemente de un equipo de historiadores marxistas

Entre 1880 y 1889, bajo la autoridad del “cazador de indios”, Julio Argentino Roca, héroe de la “conquista del Oeste” y de la “campana del desierto” — y de los acaudalados representantes de la élite terrateniente, su generación y las que le siguieron — el país de las pampas infinitas, generosas productoras de ganado y cereales de enorme potencial exportable, crecía a un ritmo sin paralelo en el resto de América Latina.

Un flujo ininterrumpido de inmigrantes españoles, italianos, alemanes, franceses, libaneses, sirios, armenios, suizos, rusos y de otros países centroeuropeos, llegaba a las costas bonaerenses y se instalaba en la capital y en otras grandes urbes. Los menos se internaban en busca de trabajo en el interior del país. En esos diez años más de 840,000 inmigrantes europeos llegaron a Buenos Aires. En 1914 ya había más de diez millones de habitantes en el país. Fue sin duda un período de auge económico que produjo un ambiente de paz, favorable a los procesos de reformas institucionales que conducirían a la unificación definitiva del país.¹⁵

La República Argentina y su élite de grandes estancieros necesitaba espacio y los grupos humanos originarios, particularmente los mapuches araucanos, y otros grupos autóctonos menores, que durante 350 años habían resistido heroicamente las campañas del ejército colonial chileno, venían asentándose en tierras desiertas nominalmente argentinas, y se negaban a cederlas. Preferían morir luchando antes que convertirse en parias. El Ministro de la Guerra del presidente Avellaneda, general Julio Argentino Roca, emprendió contra ellos una eficaz campana militar con abundantes recursos en hombres y armas

argentinos cuya dirección electrónica es landau@interar.com.ar, y Avizora mailto: webmaster@avizora.com. Y también “A continuation of a Marxist History of Argentina”, bajo la firma del Prof. Nestor García, también en Internet. La consulta de fuentes de Internet contienen a menudo informaciones pertinentes que sin embargo deben ser evaluadas con detenimiento.

¹⁵ Flavio, Carlos A. y Cesar A. García: *Historia Política de la Argentina Contemporánea, 1880-1893*, op. cit.

modernas.¹⁶ Y en 1881, a un costo muy alto en vidas humanas, los indígenas reconocieron definitivamente su derrota.

El fin de esa guerra desigual puso millones de hectáreas a disposición de unos pocos cientos de terratenientes, con el consiguiente crecimiento incesante de la propiedad latifundista y de la producción agraria exportadora. Curiosamente, la sangrienta campaña militar de Roca contra los indígenas, lejos de reprobación, le ganó la simpatía de la mayoría del pueblo con la influencia de una prensa plutocrática activa. Y aunque su candidatura fue resultado de la voluntad oligárquica, su popularidad le facilitó el ascenso a la presidencia (1880–1886). Según la caracterización del grupo de Landau:

El liderazgo de Roca, para llegar a la presidencia se asentó principalmente en el reparto arbitrario, faccioso, latifundista, de las tierras que su exitosa expedición arrebató a los mapuches.¹⁷

Roca gobernó con moderación y previsión, según los historiadores argentinos. Promovió la separación de la iglesia y el estado, fortaleció el programa de obras públicas y la educación.¹⁸ Buenos Aires se la reconoció capital de la nación argentina. Y se incorporó un artículo de la mayor importancia a la Constitución:

El gobierno federal fomentará la inmigración europea; y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la

¹⁶ Se eliminaron las lanzas y los sables en la caballería. Los soldados montados fueron armados con modernos fusiles de repetición marca Remington.

¹⁷ “Historia de la Argentina”, Landau, op. cit.

¹⁸ Tulio Halperin Donghi, *Historia Contemporánea de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Alianza, 1997. Del propio autor es interesante, leído con sentido crítico, su artículo “España e Hispanoamérica mirada a través del Atlántico (1824-1975), en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998.

tierra, mejorar las industrias e introducir y enseñar las ciencias y las artes.¹⁹

No sorprende, pues, que en esa década los economistas y la gran prensa internacional percibieran cierto paralelismo entre Argentina y Estados Unidos. La prensa sensacionalista de la época, no sólo la argentina, sino en particular la estadounidense, llegó a afirmar que la Argentina, y no Estados Unidos, estaría a la cabeza del Hemisferio en el siglo XX.²⁰

La relativa estabilidad política y bonanza económica de Argentina durante la década aludida no fue exclusivamente el resultado de la espontánea manifestación de la creatividad de su pueblo, sino de una política dirigida a reforzar la unidad, la economía y las relaciones de ese país con Europa, a fin de crear una república nueva, dentro de los códigos de legitimidad y ética aportados por los terratenientes, grupo social minoritario dominante, que confundía los intereses de su clase con los de la nación argentina.

¿Cómo caracterizó Martí la década entre 1880 y 1890, que muchos llaman “de oro”, de la historia argentina?

Para tener una idea inicial del triunfalismo conservador que caracterizó la retórica política y el pragmatismo del presidente, general Julio Argentino Roca, evóquese la temprana crónica martiana de junio de 1883, en el mensuario *La América* de Nueva York, en la que Martí parafraseaba el discurso del Jefe de Estado al Congreso argentino, con énfasis marcado en la estabilidad y el desarrollo económico del país:

¹⁹ Se trata del artículo 25 de la Primera Constitución Argentina, promulgada en 1853.

²⁰ El crecimiento de la economía argentina era realmente excepcional. Martí la reflejó frecuentemente en ese sentido, pero sobre todo la norteamericana. Para lograr tan altos niveles de crecimiento se requería mano de obra calificada (inmigrantes europeos) y una línea de productos exportables con mercados asegurados, cuales Inglaterra y otros países europeos poseían. Para tener una imagen equilibrada entre las cifras y la política véase la obra de Douglas W. Richmond: *Carlos Pellegrini and the crisis of the Argentine Elites, 1880-1916*, London, Prager Publishers, 1985, ampliamente fundamentado. Una amplia reseña de este libro puede obtenerse en Internet. Véase también *Argentina to 1890*, de Donald J. Mabry, *The Historical Text Archive* disponible en Internet.

[...] por donde corrían, sobre fantásticos caballos, los indios invasores, corren hoy, como voceros de los tiempos nuevos, los ferrocarriles. [...] No vive ya en Palermo el sombrío Rosas, ni holgando por los campos vaga el gaucho [...] Por la pampa no merodean depredadores, sino que cruzan, seguros de la escolta que porta en astas altas el patrio gallardete, los zapadores nuevos del ejército en marcha; los agrimensores. Sonríe, maravillada y crece Buenos Aires, adelantada y generosa [...] Nunca – dice el mensaje –abrió Presidente alguno el Parlamento argentino en época de mayor paz y bonanza. Buenos Aires, aquietada y trabajadora, llama a todos los hombres a sus brazos, templo nuevo sobre la faz de la tierra [...] Vayamos en busca de trabajadores a Europa, semilleros de hombres. Faltan maestros [...] El interior en orden; los indios invasores, echados de las faldas de los Andes, sus últimas guaridas. Con la iglesia, en paz. El municipio queda con sus gastos saldados, y las arcas llenas. En los diez ferrocarriles que se construyen hoy en el país trabajan catorce mil quinientos hombres.²¹

Es claro que el énfasis viene dado en el optimismo que influye en la sincera admiración de Martí por las realizaciones económicas del pueblo argentino. Escasamente un año después, en julio de 1884, a propósito de un artículo sobre Juan Carlos Gómez, el notable escritor bonaerense y su obra, Martí advertía:

La prosperidad que no está subordinada a la virtud avillana y degrada a los pueblos [...] Del descubrimiento de la ilimitada y fácil riqueza de su territorio y del saludable afán de buscar satisfacción a las necesidades de la vida, no en el tahalí de un capitán afortunado, sino en las fuerzas de la Naturaleza, se engendró naturalmente en la

²¹ -----: "Paz, escuelas, inmigrantes, ferrocarriles", *La América*, Nueva York, octubre de 1883, "Mensaje del Presidente de la República al Congreso, O.C, digitalizadas, t.7 KIMERA, La Habana, pp. 320-321.

República Argentina un ardoroso espíritu de empresa que, con los beneficios que comenzó a dar al punto, y el gusto por la elegancia y la belleza, en todas nuestras tierras espontáneo, creó pronto un vivo amor al fausto, que es afición que en todos los pueblos ha puesto siempre en peligro al decoro. A cada carácter que con las nuevas solicitudes se enturbiaba; a cada caída o vacilación de un ciudadano útil; a cada muestra del predominio del interés en las relaciones usuales, se estremecía aquel anciano de barba gris [...] ²²

Seis años después, Martí insistía, a propósito de su reseña del trabajo de Juan A. Piaggio:

Nunca en veinte años cambió una ciudad tanto como Buenos Aires. Se sacó del costado el puñal de la tradición; el tirano, ahíto por el peso de la sangre, cayó en tierra. Tapiaron para no abrirlo jamás, el zaguán de la universidad retórica: la blusa del trabajador reemplazó a la toga excesiva e infausta; los pueblos, con el arado en las manos despertaron a la ciudad [...]

Pero aquello no fue capa de quita y pon, que se usa un día y se deja al otro; sino determinación de crear, con sus manos delicadas de universitarios, un pueblo donde se juntasen, bajo la presidencia latina, las fuerzas vivas del mundo. Y se han juntado, y confundido con los del país, pero sin invadirlo ni desfigurarlo, ni quitar el alma arrogante de las pampas el sentimiento y novedad con que embellece la civilización industrial súbita, y contiene la codicia y el egoísmo que crea la riqueza, con daño de la patria. Porque no vale quitar unas piedras y traer otras, ni sustituir una nación estancada con una nación prostituida, ni sacarse el corazón y ponerse uno de retazos, con una aurícula francesa y un ventrículo inglés, por donde corre de regaños, con sus glóbulos de sueño, la sangre española;²³

²² -----: "Juan Carlos Gómez", *La América*, New York, julio de 1884, en OC, t. 8, p. 189. El "anciano de barba gris" era Juan Carlos Gómez.

Tal era la verdadera visión martiana de la Argentina, más crítica que lo que sugiere el número mayor de sus artículos sobre ese país. De ella puede deducirse que Martí veía en esa nación hermana su enorme potencial económico y su capacidad para contribuir a la unificación a nuestra América ante el peligro creciente de un imperio voraz que se extendía como un brote epidémico al Norte. Sin embargo, independientemente del progreso técnico y el nivel de vida relativamente alto de su pueblo, su consejo fraterno era: jamás olvidar las raíces; no glorificar la copia servil de lo extranjero, que en buena cuenta era europea, pero no sólo de ese continente. Se creía entonces que “expansión” era sinónimo de desarrollo, pero en verdad era sólo crecimiento inducido por el aumento vertical de las agroexportaciones, altamente apreciadas en Europa.

Tal vez la historia habría sido otra, de haberse logrado mayor equilibrio entre la industria y la agricultura. Mas a la tierra, el mayor tesoro del país, salvo para trabajarla como peones, no tendrían acceso garantizado las masas de inmigrantes europeos, porque no era práctica establecida — por la secular tradición latifundista argentina — estimularlos con tierras y ayuda económica para asentarse en las ricas extensiones del Sur, como ocurrió en Estados Unidos.

En ese contexto amañado de la dictadura de la élite de los grandes terratenientes, que a Roca le sucedió en el cargo de presidente (1886-1890), por obra y arte del poder personal y su relación filial, su concuño, Miguel A. Juárez Celman, desde luego miembro también del Partido Autonomista Nacional, continuador de la política familiar de “paz y administración eficiente”. Pero Juárez Celman no logró mantener la estabilidad de las finanzas nacionales, al emitir signos con respaldo oro que no fueron honrados cuando los bancos británicos, en una crisis de credibilidad, lo exigieron. El 8 de mayo de 1888 la prensa internacional informaba la debacle de los bancos argentinos y londinenses. Los diarios norteamericanos anunciaban: “suspenden quince

²³ Martí, José: “Tipos y costumbres bonaerenses”, por Juan A. Piaggio *El Partido Liberal*, 3 de octubre de 1889, en *OC*, t. 7, p. 358.

bancos argentinos sus pagos a Nueva York – viernes negro argentino”, decían, parafraseando el nombre dado a una parecida crisis norteamericana en 1869.²⁴

La reacción de Martí ante el clamor de la prensa no podía ignorar el pánico generalizado ante la crisis financiera. Pero sí destacó, más que el sobresalto artificioso explotado por los periódicos locales, la visión tranquila y resignada, con algunos rasgos humorísticos, de algunos círculos empresariales y políticos estadounidenses. Como si hubiera presenciado alguna de las sesiones del Congreso, por ejemplo, Martí reportaba:

En otro grupo se hablaba de la lana [...] Pero aunque el *Herald*²⁵ había publicado por la mañana la noticia de haber suspendido pagos quince casas bancarias de Buenos Aires, o no se hablaba de eso o se decía que también acá tuvieron su “Viernes negro”: “¡Así se aprende!”, decía un anciano, seco como una nuez y no más alto que ella; “no hay mal en que un pueblo nuevo sepa pronto que debe atenerse al valor real de la propiedad, y no el valor imaginario”. De lo que en todos los grupos se hablaba [...] era de la vergüenza de saber tan poco de un país que puede producirnos tanto” [...] ella [la Argentina] aprenderá con los golpes, como nosotros estamos aprendiendo, el error de negociar con los valores falsos que la especulación acumula sobre los valores reales”.²⁶

Entre líneas puede leerse la seguridad de que el pueblo argentino vencería la recesión, pero no podía ignorarse que la crisis era en verdad seria.

El pánico en Londres y Buenos Aires y la consiguiente crisis financiera pronto se extendieron a la economía real argentina y ello condujo a la recesión, superada en algo más de dos años. De las consecuencias políticas de este

²⁴ Para ampliar la información de Martí, véase Douglas W. Richmond: *Carlos Pellegrini and the crisis of the Argentine elites*, op. Cit.

²⁵ *The New York Herald*.

²⁶ José Martí, “la República Argentina en el exterior”. En *La Nación*, Nueva York, 3 de mayo de 1888, en OC, t. 7, pp. 336-337.

proceso recesivo, y como afectó a José Martí, se hará una exposición más detallada en líneas posteriores.

En general, lo más visible de todo el empeño político en la década aludida fue la consolidación institucional de la república unificada y la transformación aún más vigorosa de la sociedad y la economía nacionales, siempre bajo un régimen político oligárquico que controlaba férreamente la rotación del poder desde los presidentes, e incluyendo gobernadores y senadores. Detrás de ese complejo entramado se hallaba “el zorro” Roca, como solía llamarlo el pueblo.

El crecimiento económico mantenido hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial fue sustentado, en fin, por las exportaciones agrarias y pecuarias a Inglaterra, que a su vez invirtió decenas de millones de libras esterlinas anualmente en el desarrollo de las industrias procesadoras de los productos agrícolas y pecuarios y asegurar el suministro de las materias primas requeridas para su industria.

Hacia 1885 la cifra de inversiones de Inglaterra en la Argentina ascendió a cerca de 50 millones de libras esterlinas, comparado con unos 25 millones que se registraron en 1880, y continuó aumentando. La disponibilidad de capitales en un número creciente de bancos se concentró en el desarrollo de los ferrocarriles y el pago de la deuda externa.

Gradualmente el desarrollo industrial avanzó en las zonas urbanas, sobre todo en Buenos Aires. Surgieron numerosas industrias ligeras, especialmente de la alimentación, de las artes gráficas, de la construcción, los tejidos y las confecciones. La Argentina dejaba de ser un país sólo de terratenientes y peones. La inmigración y el enorme crecimiento económico trajeron consigo el surgimiento de la clase obrera, compuesta principalmente de inmigrantes europeos, concentrada en Buenos Aires y las mayores urbes de Argentina, empleada en la industria ligera que comenzaba a proliferar.

En 1887, refiriéndose a un artículo sobre la Argentina, aparecido en *Harper's Monthly Magazine*, Martí refería:

Y cuando aquel pueblo que va un siglo adelante que cualquiera otro país hispanoamericano; que tiene en sus ciudades más teléfonos y luces eléctricas que nosotros, sus propios inventores; que con avidez inteligente se apodera de toda idea o procedimiento útiles; que tiene más escuelas, más riqueza animal, más riqueza relativa que nosotros; que echa por todo el continente, con éxito que podríamos aquí mismo envidiar, suntuosos ferrocarriles por tentáculos [...] Buenos Aires será a la vez Londres y New York.²⁷

Si aún hubiera dudas sobre el optimismo que sentía Martí por la Argentina, examinado en líneas anteriores, baste evocar lo que decía a los niños de América. En 1891, el año de su renuncia al consulado de Argentina, él, que habló siempre con tanto respeto y sinceridad a jóvenes y niños, les transmite sus ideas sobre la importancia del trabajo en el desarrollo de los pueblos y toma como ejemplo, no a Estados Unidos, Inglaterra o Alemania, como tal vez habría hecho algún miembro de la poderosa oligarquía agraria, sino a la propia Argentina, de habla y cultura hispanas. En *La Edad de Oro*, Martí destaca, al hacer un minucioso recorrido por los pabellones latinoamericanos de la Exposición de París, no sólo lo que tenían de común su historia, tradiciones y culturas, sino lo que también tenían de diverso, particularmente perceptible en el caso de la Argentina por su enorme potencial económico:

Pero al otro lado [...] allí están [...] los pabellones famosos de nuestras tierras de América, elegantes y ligeros como un guerrero indio: el de Bolivia como el casco, el de México como el cinturón, el de Argentina como el penacho en colores: ¡Parece que la miran como los hijos al gigante! ¡Es bueno tener sangre nueva, sangre de pueblos que trabajan [...] Brilla un sol de oro allí por sobre los árboles y sobre los pabellones, y es el sol argentino, puesto en lo alto de la cúpula, blanca y azul como la bandera del país, que entre otras cuatro cúpulas

²⁷ -----:José Martí, *New York*, 4 de diciembre de 1887, en *OC*, t. 7, p. 321-322.

corona, con grupos de estatuas en las esquinas del techo, y el palacio de hierro dorado y cristales de color en que la patria del hombre nuevo de América convida al mundo lleno de asombro, a ver lo que puede hacer en pocos años un pueblo recién nacido que habla español, con la pasión por el trabajo y la libertad ¡con la pasión por el trabajo y la libertad! ¡Con la pasión por el trabajo!: ¡Mejor es morir abrasado por el sol que ir por el mundo, como una piedra viva, con los brazos cruzados! Una estatua señala a la puerta con un mapa donde se ve de realce la república con el río por donde entran al país repletos de gente que va a trabajar; con las montañas que crían los metales, y las pampas extensas, cubiertas de ganados. De relieve esta allí la ciudad modelo de La Plata que apareció de frente en el llano silvestre, con ferrocarriles, y puerto y cuarenta mil habitantes y escuelas como palacios. Y cuanto dan la oveja y el buey se ve allí, todo lo que el hombre atrevido puede hacer de la bestia: mil lanas, mil tejidos, mil industrias, la carne fresca en la sala de enfriar: crines, cuernos, capullos, plumas, paños. Cuanto el hombre ha hecho, el argentino lo intenta hacer. De noche, cuando el gentío llama a la puerta, se encienden a la vez, en sus globos de cristal, blanco y azul, y rojo y verde, las mil luces eléctricas del palacio.²⁸

En realidad, para Martí no había en Hispanoamérica un país a la altura de la Argentina. Era el presente y la esperanza del futuro. En la Feria, Martí veía en México y Venezuela el rico pasado, la cuna de la libertad; y en el gigantesco Brasil, su café y “montañas de diamantes”, pero en su mente la Argentina era, debía ser, por su vocación al trabajo, creador de riqueza y poder, el hermano y paradigma de toda la América hispana, tal vez un digno adversario de Estados Unidos.

²⁸ -----: *La Edad de Oro*, “La Exposición de París” O.C. t. 18, p. 417. Esta pertinente observación de José Martí sobre la Argentina y su rápido crecimiento económico y potencial social fue evocada por el Dr. Salvador Arias, probablemente el cubano que mejor conoce *La Edad de Oro*, obra maestra de José Martí.

Es esa la Argentina que Martí conociera y admirara, algunos de cuyos rasgos esenciales es posible observar leyendo sus crónicas de gran relieve periodístico.

Pero no todo cuanto escribió Martí de la Argentina fue elogioso. El arraigado sentido de la justicia y de la ética movía a Martí a apreciar con realismo ciertos excesos que se manifestaban en la sociedad argentina. Pero a juicio suyo el peligro mayor para ese país y la América Latina en general eran las ambiciones expansionistas de Estados Unidos. En eso los círculos de poder más iluminados del país coincidían con Martí, al observar, en el desempeño día a día de la política exterior estadounidense, el falso sentido de la superioridad racial y cultural de la sociedad anglosajona y su ignorancia estólida sobre el potencial real de los pueblos latinoamericanos.

Para Martí era evidente que el advenimiento en el seno de la América hispana de una potencia hispanoamericana emergente era una perspectiva bienvenida por su potencialidad, a mediano plazo, de oponer resistencia al ya previsto e ineludible imperialismo estadounidense y mover con su ejemplo a las hermanas hispanoamericanas hacia la unidad para hacerle frente. Decía Martí en 1889 que “del Sur vendrán los vigilantes, ya que a México le tiene la cercanía atadas las manos”.²⁹ Martí confirmaba así su esperanza de que la Argentina incorporara la causa de Cuba a su estrategia defensiva, acompañada de aquellos países que en ese momento la percibían en la vanguardia del mundo hispanoamericano.

Así lo sugería el elevado tono de la prosa martiana dedicada a la Argentina y sus cartas privadas, y como única alternativa al control estadounidense, impuesto por maña o por la fuerza, la palabra de orden de Martí era lograr la unidad hispanoamericana, que persiguió, al igual que Bolívar, hasta el fin de sus días. Por eso desde 1883 insistía:

Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de América Latina. Vemos colosales peligros; vemos manera

²⁹ Véase José Martí, Carta a Miguel Tedín, 17 de octubre de 1889, O.C. t. 7. p-397.

fácil y brillante de evitarlos; adivinamos, en la nueva acomodación de fuerzas nacionales del mundo, siempre en movimiento, y ahora acelerado, el agrupamiento necesario y majestuoso de todos los miembros de la familia nacional americana. Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto [...].³⁰

Pero ese principio, con la posible excepción de Roque Sáenz Peña durante un breve período de la Conferencia Internacional Americana, no era compartido por los principales círculos de poder argentinos. No cabe duda de que la gigantesca misión que el Apóstol se había fijado era prácticamente irrealizable por un hombre solo, aún siendo ese hombre José Martí, sin siquiera un partido o un estado a sus espaldas. De ahí, entre otras razones, su férrea voluntad de crear un partido revolucionario no electoral, comprometido en la lucha por la independencia del pueblo cubano. Ese requerimiento se hacía imperativo porque ya la división de los países latinoamericanos era bien conocida.

Brasil, geográficamente el mayor de ellos, algo más de la mitad de todo el territorio y la población de América Latina, había iniciado en 1880, con Pedro II aún en el poder, una gradual aproximación estratégica a Estados Unidos. Desde aquellos días la América Latina se encontraba dividida. Helio Jaguaribe, que fuera presidente de la Academia de la Historia de ese país, lo confirma:

El vertiginoso desarrollo de la Argentina desde 1880 hasta la Primera Guerra Mundial llevó a Brasil a recelar que aquel país pudiese articular exitosamente un gran frente antibrasileño en la América del Sur. Tal situación condujo a Brasil a pretender una relación especial con Estados Unidos, que neutralizara los riesgos de una coligación antibrasileña en este continente. Para los Estados Unidos, esa relación especial con Brasil constituía una forma de romper la potencial unidad latinoamericana y vaciar las relaciones hemisféricas

³⁰ *Ibíd.*, Agrupamiento de los pueblos de América. — Escuelas de Buenos Aires. — Buenos Aires, París, New York, *La América*, Nueva York, junio de 1883, O. C. t. 8, pp. 321-322.

en el formato de un panamericanismo bajo hegemonía norteamericana.³¹

En realidad, Brasil, y no Cuba, era la más alta prioridad de la política exterior de Argentina por aquellos días, mientras se desarrollaban las negociaciones con ese país sobre el delicado diferendo territorial de Misiones, que podía desencadenar una guerra, para ambas partes desastrosa.³²

³¹ Helio Jaguaribe, "Presente e futuro das relações Brasil-Estados Unidos", en *Estados Unidos en la transición democrática*, São Paulo, Editora Paz e Terra, 1985.

³² Para la valoración de todo lo concerniente al diferendo entre Argentina y Brasil sobre el territorio de Misiones, consúltese Andrés Cisneros y Carlos Escudé, directores: *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, producida por el Consejo Argentino para las Relaciones Exteriores (CARI), Buenos Aires, Grupo Nuevohacer, Grupo Editor Latinoamericano, 15 vols., versión digitalizada.. Se trata sin duda, en opinión del autor de estas líneas, de la obra más completa, autorizada y útil sobre nuestro tema.

CAPÍTULO III

LA LABOR PERIODÍSTICA Y DIPLOMÁTICA DE JOSÉ MARTÍ EN LA CONFERENCIA INTERNACIONAL AMERICANA. PREPONDERANCIA DE LA DERECHA DURANTE LA CONFERENCIA EN ESTADOS UNIDOS. LA CRISIS ECONÓMICA ARGENTINA DE 1890. RENUNCIA DEL PRESIDENTE JUÁREZ CELMAN Y DE ROQUE SÁENZ PEÑA.

Antes de concluida la Conferencia Internacional Americana en 1889-1890, se hizo patente que la política de la monarquía brasileña de alineamiento con Estados Unidos se confirmaba en la república. Se comprende que Martí prefiriera guardar silencio ante un proyecto estratégico brasileño de pésimas consecuencias para Cuba y América Latina. La elocuencia del silencio lo explicaba al responder a Bartolomé Mitre Vedia, director de *La Nación*, para aliviarlo de su preocupación por el agudo filo de su crítica política y social hacia Estados Unidos:

Para mí la crítica no ha sido nunca más que el mero ejercicio del criterio. Cuando escribía juicios de dramas, callar sobre los malos era mi única manera de decir que lo eran. Puesto que el aplauso es la forma de aprobación, me parece que el silencio es forma de desaprobación sobrada.³³

Ese silencio relativo, en este caso aplicado a Brasil, ha sido, para los brasileños que se han asomado a la vida y la obra de José Martí, un misterio que muchos no alcanzan a comprender. Algunos se preguntan si Martí tenía alguna limitación lingüística que impidiera el conocimiento de las realidades de ese país, argumento insustentable, porque Martí había aprendido el portugués, llegó incluso a traducirlo y hasta a enseñarlo en su duro bregar neoyorquino, y seguía por la prensa el desempeño de los escritores y artistas portugueses y brasileños. Otros atribuyen el distanciamiento a su repudio del régimen monárquico. En realidad, un posible debate político público con el gobierno y los diplomáticos brasileños sólo podía acarrearle a la revolución cubana y a su

³³ José Martí: Carta a Bartolomé Mitre, Nueva York, 19 de diciembre de 1882, en "En los Estados Unidos. Escenas Norteamericanas," OC, t. 9, p. 15.

dirigente un nuevo y poderoso enemigo al Sur, aliado a Estados Unidos. Nada peor podía anticiparse que la agudización de las diferencias entre los países de nuestra América, precisamente cuando la acción revolucionaria requería la mayor unidad entre los estados hispanoamericanos. Si bien el silencio era la regla general que aplicaba a la política brasileña, mantuvo siempre excelentes relaciones con los diplomáticos y cónsules de ese país. En cambio, para la Argentina Martí casi invariablemente reservó su reconocimiento y una política de aproximación y observación permanente, lo que le obligaba a una cobertura periodística de ese país casi constante, sobre todo cuando ya los gobiernos sudamericanos preveían la intervención estadounidense en Cuba.

Martí estaba convencido de que la victoria de la revolución cubana daría inicio a tiempos azarosos para el joven estado cubano, obligado, según su propio proyecto, a la histórica misión de impedir o demorar la expansión de Estados Unidos por la vía del Paso de los Vientos hacia el istmo centroamericano y eventualmente el Pacífico y Sudamérica.³⁴ Por eso sugería:

[...] Los vecinos de habla inglesa [Estados Unidos] codician la clave [obviamente Cuba] de las Antillas para cerrar con ellas todo el Norte por el istmo, y apretar luego con todo ese peso por el Sur. Si quiere libertad nuestra América, ayude a hacer libres a Cuba y Puerto Rico.³⁵

Martí, por razones obvias, no fue pródigo en sus comentarios sobre la estrategia revolucionaria, ni lo que conocía de los planes expansionistas estadounidenses. Pero en ocasión de la fundación del Partido Revolucionario Cubano y en su Tercer año de fundado, en el Manifiesto de Montecristi, y además en sus cartas a Máximo Gómez, Manuel Mercado, Porfirio Díaz, incluso en su primer artículo sobre la Conferencia Internacional Americana, queda

³⁴ Véase, para una visión más amplia, a Rodolfo Sarracino “José Martí: el equilibrio del mundo contra el proyecto estratégico de Estados Unidos”, en la revista *Honda*, La Habana, No. 22 de 2008.

³⁵ -----: periódico *Patria*, Nueva York, 19 de agosto de 1893, en *OC*, t. 2, p. 373.

suficientemente claro lo que se proponía con la independencia de Cuba y Puerto Rico:

La Guerra de Independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas prestan a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo.³⁶

Omitase la “desmesura” de la belleza del estilo, como diría Roberto Fernández Retamar,³⁷ y se comprenderá la alusión de Martí al futuro canal, a la realidad de que en el Caribe era posible, con la independencia de Cuba y Puerto Rico, crear un nuevo equilibrio internacional, a fin de detener o demorar la expansión estadounidense hacia el istmo, el Pacífico y Sudamérica, con el concurso, claro está, de Europa. Es fácil comprender que la independencia de Cuba y Puerto Rico y una República Dominicana soberana darían lugar a negociaciones prolongadas para el establecimiento de bases navales estadounidenses en esos países y otros, cuyo resultado final nadie podía prever --sobre todo si intervenían en defensa de sus intereses las potencias europeas--, que tenían el fin de garantizar la seguridad de las aproximaciones al istmo donde se construiría el canal interoceánico, considerado vital para el acceso de la producción de la industria estadounidense del este y centro este del país por el Pacífico hacia los grandes mercados de China, Japón y el Sudeste Asiático.

Ya por esos días el Presidente de la República Argentina era Juárez Celman. Se observa claramente en Martí su confirmado criterio acerca del futuro

³⁶ -----: *Manifiesto de Montecristi*, en *O.C.*, La Habana, 1963-1973, t. 4. p. 93.

³⁷ Véase Roberto Fernández Retamar, *Introducción a José Martí*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2001, p. 65. Es recomendable leer también el notable ensayo que el gran poeta e investigador dictara en la Escuela de Letras y Arte de la Universidad de La Habana, el 19 de noviembre de 1973, cuyo título es “Desatar a América y desuncir el hombre”. Él nos recuerda que no basta el mero rastreo de las “fuentes” europeas o estadounidenses, ni el alto tenor del bello estilo de Martí, sino sus acciones, que deben estudiarse en profundidad para comprender sus ideas políticas.

promisorio de Argentina, sobre todo por haber consolidado el equilibrio en sus relaciones financieras y comerciales con Europa, principalmente con Inglaterra.

El acelerado desarrollo de las relaciones económicas y comerciales de Argentina con el viejo continente y el rápido crecimiento de su comercio eran la envidia de los comerciantes, industriales y banqueros estadounidenses, necesitados de nuevos mercados para paliar las crisis recurrentes de superproducción relativa en su economía.

Los planes argentinos, por el contrario, no preveían cambios en sus fuertes vínculos económicos y comerciales con Europa y su distanciamiento de las élites políticas y empresariales estadounidenses. En primer lugar, porque los capitales comerciales e industriales de ese país no disponían de líneas de crédito suficientemente ventajosas de los bancos estadounidenses para operaciones inversionistas y comercio en gran escala.

La política bancaria de Estados Unidos no se aproximaba en facilidades y monto a los créditos que Europa ofrecía. Ese fue el resultado neto de la gira latinoamericana en la que participaron sectores importantes de la industria, el comercio y la banca norteamericanos, organizada en 1884 por James G. Blaine, ídolo republicano de la derecha estadounidense. Después del reconocido fracaso de la aparatosa gira, los planes estratégicos de Estados Unidos comenzaron reflejar más el poder militar que las negociaciones comerciales.

Precisamente para asegurar esos objetivos en un último intento por la vía de la persuasión, Blaine había concebido el grandioso escenario de la Conferencia Internacional Americana: seis meses de debates casi ininterrumpidos entre octubre de 1889 y abril de 1890, que concluyeron finalmente sin resultados palpables para Estados Unidos, gracias, entre otras razones, a Martí y la Argentina. El Profesor de la Universidad de Trent, David Sheinin,³⁸ afirmaba recientemente:

³⁸ Sheinin fue invitado a trabajar como investigador correspondiente en la Academia Nacional de Historia de la Argentina en el 2005.

Influido en parte por las críticas muy divulgadas en la prensa del escritor cubano, José Martí, el diplomático y futuro presidente argentino, Roque Sáenz Peña censuró a los Estados Unidos por tratar de aislar a la América Latina de sus socios comerciales europeos. Después de mucho debate la proposición de la unión aduanera fue abandonada.³⁹

El éxito de la Conferencia debió sellarse, en una de sus últimas intervenciones, con la edulcorada interpretación que la delegación norteamericana hizo de la doctrina de Monroe, y en particular del acuerdo de libre comercio para todo el hemisferio, sobre el que había cifrado las mayores esperanzas de dominar eventualmente toda Sudamérica y relegar a un segundo plano a Inglaterra, Alemania y otros intereses europeos. Con la derrota de Blaine en la Conferencia, cobró un ímpetu mayor el empeño expansionista mediante el uso de la fuerza – que en lo relativo al hemisferio se prefiguraba ilimitado – atractivamente reflejado en la prensa, y con el consiguiente rearme de las fuerzas armadas estadounidenses, cuyo alto costo sería financiado por un superávit en el presupuesto nacional.

³⁹ Roberto Fernández Retamar, en “Semblanza biográfica de José Martí”, *Nuestra América combate*, Centro de Estudios Martianos, 2009, p. 39, cita al investigador Thomas F. MacGann: *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano 1880-1914*, trad. De G. O. Tjarks, Buenos Aires, 1960, quien apreció que las crónicas de Martí eran “deslumbrantes” (p. 238). McGann identifica a José Martí como el cronista más crítico de la Conferencia. Dice Retamar, citando a McGann, que los informes de Martí eran “agudos, detallados y vigorosamente escritos”. Martí destaca el rol de los delegados argentinos en la conferencia. Y desde luego, en nuestra investigación consultamos a varios investigadores estadounidenses y un canadiense más recientes, entre los que ya mencionamos a David Sheinin, “Flaccid Anti-Americanism. Argentine Relations with the United States at the turn of the Century”, conferencia impartida en la Reunión Internacional de la Asociación de Estudios de América Latina, Guadalajara, México, abril 17-19 de 1997, disponible en Internet. Es apreciable el número creciente de investigadores norteamericanos que se interesan por la influencia de Martí en la Conferencia Internacional Americana. El autor ha hallado particularmente valiosas las conferencias de Jack Chile, “The 1889-1890 Washington Conference through Cuban eyes: José Martí and the First Internacional American Conference”, *Inter – American Review of Bibliography*, vol 20, no. 2 (1989). Véase también Hill J. Karra, “José Martí and the Pan American Conference, 1889-1891”, *Revista de Historia Americana*, vol. 77, 1974. Estos materiales deben ser objeto de análisis detenidos.

Para Martí, en realidad, las opciones eran reducidas: creía en el futuro de la Argentina, cuya política en ese momento coincidía con sus ideas acerca del peligro que Estados Unidos representaba para toda la América hispana, en coincidencia plena con su percepción de la necesidad de impedir que irrumpiera en América del Sur, tal vez acompañado del Brasil monárquico, su aliado oportunista. Un número reducido de gobiernos hispanoamericanos, por otra parte, compartían la preocupación de la Argentina. Poco podía esperarse de ellos a corto y mediano plazo.

Ese escenario hemisférico, nada favorable a la causa revolucionaria, hizo trabajar a Martí con mayor ahínco en la organización de la “guerra necesaria”, con un esfuerzo encaminado a frustrar los planes de Estados Unidos. Hacia 1890 su autoridad ante la emigración cubana como dirigente se consolidaba.

Pero hay que insistir en que los años 1889, y 1890 en particular, se presentaban con pésimas perspectivas, y podían ser tal vez decisivos en el curso futuro de las relaciones de la revolución cubana con Estados Unidos.

Conviene, antes de retomar el hilo conductor de la exposición, referir brevemente los acontecimientos que en esos días más presionaban a Martí en la política interna e internacional de Estados Unidos y que debió atender con urgencia.

Un problema inminente para los intereses revolucionarios cubanos era el objetivo del gobierno estadounidense, activado durante la Conferencia Internacional Americana, de comprar la Isla de Cuba a España. Los primeros contactos a esos efectos ya habían tenido lugar en Madrid. Puede afirmarse que la ayuda de Roque Sáenz Peña fue importante en la derrota del propósito norteamericano de lograr que un grupo de países latinoamericanos mediara entre España y Estados Unidos para facilitar la acción de compra. En noviembre de 1889 Martí escribía a Gonzalo de Quesada:

[...] ¿Pues no se ha venido hablando en el paseo, entre los mismos delegados, de la posibilidad y conveniencia de anexar a Cuba a los

Estados Unidos? [...] Pero el Señor Sáenz Peña sabe pensar por sí, y es de tierra independiente y decorosa. El verá, y sabrá lo que hace.⁴⁰

Y así se evidenció, coincidiendo con la negativa de España, la confianza con la que en poco tiempo Sáenz Peña se ganó a José Martí. En definitiva, a la derrota de Estados Unidos también contribuyó el propio Martí con su vigorosa campaña periodística. Todo lo hacía el Apóstol sin perder de vista el peligro mayor del “control” de Estados Unidos que amenazaba a las Antillas Hispánicas y Centroamérica. Y a más largo plazo el imperio emergente parecía no perder de vista a Sudamérica.

En todo momento el contenido de las crónicas que Martí escribía era cuidadosamente modulado según el curso de la Conferencia, que seguía con detenimiento.

Poco antes de las vacaciones de diciembre de 1889, Martí le escribió a Gonzalo de Quesada sus impresiones de los primeros dos meses de debates: “En las cosas de la Conferencia, veo con júbilo que la Argentina crece en autoridad, ¿pero no nota usted que está como vencida de antemano, y como rodeada, en las únicas comisiones trascendentales de la Conferencia?” [...]⁴¹

En cuanto al Brasil: “[...] puede rebelarse francamente contra su único mercado, y después de los agasajos de Henderson?”⁴² Todavía no se había producido el tránsito de la monarquía a la república en Brasil, que tuvo lugar durante la Conferencia, pero ya Martí preveía el peso de la dependencia económica respecto de Estados Unidos en la política exterior de la república brasileña.

Cabe al llegar a este punto una breve caracterización de la delegación argentina a la Conferencia, que permitirá comprender como interactuó con Martí durante todo ese período y el alcance de la batalla que desplegó en los prolongados debates que en Washington se desarrollaron entre octubre de 1889

⁴⁰ -----: Carta a Gonzalo de Quesada, [New York] noviembre 12 de 1889, en O.C., t. 6, p.121, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1991.

⁴¹ -----: Carta a Gonzalo de Quesada, [New York, sábado 14 de diciembre de 1889] OC, t. 6, pp. 127-128.

⁴² Ibidem.

y abril de 1890, en torno de temas como la preservación de la paz, la unión aduanera, mejores comunicaciones entre los puertos, la adopción de una moneda común de plata, la adopción de disposiciones comunes de peso, medidas, derechos de autor y cesión de derechos de patente y marcas, las comunicaciones, el transporte marítimo, el arbitraje, la moneda única, las cuarentenas y los ferrocarriles, que reflejaban, detrás de un lenguaje melifluido e hipócrita, el propósito norteamericano de controlar el comercio y las economías hemisféricas. Todos los estados latinoamericanos aceptaron participar, excepto Santo Domingo.

A diferencia de Estados Unidos, que designó un grupo de diez delegados, en el que predominaban los hombres de negocios de alguna prominencia, el gobierno argentino nombró a tres hábiles y experimentados diplomáticos para dirigir a la delegación argentina. En primer lugar, el Dr. Roque Sáenz Peña, sin duda la personalidad de mayor relieve en el grupo, de posiciones políticas algo más avanzadas que los funcionarios medios de relaciones exteriores, propuesto ministro de relaciones exteriores durante la Conferencia. Subráyese que este dirigente llegaría a ser presidente de la república en 1910; Manuel Quintana, experimentado diplomático, profundamente nacionalista, futuro presidente de la república, y Vicente G. Quesada, Ministro Plenipotenciario de su país en Washington.

Quesada, investigador y literato, había mantenido una estrecha amistad con José Martí. Se encontraba desde hacía cinco años en el cargo. Antes había sido Ministro Plenipotenciario en Brasil, donde desarrolló negociaciones personales secretas con el Emperador Pedro II por el territorio de Misiones.

De los tres, Quesada era considerado por las autoridades estadounidenses como un apasionado nacionalista, que llegó al punto de no presentarse a los debates de la Conferencia en protesta por lo que calificó de dominación impuesta por el anfitrión sobre el contenido y la estructura operativa del encuentro. A sus superiores en Buenos Aires informó que los países latinoamericanos más pequeños se encontraban abrumados por la realidad de

que Estados Unidos se había reservado diez delegados con derecho al voto, en tanto permitía sólo uno a cada país de habla hispana.⁴³

Para Quesada, así como para Roque Sáenz Peña, Manuel Quintana y José Martí, la Conferencia era una especie de encerrona urdida por el gobierno estadounidense, de enorme peligro para todos los países hispanoamericanos, Argentina incluida. Por eso, en la propia nota Quesada afirmaba: "los Yankees consideran como propia a la América y ven al resto de las naciones como niños bajo su tutela".⁴⁴

Aparte de su realismo político, parecería que el ministro plenipotenciario argentino se sentía seguro en el sistema diplomático de su país. No se comprende cómo un jefe de misión, nombrado por el Poder Ejecutivo de la nación que representaba, delegado a la más importante conferencia en la historia del Hemisferio, podía permitirse una acción de tan flagrante indisciplina. Pero no puede olvidarse que Quesada era el hombre en quien el presidente Julio Argentino Roca había confiado en el pasado las delicadas negociaciones secretas con Pedro II, Emperador de Brasil, lo que en su momento suscitó la animadversión del ministro de relaciones exteriores argentino en primer lugar, y otros miembros del gobierno y del poder legislativo.

Al propio tiempo el Apóstol tenía que cuidar otro sector del mismo frente de suma importancia. Sin un comentario sobre la evolución política estadounidense, que coincidía con el desenvolvimiento negativo de la Conferencia para Estados Unidos, no es posible comprender los hechos que se valoran en esta investigación. Hacía algún tiempo la prensa nacional e internacional reflejaba todas las acciones y declaraciones políticas del grupo dirigido por James G. Blaine, Secretario de Estado, e integrado por el entonces joven representante Henry Cabot Lodge, el senador John Sherman, hermano del mayor general William T. Sherman, héroe de la Guerra de Secesión, hasta 1883 jefe del ejército estadounidense; el senador Randall Gibson, John Milton Hay, acaudalado

⁴³ Carta de Vicente G. Quesada a Norberto Quirino Costa, Ministro de Relaciones Exteriores, 16 de abril 1889, Caja 1, Primera Conferencia Pan Americana, Pol. Ministerio de Relaciones Exteriores, en David Sheinin, "Flaccid Anti-Americanism: Argentine Relations with the United States at the turn of the Century", op. cit.

⁴⁴ Ibidem.

empresario que fungió inicialmente como Secretario de Estado del presidente William McKinley, y después del asesinato de éste, del propio Teodoro Roosevelt. Esa selecta camarilla conservadora del Partido Republicano coordinó sus acciones políticas e hizo suya la visión estratégica del entonces capitán de navío Alfred Thayer Mahan,⁴⁵ acerca de la “necesaria” expansión norteamericana en fase inicial hacia América Central, el Caribe y el Pacífico, lo que presuponía “el control” de Cuba y Puerto Rico. Por primera vez las fuerzas armadas estadounidenses, en particular la alta oficialidad de su marina de guerra, irrumpían públicamente en el debate político acerca de la prevista expansión norteamericana hacia el Sur, lo que tuvo consecuencias importantes durante la Conferencia Internacional Americana entre varios países hispanoamericanos que temían la intervención de Estados Unidos en Sudamérica.

Cuando aún se discutía en la Conferencia la pretensión estadounidense de presidir el arbitraje interamericano, el 23 de marzo de 1890, se presentó en la ciudad de Nueva York y otros centros urbanos del país, recibida con el aplauso y la admiración de la marina de guerra y el ejército de Estados Unidos, de los más altos círculos políticos conservadores en el Partido Republicano, y de las grandes potencias navales del mundo, la obra maestra del capitán de navío Alfred Thayer Mahan, por cierto notable historiador: *La influencia del poder naval en la historia (1660-1805)* en la que Mahan afirmaba que la historia demostraba que “el control de los mares y océanos es la clave de la superioridad de la nación porque garantiza la seguridad de su comercio nacional con el mundo”.⁴⁶

⁴⁵ En los primeros años de 1905 fue ascendido a contralmirante, cuando ya estaba en retiro, debido a sus extraordinarios aportes a la visión estratégica del futuro imperial de su país. Pero fue llamado al servicio activo durante la intervención de Estados Unidos en Cuba, en 1898, y más tarde como uno de los jefes del Estado Mayor Conjunto al estallar la Primera Guerra Mundial.

⁴⁶ Alfred Thayer Mahan: *The influence of sea power upon history 1660-1805*, Anglewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall, 1890, disponible en Internet. Interesa conocer que sus enseñanzas de sabor “geoestratégico” se estudian y discuten actualmente en los círculos especializados de Estados Unidos.

Y en agosto del propio año, Mahan publicó un importante artículo en la prestigiosa revista mensual estadounidense *Atlantic Monthly*, “The United States Looking outward” (“Los Estados Unidos observan el exterior”) en el que analizaba la posibilidad de una guerra con Inglaterra y otros aspectos estratégicos relevantes del área del Caribe:

Entre las islas [del Caribe] y en la tierra firme hay muchas posiciones de gran importancia ocupadas hoy por estados débiles o inestables. ¿Están dispuestos los Estados Unidos a permitir su venta a un rival poderoso? ¿Qué derecho invocará contra la transferencia? Sólo uno – su política razonable apoyada por la fuerza.⁴⁷

Siguiendo el gastado derrotero de todos los imperios en la historia, el poder militar se tornaba gradualmente el elemento fundamental de la política exterior estadounidense, enderezada sobre todo contra los países más débiles. Fue muy comentado este artículo en la prensa internacional y fue por tanto del conocimiento de todos los gobiernos del hemisferio, entre los que se encontraba, desde luego, el de la Argentina.

Llamó la atención que Mahan no distinguiera entre las islas y los estados de tierra firme, pésimo augurio para todos los países hispanoamericanos, lo que daba la razón a José Martí. Otro detalle resultó interesante para él y los círculos gobernantes de la Argentina: Mahan hablaba de “necesidades” económicas, de la importancia de la marina de guerra en la protección del comercio internacional estadounidense, de las rutas marítimas, y de los estados “fallidos” e “inertes” de la tierra firme que debían ser controlados por Estados Unidos, a fin de evitar que vendiesen territorios estratégicos para la construcción de bases navales a “alguna potencia europea”, verbigracia Inglaterra o Alemania, y asegurar la supervivencia de la nación, dada la vocación del pueblo norteamericano de “gobernar y comerciar”.

⁴⁷ -----: “The United States Looking Outwards”, *Atlantic Monthly*, agosto de 1890, en *The interest of America in Sea Power. Present and Future (1897)*, del propio autor Disponible en Internet. Véase un contexto más amplio de este tema en Rodolfo Sarracino, “Martí en el Club Crepúsculo: en busca de nuevos equilibrios, La Habana, revista *Casa de las Américas*, No. 251, abril-junio 2008.

La nueva esfera de influencia que Estados Unidos se labraba para sí en el Caribe y Centroamérica no parecía detenerse en el istmo. Según esta doctrina militar todos los estados hemisféricos eran iguales y susceptibles de ser sometidos al control militar y político de Estados Unidos.⁴⁸ Así, Mahan creó la sustentación estratégica racional y coherente de la que el movimiento conservador expansionista hasta ese momento había carecido. Pero al hacerlo provocó la aprensión de la oligarquía argentina, al no distinguir entre el Caribe pequeño, políticamente fragmentado y débil y los grandes estados sudamericanos, especialmente la Argentina, cuyos nexos con Europa se subrayan a lo largo de esta investigación.

Se desató en las urbes estadounidenses una ola de debates públicos en la prensa en torno de la expansión hacia el Caribe y el istmo. Se hablaba y discutía abiertamente en toda la prensa estadounidense sobre Cuba y sus condiciones óptimas para ser convertida en la “llave” de Estados Unidos a fin de garantizar el dominio de todo el Caribe. Fue en esas circunstancias cuando en marzo de 1889 se produjo la viril respuesta de Martí al periódico *The Manufacturer* que en el debate, al pronunciarse contra las Antillas y a favor de la anexión de Cuba a Estados Unidos, se permitió palabras irrespetuosas hacia el pueblo cubano. Las palabras de Martí aparecieron bajo el título de “Vindicación de Cuba”, artículo abundantemente citado en casi todas sus biografías.

En el punto más alto de su prestigio, Martí se propuso hacer frente solo y con escasos recursos, pero con la representación de tres países sudamericanos, a la ofensiva conservadora estadounidense. En agosto de 1890, cuando, además de cónsul, era presidente de la Sociedad Literaria Hispano-Americana y representante en Estados Unidos y Canadá de la Asociación de la Prensa de Buenos Aires, convertido en una figura de relieve político y hasta social en la gran urbe, Martí fue orientado por su médico, debido a su agotamiento, a interrumpir su intenso quehacer revolucionario, periodístico y consular para descansar. Pareció cumplir la recomendación médica, pero su decisión de viajar

⁴⁸ Véase el ensayo de este autor, “José Martí: su visión del equilibrio del mundo contra la estrategia de fuerza de los Estados Unidos”, en la revista *Anuario del Centro de Estudios Martianos* No. 31, 2008.

a un punto remoto en lo intrincado de las montañas Catskill, a unas 150 millas de la ciudad de Nueva York, conocido como el Twilight Park o Parque Crepúsculo, retiro de verano del Club Crepúsculo de esa ciudad, indica lo poco que pesó la salud en sus planes y cuanto más sus objetivos políticos.

Aprovechó ese breve interludio con la naturaleza para realizar una acción política audaz que le permitió reunirse con algunas de las grandes figuras del influyente Club Crepúsculo de New York, cuya variada membresía incluía poderosos empresarios estadounidenses, políticos, periodistas, militares y grandes escritores, como Mark Twain, Walt Whitman, Mark Derkham, John Burroughs, influyentes periodistas y dirigentes obreros como el marxista John Swinton y Vincent Terence Powderly, Presidente de los Caballeros del Trabajo,⁴⁹ y tantos otros, con el propósito de contrarrestar la campaña de los conservadores republicanos partidarios del expansionismo. Sólo su talento y enorme capacidad de trabajo pueden explicar en esas circunstancias la creación de sus *Versos Sencillos*.

Baste decir que en octubre de ese año Martí fue invitado a una cena con ochenta de los miembros más prestigiosos de dicho Club, comprometidos con la causa de la ética en la política interna y las relaciones exteriores del país. Bien familiarizado con la política de los tres países que representaba, pronunció en inglés ante los distinguidos comensales un breve,⁵⁰ pero enérgico discurso contra el expansionismo norteamericano, muy aplaudido, en el que calificó de “ignorantes y dementes” a los políticos estadounidenses que promovían la intervención en la América Latina y les auguró que “serían resistidos”. Y en diciembre del propio año recibió su certificado como miembro pleno del Club citado.

Ese contacto, hasta hace poco incomprendido en su verdadera significación, constituyó un triunfo personal para Martí, que colocó a la revolución cubana en

⁴⁹ En esa época ese sindicato obrero tenía cerca de un millón de afiliados de todos los sectores laborales y era capaz de detener regiones enteras del país por su influencia en el transporte ferroviario, de donde procedía Powderly. El líder obrero era admitido en muchas de las reuniones del Club, pero no era miembro titular.

⁵⁰ En el Club nadie podía hablar más de diez minutos.

la agenda ética de la influyente institución. De ello es evidencia que la dirección del Club, a nombre de la membresía, en una declaración sin precedentes un año después de la muerte de Martí, exhortara al presidente Grover Cleveland a reconocer la beligerancia del pueblo cubano en su prolongada lucha contra el colonialismo español.⁵¹

Fue poco antes de concluir la Conferencia, en definitiva, el 15 de marzo de 1890, cuando Roque Sáenz Peña pronunció su brillante discurso, ya mencionado en líneas anteriores, en respuesta a la alusión de Blaine a la Doctrina de Monroe.

La historiografía argentina y en general latinoamericana, ha destacado siempre sus palabras finales: “Sea la América para la Humanidad”. La lectura completa del discurso puede resultar también interesante. Uno de los fragmentos más pertinentes a nuestra hipótesis, en tanto confirma una línea política más claramente explicitada en su discurso posterior de 1898, al inicio de la intervención estadounidense en Cuba, puede comprobarse en las líneas que siguen:

[...] no se mire en lo que he expuesto sino consideraciones de fraternal afecto para todos los pueblos y gobiernos de este continente [...] no me faltan afecciones ni amor a la América, me faltan desconfianza e ingratitud para la Europa; yo no olvido que allí se encuentra España, nuestra madre; contemplando con franco regocijo el desenvolvimiento de sus viejos dominios bajo la acción de los pueblos generosos y viriles que heredaron su sangre; que allí está la Italia, nuestra amiga, y la Francia, nuestra hermana [...]”⁵²

⁵¹ Para ampliar la información sobre este tema, véase el artículo de Rodolfo Sarracino “José Martí en el Club Crepúsculo: en busca de nuevos equilibrios” en revista *Casa de las Américas*, La Habana, No. 251 abril-junio *Martí en el Club Crepúsculo de Nueva York*. Rodolfo Sarracino, *En busca de Nuevos equilibrios*, coedición del Universidad de Guadalajara con el CEM, La Habana, 2010.

⁵² Sáenz Peña, Roque: *Escritos y discursos*, t. 1, Buenos Aires, 1914. Véase también: Lic. Rodrigo González Natale, Lic. Patricia A. Orbe, “Expansionismo norteamericano e integración de América Latina ante el conflicto cubano de 1898: la visión preventiva de la diplomacia argentina”.VI Encuentro Corredor de las Ideas del Cono Sur, “Sociedad civil, democracia e integración”, Montevideo, 11, 12 y 13 de marzo de 2004.

Parece innecesario destacar que esta declaración de Sáenz Peña indica hasta que punto su gobierno, ya desde la Conferencia Internacional Americana, apreciaba las relaciones con Europa, particularmente con la “madre patria”, con la que debían fortalecerse los vínculos comerciales, económicos, culturales y migratorios, en lo cual insistiremos en mayor detalle más adelante. Sáenz Peña insistía también en otro detalle: Francia habría sido en algún momento “hermana” de Argentina, pero desde 1886, era también pariente cercana de Estados Unidos, cuya amistad, que pretendía establecer un equilibrio estratégico ante el desarrollo, amenazador para Francia, del Segundo Reich alemán, se había sellado con el fastuoso presente de la Estatua de la Libertad.⁵³

El lector se percatará, al leer el brillante discurso de Roque Sáenz Peña, que no está ante un mero ejercicio de retórica literaria o política. Se trata de una exposición bien meditada de una estrategia en desarrollo. Es evidente que no era posible concebir simultáneamente las buenas relaciones con España y la defensa de la revolución cubana, con sus implicaciones mayores de unidad hispanoamericana, considerada totalmente ajena a los intereses de la Argentina, o más bien a los de la oligarquía argentina en el poder. Pero el gobierno argentino tampoco apoyaba el proyecto panamericano promovido por Estados Unidos, considerado como un suicidio político por los propios círculos de poder, incluso fuera del gobierno. Los investigadores argentinos Rodrigo González Natale, y Patricia A. Orbe, después de un exhaustivo estudio de la correspondencia consular argentina relativa a la guerra de 1898 concluyen:

Podemos observar entonces por el relevamiento realizado del período 1897-1898 que no existía un interés manifiesto del gobierno argentino en los documentos consulares de conformar un frente de integración hispanoamericano como estrategia preventiva ante el

53 Véase Rodolfo Sarracino, “José Martí y la Estatua de la Libertad, revista *Honda*, La Habana, no. 9 de 2003, p. 20. Y también puede consultarse el mismo título en el Dossier del Portal José Martí, Internet.

avance estadounidense sobre el continente. Esta actitud no constituye una novedad, es coherente con la postura sostenida por los representantes de la Generación del '80 que detentaban el poder en este período.⁵⁴

Argentina había escogido un camino propio, preñado de peligros difíciles de sortear sin la unidad y solidaridad de los países hermanos de Hispanoamérica. Confiaba más en el apoyo de una o varias de las potencias europeas con intereses contrapuestos a los norteamericanos, lo cual tampoco había pasado inadvertido para Martí.

No obstante, Martí no ocultó su admiración por el brillante discurso de Sáenz Peña. A Gonzalo de Quesada escribía: “El tiempo me falta, pero no para releer el excelente discurso de Sáenz Peña que acaba en una declaración admirable, que he de poner una y otra vez donde todo el mundo la vea y le he de dar la forma que merece”.⁵⁵

Parecería que Martí había puesto toda su confianza en Roque Sáenz Peña. Esto se aprecia al leer su carta de agradecimiento a ese argentino brillante, al final de la Conferencia Internacional Americana, en la que se percibe la creciente afinidad política entre ambos. Por conducto de Gonzalo de Quesada, que fungía en ese momento como secretario de la delegación argentina, Martí había informado a Roque Sáenz Peña acerca de los designios estadounidenses de comprar a España a la Isla de Cuba mientras se preparaba para controlarla por la fuerza. Precisa reiterar que con la activa oposición argentina a los designios estratégicos de Estados Unidos Martí pudo frustrar los planes del gobierno norteamericano de convencer a varias delegaciones latinoamericanas para que mediaran ante el gobierno de España a fin de viabilizar la citada operación. La

⁵⁴ Lic. Rodrigo González Natale, Lic. Patricia A. Orbe, “Expansionismo norteamericano e integración de América Latina ante el conflicto cubano de 1898: la visión preventiva de la diplomacia argentina”.op. cit.

⁵⁵ José Martí, carta a Gonzalo de Quesada, New York, [27 de noviembre de 1889] en OC, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1991. Y así lo hizo: en enero 26 de 1895, en el periódico *Patria* Martí definiría el significado de esa frase paradigmática en su obra. “Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer;” (Véase las OC el t. 5. p. 468 Sección “En casa”, “La Revolución Literaria Dominicana”, enero 26 de 1895.

iniciativa en definitiva no prosperó. Martí agradeció la gestión solidaria al designado, pero aún no confirmado, Ministro de Relaciones Exteriores argentino, y añadió:

De ningún modo desmayo en el pensamiento de poner en claro, con toda la viveza que usted y yo lo sentimos, el problema de nuestra América, de modo de que confirmemos nuestra independencia antes de que se creen, como pudieran crearse, las condiciones que nos la habrían de arrebatarse. Y luego, el corazón me sangra por mi tierra, y yo quiero que ella vaya, salvándose y salvando, por donde nuestra América va. Este no es interés mío, sino americano, y no tengo derecho de rechazar la ayuda que me ofrece, si con ella podemos sacar de confusiones un estado político que gracias a la Argentina, y a ciertos discursos que yo sé, ha comenzado a ser menos amenazante.⁵⁶

A nueve días del fin de una conferencia que se extendió a lo largo de seis meses, Martí aceptó cierta ayuda que Sáenz Peña le ofreciera y que por razones obvias no podía especificar. Pero la hipótesis más probable – sin que pretendamos excluir otras posibilidades que futuras investigaciones pudieran aportar – es que ese agradecimiento estuviera relacionado con su próxima designación como cónsul de la Argentina en Nueva York y quizás la promesa de algún apoyo a la causa cubana.

Por otra parte, estas palabras sugieren que Martí y Roque Sáenz Peña se habían cruzado algo más que saludos cordiales y simples estrechones de mano durante el cónclave americano. No hay duda que Estados Unidos fracasó en sus ambiciosos objetivos trazados para la Conferencia. Los altos intereses de la Argentina y de Cuba revolucionaria, en su punto de mayor afinidad, en ese momento se mantuvieron a salvo.

⁵⁶ José Martí, carta a Roque Sáenz Peña, 10 de abril de 1890, en OC, t. 7. p. 397.

La información proviene de la cronología *José Martí, 1853-1895, Cronología* de Ibrahim Hidalgo Paz, La Habana Centro de Estudios Martianos, 2003, p. 403.

Por otra parte, en 1888 había comenzado, y hacia 1890 intensificado, la imprevista crisis financiera que contribuyó a desmitificar parcialmente el “milagro” argentino. Por lo pronto, hubo afectaciones del comercio internacional. Pero nos interesa subrayar, por sus consecuencias para la trayectoria consular de Martí, su efecto en las relaciones diplomáticas y económicas hispano-argentinas. El efecto más visible fue la merma de las inversiones de la antigua metrópoli en la Argentina. La oleada de inmigrantes españoles al país austral se redujo momentáneamente. La situación empeoró con el regreso al poder en Madrid de figuras conservadoras vinculadas a intereses proteccionistas. Se trata de un desencuentro momentáneo que favoreció la causa de Cuba revolucionaria, porque interrumpió el buen curso de las relaciones bilaterales entre Argentina y España, por lo menos hasta 1891, año en el que Martí dejó de ser cónsul.

Ese desenlace tuvo lugar justamente después de que en Buenos Aires Bartolomé Mitre y varios de sus seguidores, incitados por la crisis económica y el descontento del pueblo, iniciaran una asonada armada contra el presidente, Juárez Celman, derrotada por la acción militar vigorosa de Carlos Pellegrini, vicepresidente del gobierno, y Roque Sáenz Peña,⁵⁷ además de Nicolás Lavalle. La historiografía argentina establece que Pellegrini y Sáenz Peña, salvaron el orden establecido por Roca con sus medidas militares,, que se abstuvo de apoyar a su concuño. En verdad, Juárez Celman era un dirigente autoritario y nada popular por sus acciones y hábitos intimidatorios, y mantenía una lucha permanente para lograr el control del Partido Autonomista Nacional, que era la maquinaria política que garantizaba el triunfo en las elecciones. Por sus errores y excesos se vio obligado a renunciar a su cargo, con la anuencia de su suegro, el general Roca.

La revuelta de Bartolomé Mitre e Hipólito Irigoyen, en medio de los altibajos de la crisis económica de 1890, dejó, sin embargo, un semillero de rebeldía que

⁵⁷ La disposición de Roque Sáenz Peña a ayudar a la causa cubana, cuando Blaine organizaba una iniciativa – con apoyo de algunos Estados latinoamericanos a fin de que intercedieran con España para que vendiera la Isla de Cuba a Estados Unidos –, fue facilitada por la amistad que estableciera con Martí y su digna y ponderada oposición a las posiciones estadounidenses durante la Conferencia Internacional Americana.

germinó en el radicalismo, de importante trayectoria histórica, años después de la desaparición de Martí.

El vicepresidente Carlos Pellegrini, otro de los hombres de confianza de Roca, asumió la presidencia del país y entre 1890 y 1892 cumplió la difícil tarea de consolidar la paz, fortalecer las finanzas y reorganizar el sistema fiscal. El investigador Douglas W. Richard⁵⁸ lo identifica como uno de los argentinos más brillantes de la década del 80 del siglo XIX.

Roque Sáenz Peña había sido confirmado en el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores el 30 de junio de 1890, en plena agonía del gobierno de Juárez Celman. El nuevo ministro, en medio de la crisis económica y su corolario político, se apresuró al designar a Martí el 24 de julio de 1890 Cónsul de la República Argentina en Nueva York. Poco después, el 4 de agosto, Sáenz Peña renunció, junto con Juárez Celman.

Eduardo Costa, experimentado político profesional conservador y astuto abogado, capaz de navegar en las aguas procelosas de la política oligárquica argentina, ocupó el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores. Los cambios administrativos en Buenos Aires contribuyeron a empeorar la estabilidad de Martí en su importante cargo consular.

⁵⁸ Véase Douglas W. Richard: *Carlos Pellegrini and the Crisis of the Argentine elites, 1880-1916*, London, Praeger Publishers, 1985.

Capítulo IV

NOMBRAMIENTO Y RENUNCIA DE JOSÉ MARTÍ AL CONSULADO GENERAL DE LA ARGENTINA EN NUEVA YORK. DIFERENCIAS JURISDICCIONALES DEL MINISTRO PLENIPOTENCIARIO ARGENTINO CON SU MINISTERIO. ALTAS PRIORIDADES DE LA POLÍTICA EXTERIOR ARGENTINA.

Ya sabemos que tres meses después de concluida la Conferencia Internacional Americana, y a pesar de una crisis económica devenida política, inclusive con un movimiento militar opositor, Martí recibió un reconocimiento especial de parte de los gobiernos de Argentina y Paraguay al ser designado cónsul de ambos países en la mayor y más importante ciudad de Estados Unidos. Ya era cónsul de Uruguay desde 1887 en la propia urbe.

La designación de Martí, extranjero, dirigente reconocido de un proceso independentista en una colonia hispana, formalmente ciudadano español nacido en Cuba – había sido nombrado al cargo de cónsul de la Argentina en Nueva York, nación considerada por aquellos días el país hispanoamericano de mayor potencial económico–, era en el orden político excepcional.

Así, todo indicaba que Martí contaría a partir de ese momento, a pesar de la difícil coyuntura, con la posibilidad de un valioso apoyo internacional que podría influir favorablemente en los países europeos e hispanoamericanos en la lucha del pueblo cubano por la independencia de Cuba. En verdad, poco se sabe de las razones verdaderas que movieron al gobierno argentino a esa decisión, salvo lo que puede inferirse de la aproximación entre Martí y Roque Sáenz Peña y el respeto mutuo que ambos se profesaban, facilitada por la excepcional sensibilidad política de éste último.

En el caso de José Martí sobre todo, la aceptación de ese reto, aparte del prestigio que comportaba, fue un gesto audaz. Se le conocía bien en Nueva York como un destacado intelectual, cónsul de Uruguay, que acababa de brillar como corresponsal en la Conferencia Internacional Americana. Los propios argentinos, los españoles, los neoyorquinos, y desde luego los emigrados cubanos, todos lo identificaban como organizador de un movimiento revolucionario radicado en la gran urbe neoyorquina. Y España, como ya se ha comprobado, tenía buenas relaciones con Argentina, a pesar del retraimiento

momentáneo provocado por la crisis económica anglo-argentina de 1888-1890. Con la posible excepción de Roque Sáenz Peña, la revolución cubana – que no era aún un conflicto en los días del consulado de Martí – era importante para el pueblo cubano y para España, y podía serlo para la Argentina sólo si llegaba al poder. Pero es evidente que en los cálculos de los dirigentes políticos de la oligarquía bonaerense esa perspectiva no parecía aún cercana.

Por otra parte, España, además de varios periódicos, disponía de instituciones sociales financiadas por el gobierno español en los centros urbanos en las que miles de asociados integristas hispanos militaban, como el Club Español de Buenos Aires. Al inicio de la Guerra de Independencia en 1895, más de mil voluntarios, previo un aparatoso desfile en Buenos Aires, viajaron a Cuba para incorporarse al ejército español.

Los emigrados revolucionarios cubanos en Buenos Aires no llegaban a una docena,⁵⁹ según informaba el periódico *Patria* en sus reportajes regulares acerca de las actividades de los clubes revolucionarios en el mundo entre 1893 y 1895.

En esas circunstancias se percibe claramente una de las razones del curso de la política exterior a favor de España del gobierno argentino. Para Martí, esa tendencia subyacente suponía que para cumplir sus tareas consulares a partir de julio de 1890, tendría que cuidar sus pronunciamientos públicos y desarrollar sus actividades conspirativas con la mayor discreción posible. También es cierto, cualesquiera que hayan sido las motivaciones verdaderas, que su designación implicaba cierta protección y respaldo bajo el manto consular, y un prestigio y autoridad considerables entre los intelectuales, periodistas y los influyentes grupos de poder en la ciudad de Nueva York. Era meridianamente claro que con esa medida se agudizaba el distanciamiento entre España y la Argentina, que ya no estaba sola. Y detrás de la Argentina estaban Inglaterra y Alemania, unidas por la común preocupación por una Rusia que amenazaba los intereses de ambas potencias en el Oriente Medio.

⁵⁹ El periódico *Patria* reportaba regularmente las actividades de los clubes cubanos en Estados Unidos y otros países. Véanse los números de 1892-- 94 pássim.

Aunque las ventajas del cargo para Martí eran obvias, incluyendo probablemente un alivio considerable en los ingresos personales que le ayudaría a financiar su intensa actividad revolucionaria, sería muy difícil para él – como también para Gonzalo de Quesada, a su vez premiado con un nombramiento de cónsul argentino en Filadelfia, ser simultáneamente líder de un proceso revolucionario en una colonia española, y cónsul de tres países sudamericanos que mantenían relaciones, resentidas pero estables con España.

No se ha hallado la confirmación escrita, pero añádase que los documentos oficiales disponibles y su propia gestión consular indican que Martí fungía en la práctica como Cónsul General, lo que le hacía receptor de los informes de otros consulados argentinos en Estados Unidos, normalmente enviados por él directamente a Buenos Aires, con copia a la legación argentina en Washington. Esa situación la confirma el informe anual del cónsul argentino en Brunswick, estado de Georgia, Rosendo Torras, hallado entre los documentos donados por la Argentina en 1991, fechado el 1ro de diciembre de 1890, que Martí recibiera y remitiera directamente al ministro Eduardo Costa.⁶⁰

La lectura inicial de dichos documentos y de otros en poder del Centro de Estudios Martianos, e indirectamente de la edición crítica de las *Obras Completas* de Martí en particular, sorprende por la falta de informes políticos escritos por Martí, como los que remitía al gobierno de Uruguay, tarea normal de un cónsul a cargo del Consulado General de cualquier país de entonces. Por lo demás, salvo las rutinas administrativas más sencillas, como los informes de los ingresos del consulado por la venta de los sellos para los servicios consulares prestados, lo verdaderamente sustantivo debía consultarlo o informarlo directamente al Ministerio de Relaciones Exteriores en Buenos

⁶⁰ A partir de esta nota, todas las citas incorporadas al texto, salvo excepciones debidamente identificadas, provienen de los notas diplomáticas, documentos y copias de artículos periodísticos estadounidenses aportados por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina y entregados a la Embajada de Cuba en 1991, incluidos en los anexos. Puede consultarse además el Anuario No. 14 del *Anuario* del Centro de Estudios Martianos de 1991 citado en notas anteriores, aunque el número de notas diplomáticas no pasa de veinte de un total superior a las cien, y su contenido no aporta nada nuevo a la tradicional interpretación que abunda en nuestros textos y biografías del Apóstol.

Aires. Esta práctica tradicional, como se verá, no era del agrado del Ministro Plenipotenciario argentino en Washington.

La situación tal vez habría sido menos complicada para Martí de haber permanecido su amigo Roque Sáenz Peña en el Ministerio de Relaciones Exteriores, responsable de su proposición para el cargo y de su nombramiento, pero ya sabemos que éste se sintió obligado a renunciar un mes después de ser confirmado como ministro, con tiempo apenas para proponer y aprobar a Martí como cónsul de la Argentina en Nueva York.

En 1891 Sáenz Peña aceptó la candidatura a la presidencia, a la que renunciaría tras enterarse que Bartolomé Mitre y Julio Argentino Roca le jugaban una mala pasada al seleccionar a su propio padre, Luis Sáenz Peña, candidato conservador opositor a la presidencia. En 1892 el triunfo paterno le significó su nombramiento a la jefatura del Regimiento de Guardias Nacionales. Y en junio del propio año Sáenz Peña se incorporó a la Cámara de Senadores por la Provincia de Buenos Aires, pero renunció a ambos cargos y se retiró a la Provincia de Entre Ríos a administrar una estancia de propiedad familiar, hasta 1895 cuando, con Carlos Pellegrini como socio, estableció un bufete de abogados en la capital.

Se detallan estos aspectos de la vida de Roque Sáenz Peña para comprender mejor la delicada situación de José Martí en el consulado neoyorquino. Con el traslado de Roque Sáenz Peña a otras actividades, Martí debió echar de menos el apoyo de la figura política argentina más cercana a sus ideas — no enteramente identificado con ellas — sobre el peligro que Estados Unidos representaba para la seguridad de Sudamérica, en particular de la Argentina, y para la próxima independencia de Cuba.

Una designación de la mayor importancia en el siguiente gobierno, a la que Martí seguramente debió prestar atención, fue la del conservador, expresidente Julio Argentino Roca, como ministro de gobernación. En verdad, la incorporación de Roca al aparato gubernamental y la renuncia de Sáenz Peña no podían ser, razonablemente, buenas noticias para Martí.

Con el advenimiento de dos ministros profesionales al importante frente de las relaciones exteriores, Eduardo Costa (7 de agosto de 1890—22 de octubre de 1891) y Estanislao Zeballos (22 de octubre de 1891—12 de octubre de 1892), la situación de Martí se tornaba cuando menos inestable por varias razones: la

primera era la posición política de ambos ministros, que no conocían alternativa al principio de “la Argentina primero”; otra era el velado, pero creciente resentimiento del Ministro Plenipotenciario en Washington con el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores por el problema jurisdiccional de los contactos y comunicaciones de Martí por la vía directa con la cancillería argentina, síntoma de contradicciones más profundas, que se retomarán en líneas subsiguientes.

Esa práctica, a juicio de Vicente G. Quesada, constituía una violación de su autoridad e incluso de la confianza que su gobierno había depositado en él, según su propia interpretación.⁶¹ Martí hizo cuanto pudo por contemporizar con su amigo, pero un grado de reserva era inevitable. Y la tercera, tal vez más importante que las dos primeras, era la posición de Costa, y particularmente la de Zeballos, contraria a la unión de Argentina con los países hispanoamericanos para contrarrestar el peligro de la expansión estadounidense.

Estanislao Zeballos, capaz de una mejor articulación que el primero, afirmaba firmemente que para la Argentina había “sólo dos opciones políticas posibles: una, débil y abierta a las ambiciones extranjeras, exceptuadas las europeas; y la otra, vigorosa, y cuya fórmula internacional es esta: antes que todo, para todo y sobre todo, la República Argentina”. Zeballos insistía en que todo intento de unidad hispanoamericana era “obra de la sensiblería, contraria a los intereses argentinos pues se fundamenta en una solidaridad ficticia y contrapuesta a las relaciones provechosas con Europa”.⁶² Por otra parte, al hacer un balance en 1902 de todas las pérdidas territoriales de la Argentina en nombre del “sentimentalismo americano”, afirmaba también, con obvio resentimiento, que ese sentimentalismo:

⁶¹ Nota sin número fechada en Washington el 31 de diciembre de 1891 dirigida al Ministro de Relaciones Exteriores por Vicente G. Quesada referida a la renuncia de Gonzalo de Quesada a su cargo de cónsul en la ciudad de Filadelfia. Se trata de un informe general del trabajo de las misiones argentinas en México y Estados Unidos que incluye criterios sobre los incidentes de Gonzalo de Quesada y José Martí. Véase la nota diplomática de Vicente G. Quesada, Ministro Plenipotenciario de la Argentina en Nueva York del 31 de diciembre de 1891 en: Biblioteca del CEM.

⁶² Estanislao Zeballos, “Intervención anglo alemana en Venezuela, en *Revista de Derecho y Letras*, año V, tomo XIV, Buenos Aires, 1902, p. 432.

[...]nos cuesta territorialmente todo el Rio Grande do Sul, todo el Paraguay, las Misiones, el Uruguay, Bolivia hasta el Desaguadero, el Chaco Boreal, el desierto de Atacama desde los valles Calchaqués hasta el mar Pacífico, y las áreas australes, que exceden de la mitad de la de Chile de 1810, segregada, metódica, serena e inflexiblemente por esta República “hermana” a la soberanía argentina [...] Las Naciones sur americanas nos recuerdan siempre con fervor cuando están amenazadas y podemos marchar de cabeza de turco a la faz de sus enemigos. Y cuando la República Argentina las requiere para obras nobilísimas de paz duradera y de justicia, se dividen y en mayoría nos derrotan, como ha sucedido en los Congresos de Washington, de Montevideo o de Mexico, al cual por ningún concepto nos convenía ni debíamos haber concurrido”.⁶³

Esta política contribuyó al aislamiento argentino en Sudamérica. Incluir a dos países independientes (Paraguay y Uruguay) entre las “pérdidas” argentinas parece aludir a cierta frustración expansiva de la oligarquía argentina en el continente sudamericano. Impresiona como un testimonio plañidero por su vocación fracasada de gran potencia. Y la visión de Zeballos no difería mucho de la que había defendido Eduardo Costa durante su presencia en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

En cuanto al problema jurisdiccional, lo cierto es que Martí no pudo evitar las ocasiones en que tuvo que actuar, independientemente de su amistad con el ministro plenipotenciario, según las disposiciones del propio sistema consular argentino. El ejemplo más elocuente fue el caso de su amigo Gonzalo de Quesada, presionado a dimitir como cónsul argentino en Filadelfia por el jefe de la misión argentina por lo que éste entendía eran sus hábitos irregulares de trabajo, resultado probablemente de responsabilidades revolucionarias que le obligaban a residir una parte del tiempo en New York.

⁶³ Op. cit. pp. 431-432.

Pero lo interesante es que el ministro plenipotenciario argentino consideró su posible destitución. Finalmente Gonzalo de Quesada envió su dimisión a Martí en febrero de 1891, que la despachó directamente a Buenos Aires, con copia a la legación en Washington. Habrá sido o no el propósito suyo, pero ese proceder impedía al Ministro Plenipotenciario cualquier intento de demorar el envío de la renuncia de Gonzalo a Buenos Aires para justificar su destitución. La tensión que generaba esa situación sólo puede medirse por los criterios que expusiera Vicente G. Quesada en el informe anual de su misión en Washington con fecha 31 de diciembre de 1891, cuando los hechos protagonizados por Gonzalo y Martí ya eran historia:

Lo ocurrido con motivo de la conducta del Señor Martí, Cónsul Argentino en Nueva York, a consecuencia de la reclamación de la Legación de España, terminó de la manera que V. E. fue informado. Y sería de desear que V. E. se sirviese darme claras instrucciones sobre el cuerpo consular que ha pretendido no estar sujeto a la Legación y depender directamente de V. E.

Al extremo que a las veces no responden los Cónsules a los oficios de la Legación, ni a sus indicaciones, como sucedió con el Sr. D. Gonzalo de Quesada, cónsul en Filadelfia que fue al fin separado y que elevó la renuncia directamente al Sr. Martí, y este solo la envió en copia. Si el Jefe de la Legación no tiene jurisdicción para suspender a un Cónsul insubordinado, resulta que no tiene medios de hacer obedecer sus instrucciones, y la dependencia jerárquica. La separación absoluta se impone como una necesidad en tal caso.⁶⁴

Esta observación del jefe de misión argentino parecía gratuita e irrelevante en relación con las dimisiones de José Martí y Gonzalo de Quesada, presentadas a Eduardo Costa durante su desempeño del cargo de Ministro de

⁶⁴ Nota de Vicente G. Quesada al Ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina, 31 de diciembre de 1891; consúltese en la colección del Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina, 1991, Biblioteca del CEM.

Relaciones Exteriores, hacía diez meses en el primer caso y dos en el segundo. Pero en realidad era particularmente pertinente, después que Zeballos rechazó la pretensión del ministro plenipotenciario en Washington de promover a un amigo suyo al cargo de Martí, y había designado en su lugar a otro funcionario civil. El mensaje del jefe de misión argentino parece haber sido que no toleraría en el nuevo candidato un comportamiento similar al del cónsul dimitido.

Es ese el complejo escenario interno en el que Martí tuvo que desempeñar sus deberes consulares. Se observa claramente en las líneas anteriores la preocupación del diplomático argentino, no sólo por la facultad de la que hizo uso el cónsul Martí de comunicarse directamente con el Ministro de Relaciones Exteriores, sino porque, como jefe de la Legación en Estados Unidos, se veía impedido de aplicar la máxima sanción de destitución cuando lo considerara necesario a los “intereses” de la nación argentina.

En realidad, el más elemental sentido común indica que cualquier funcionario nombrado por el más alto poder del Estado no puede ser removido o destituido sin previa consulta a la propia instancia. Eso tenía que conocerlo bien el jefe de misión argentino. Pero actuaba según el criterio de su invulnerabilidad a críticas y sanciones, quizás por su amistad con Roca. No podía imaginarse Martí, en el momento de las acciones del Ministro Plenipotenciario argentino contra Gonzalo de Quesada, que pronto éste pretendería aplicarle a él la misma fórmula que a su amigo Gonzalo.

Por otra parte, tampoco puede subestimarse la actividad de los adversarios españoles, bien informados de las contradicciones intestinas en la diplomacia argentina. Después de su designación como cónsul de Argentina y Paraguay, la preocupación de España por Martí aumentó. Se trataba, no hay duda, de la figura de mayor relieve en la emigración cubana y contra su persona pusieron todo su empeño la legación española en Washington y el consulado español en Nueva York. Mientras se hizo sentir la autoridad de Roque Sáenz Peña sobre las relaciones exteriores argentinas, no fue fácil a la monarquía española mover su influencia diplomática para separar del cargo al cónsul argentino en Nueva York, que también lo era de otros dos países hispanoamericanos. Con la renuncia de Eduardo Costa y la posterior designación de Zeballos a la

dirección de la Cancillería, pues, la situación empeoró sensiblemente para Martí.

En fin, el breve interludio de sus responsabilidades de cónsul de Argentina, Paraguay y Uruguay transcurrió para Martí en relativa tranquilidad, de lo que dan fe los numerosos informes de recaudaciones consulares remitidos a Buenos Aires, el envío de obras literarias valiosas y enseres adquiridos para la Legación Argentina en Washington y otras gestiones menores, en tanto proseguían sus labores organizativas de “la guerra necesaria”. Hasta que las exigencias de su condición de líder revolucionario y la aceleración de los preparativos para el inicio de la “guerra necesaria” le obligaron a hacer uso de la palabra el 10 de octubre de 1891 ante los emigrados cubanos, quince meses después de su designación consular, como había hecho en no menos de seis ocasiones anteriores en conmemoración de esa patriótica efeméride.

Ya el 18 de septiembre del propio año la legación de España en Nueva York había mencionado a Martí en su correspondencia confidencial como uno de los miembros más prominentes del Club Los Independientes.⁶⁵ De manera que cuando se dirigió a los cubanos de la ciudad en la fecha patria del 10 de octubre de 1891, es evidente que la representación hispana había organizado una acción diplomática a fin de lograr su salida del cargo.

Con fecha 8 de octubre, dos días antes del discurso de Martí, cuatro ciudadanos españoles se dirigieron al periódico *Las Novedades* con una supuesta “protesta” en la que se quejaban de la posición asumida por el “cónsul de Argentina”, que incitaba a la revolución contra España. Un error grueso del guión es que estaba concebido para que el documento fuera publicado el 10 de octubre, día en que Martí hablaría en Hardman Hall. Las palabras que Martí pronunció habían sido expresadas en una ocasión patriótica ya tradicional. No faltaban al decoro de España. Por cierto, de ellas se desprendía la importancia de la amenaza interventora de Estados Unidos:

⁶⁵ Véase Ibrahim Hidalgo Paz, *José Martí 1853-1895, Cronología*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2003

¡Ah los días buenos del trabajo después de la redención, del trabajo continuo, y de buena fe, pero evitar el exceso de política de los desocupados ambiciosos, o de los aspirantes ambiciosos, o de los logreros de la palabra y del valor, – ¡Y para reparar, estando como estamos a las puertas de un crítico goloso e imponente [obviamente el gobierno de Estados Unidos] la época larga de desigualdad y languidez que pudiera darle razón para echarse sobre nuestro pueblo incapaz, o darnos razón para desconfiar de nosotros mismos!⁶⁶

No obstante el estilo algo intrincado de la prosa, es evidente que la seriedad en todo lo que Martí afirmaba sugería la cercanía del inicio de operaciones bélicas:

Aquí hemos estudiado las causas reales y complejas de la derrota de la Revolución; hemos desentrañado los elementos que en ella se crearon, y continuaron de ella, y podían entorpecer o ayudar la pelea definitiva; hemos compuesto en un alma sola, – sin más excepción que uno u otro pedrusco, o uno u otro veneno, – los factores que dejó en hostilidad la dirección diversa y tibia de la guerra anterior; hemos ajustado nuestra acción [...]⁶⁷

Pero si se toma el texto del 10 de octubre de 1890, a poco de haber sido nombrado Martí cónsul, y se compara con el de 1891, se verá que las diferencias no eran tan importantes como para justificar por sí mismas, en esta ocasión, una medida como la protesta diplomática española. Por qué se aplicó en 1891 y no antes, a pesar de la insistencia de Miguel Suárez Guanes ante su gobierno, cuando en 1890 era aún cónsul en Nueva York y en el momento del incidente ya era Ministro Plenipotenciario, es otra interrogante que nos obliga al análisis de la evolución de la política interna y externa de Argentina, mucho más propicia en 1891 a las intrigas diplomáticas de Madrid.⁶⁸

⁶⁶ José Martí, Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, pronunciado en Hardman Hall, New York, 10 de octubre de 1891, OC, t. 4, pp. 256-257.

⁶⁷ *Ibíd*em

La hipótesis más razonable es que la queja contra Martí se proponía congelar el creciente interés de algunos políticos argentinos e inclusive norteamericanos por Cuba revolucionaria y promover su desarme político. Al día siguiente, informado de la acción española, y convencido de las intenciones del gobierno peninsular, Martí logró enviar, a pesar de encontrarse enfermo, un telegrama al ministro Vicente G. Quesada comprometiéndose a su renuncia formal al día siguiente. Véase a continuación el texto brevísimo de su mensaje:

WESTERN UNION RECEIVED at 114 Conn. Ave.
Oct 11 1891
Dated New York 11 OCT

To Vicente G. Quesada
1822 Jefferson Place

“Háblame articulo novedades sobre cubano incompatible
cónsul renuncio mañana consulado argentino ante usted su
amigo enfermo cariñoso, José Martí”.

Fuente: del expediente del caso. Aporte del Ministerio de RR
EE de Argentina.⁶⁹

El gesto se proponía tranquilizar a la legación argentina y atenuar cualquier perjuicio para ese país. La práctica usual en estos casos era que el jefe de misión, salvo hechos de máxima urgencia, consultara al Ministerio de

⁶⁸ Véase el artículo del *New York Herald* al parecer erróneamente fechado por Vicente G. Quesada el 9 de octubre de 1891 en la colección del CEM en la biblioteca de la institución, anexo a la nota del jefe de misión argentino del 20 del propio mes, que acompaña la documentación donada por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de Argentina acerca de la renuncia de José Martí. La información sobre los antecedentes de Guanés puede leerse en el artículo en cuestión.

⁶⁹ Donación del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina: del expediente del caso. Aporte del Ministerio de RR EE de Argentina, en la Biblioteca del Centro de Estudios Martianos, La Habana.

Relaciones Exteriores en su país y por su conducto al Poder Ejecutivo Nacional, acompañando un informe solicitado al funcionario afectado con criterios y los antecedentes de los hechos, al tiempo que solicitaba instrucciones. Pero de la sorpresa que dijo a su ministerio que le produjo la decisión de Martí de renunciar a su cargo, Quesada pasó con celeridad inusual a la acción, con una acometividad que crecía por momentos. En ese mismo día, le escribe al vicedcónsul, Félix de Castro, un cubano que trabajaba bajo las órdenes de Martí:

El Señor Cónsul Argentino allí, D. José Martí, me avisó por telégrafo el domingo pasado, que el lunes me enviaba su renuncia del cargo a causa de un artículo de *Las Novedades*. He reclamado privadamente el envío de esa renuncia, porque la Legación de España ha entablado gestión diplomática por los discursos contra España y a favor de la revolución del caballero que ejerce las funciones de Cónsul Argentino, de todo lo cual he dado ya cuenta a mi Gobierno, que no dudo atenderá a la reclamación; pero la demora de la renuncia, a pesar que el Señor Martí, se excusa con enfermedad, puede ocasionar la exoneración del cargo en vez de la aceptación de la renuncia. En estas circunstancias sírvase V. E. recabar del Cónsul su determinación a fin de que esta Legación resuelva lo que en el estricto cumplimiento de su deber corresponda.⁷⁰

Quesada no actuaba con transparencia. En ningún momento hizo uso del cable transoceánico que existía desde 1860. Envió sus informes por vapor, que llegaron a Buenos Aires un mes después de ocurridos los hechos. Cuando le preguntaron por qué no informó a la cancillería por cable respondió que el mal estado de las finanzas nacionales lo habían obligado a asumir la responsabilidad por su actuación excesivamente agresiva. Independientemente de esa irregularidad, sus decisiones fueron

⁷⁰ Véase en los Anexos la Nota de Vicente G. Quesada, Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en Washington a Félix de Castro, vicedcónsul en el Consulado General de la Argentina en New York, 11 de octubre de 1891.

aprobadas por su gobierno. Martí, que según explicara al ministro argentino, se encontraba enfermo, remitió su carta de renuncia y realizó el acto formal el 17 de octubre de 1891, seis días después de haberla prometido. Se libró así de la “exoneración del cargo”, que equivalía a su destitución. En esas circunstancias la prensa local habría podido contribuir a provocar su descrédito público lesivo a la revolución cubana y la pérdida del prestigio y la autoridad logrados por Martí durante el desempeño de su cargo consular. Era una solución para Martí impensable.

Por otra parte, no parece práctica muy profesional, en términos diplomáticos, comunicar a un vicedónsul una amenaza de posible destitución de su jefe a apenas cinco días de haberse publicado en un periódico español una protesta de cuatro supuestos ciudadanos españoles, cualesquiera que hayan sido las acusaciones.

Todo esto lo hizo Quesada sin tener una idea de primera mano de lo que Martí había dicho el 10 de octubre y sin siquiera solicitar primero su opinión. De hecho, el discurso de Martí en Hardman Hall no figura en la abundante documentación que el Ministro Plenipotenciario argentino envió a Buenos Aires.

En otras palabras, no se enjuiciaba a Martí por lo que hizo, sino que se admitía la versión española sin la menor reserva, desconociendo las palabras que Martí en realidad había pronunciado. El jefe de misión argentino informó al vicedónsul que la Legación de España había “entablado” una acción diplomática sobre el incidente, que en realidad, según informó a su propio Canciller, fue una conversación “cortés” entre los dos ministros plenipotenciarios.

Del contenido real del discurso de Martí, ni el periódico español, ni la Legación de España podían decir en ese momento una palabra, porque el mensaje que apareciera en el periódico *Las Novedades* está fechado un 8 de octubre, es decir, dos días antes de que Martí hablara, cuando se desconocía absolutamente lo que se proponía decir. Si el gobierno argentino se hubiera propuesto defender a su alto funcionario consular en Nueva York, le habría bastado con los errores del guión provocador de la

Legación Española para fundamentar la hipótesis de una celada, por demás burda, contra Martí.

La prensa estadounidense, probablemente orientada por el Departamento de Estado, ofrecía otro argumento: la Legación de España se había dirigido directamente a la Legación de la República Argentina, ignorando al Departamento de Estado. Esta irritación se hizo sentir por conducto de los periódicos locales,⁷¹ interesados en subrayar la falta de lesa cortesía con la cancillería anfitriona. Los documentos citados constituyen, pues, un testimonio inocultable de los designios españoles y de la marcada inconsistencia de la posición asumida por la legación argentina, más interesada en aplacar la ira simulada de España que en aclarar los hechos.

Otro acontecimiento significativo fue la publicación de un artículo sobre el progreso económico y social de la Argentina cuyos datos y notas los había entregado Vicente G. Quesada al periódico pro hispano *Las Novedades*, dos días antes del discurso de Martí y poco antes de que esa iniciativa, obviamente un gesto de amistad entre los dos gobiernos, fuera aprobada por el Ministro de Relaciones Exteriores argentino.

También la nota en que Quesada informa a su ministerio de esa acción está fechada el 8 de octubre, dos días antes de que Martí hablara en Hardman Hall. Cualquier observador de ese gesto, los emigrados revolucionarios cubanos en primer lugar y desde luego el gobierno estadounidense, habría apreciado que la acción de Quesada de publicar un artículo suyo de divulgación sobre el progreso económico de su país en un periódico tan cercano a los intereses españoles podía indicar la voluntad de un mayor acercamiento argentino a España o de ésta hacia su hija pródiga. Hasta la prensa estadounidense sabía y comentaba que Miguel Suárez Guanes, el ministro español, no era un desconocido para Vicente G. Quesada en los días no muy lejanos cuando prestara servicios como cónsul en Nueva York. A él los periodistas locales le atribuían haber

⁷¹ *The New York Herald*, op. cit.

regresado ascendido a ministro con el objetivo priorizado de separar a Martí de su cargo consular.

En el fondo de estos trajines se evidencia que la guerra de independencia de Cuba y Puerto Rico cedía, si es que en algún momento llegó a ser una prioridad, en la escala de objetivos de la política exterior argentina y se inclinaba a que la monarquía española reformara sus relaciones con la colonia cubana, a fin de evitar la guerra de independencia y la posible intervención estadounidense. Ese propósito, es evidente, era prácticamente inalcanzable. Pero también es cierto que una intervención de Estados Unidos en Cuba, como Martí y hasta cierto punto Roque Sáenz Peña previeron, podía resultar a más largo plazo peligrosa para los intereses argentinos.

Roque Sáenz Peña, sin duda uno de los más respetados de los dirigentes de la oligarquía terrateniente argentina, llegó a pensar eventualmente que los planes estadounidenses, ante la creciente probabilidad de una guerra de liberación contra España en Cuba, indicaban la intervención para privarla de su colonia sin otorgar al pueblo cubano la independencia. Como veremos en mayor detalle en líneas posteriores, para la Argentina el principal inconveniente de la revolución cubana, y la guerra de independencia resultante, era que se produciría en un momento inconveniente, pues daría inicio a la prevista expansión estadounidense hacia el istmo (Cuba, Puerto Rico) y de allí hacia el Pacífico y presumiblemente, en algún momento posterior, hacia Sudamérica, tal vez con el apoyo de Brasil.

El 11 de noviembre Estanislao Zeballos, Ministro de Relaciones Exteriores, informaba a su Ministro Plenipotenciario:

He recibido la nota de V. E. fecha 8 de octubre último acompañando un artículo de *Las Novedades* de Nueva York sobre la República Argentina, según datos y apuntes que V. E. suministró a la dirección de aquel periódico.

Encontrando correcto el proceso de V. E. en el caso que se trata reitero a V. E. las seguridades de mi consideración distinguida.⁷²

Aunque la despedida de la nota es algo fría, según los códigos diplomáticos tradicionales, lo cual era un indicio atendible de que no todo andaba bien entre el Ministro de Relaciones Exteriores y el jefe de la misión argentina en Washington, Vicente G. Quesada debió respirar más tranquilo. Habría sido inapropiado que su ministro se enterara del discurso de un cónsul argentino en el que desplegaba, no sin cierta discreción, sus ideales libertarios sobre una colonia de España, en tanto el Ministro Plenipotenciario de esa nación hacía publicar un artículo laudatorio del desarrollo cultural y económico argentino en un periódico bajo el control de la legación de España.

Ese error, a primera vista poco importante, crea la impresión de cierta inconsistencia en la política exterior argentina. Esas y otras pequeñas paradojas fueron, por cierto, advertidas por los diarios bonaerenses, que intensificaron las críticas a la política exterior argentina, de lo cual se queja Quesada en su informe anual de diciembre de 1891 al Ministerio de Relaciones Exteriores.⁷³

De cualquier manera, el 17 de octubre, Martí había enviado al ministro argentino su renuncia formal, en su habitual alto relieve ético y literario. Puede leerse íntegramente en Anexos:

Tengo la honra de dirigirme a V.E. para ratificar, en testimonio de mi respeto y agradecimiento a la República Argentina, la renuncia del cargo de Cónsul Argentino en esta ciudad que ansioso de evitar comentario alguno contra aquel agradecimiento y respeto, envíe a V.E. por telégrafo el día 11.

⁷² Nota del Estanislao Zeballos, Ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina, a Vicente G. Quesada, Ministro Plenipotenciario de la Argentina, fechada el 11 de noviembre de 1891. En: Colección de notas recibidas del Ministerio de Relaciones y Culto de la Argentina en 1991, archivadas en la Biblioteca del CEM.

⁷³ Nota de Vicente G. Quesada al Ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, 17 de diciembre de 1891, ya citado, en Biblioteca del Centro de Estudios Martianos, colección de documentos donados en 1991 por dicho Ministerio al CEM.

Como el premio más honroso a mi cariño vigilante por los pueblos de mi raza en América, recibí y procuré justificar en su desempeño el nombramiento, ni directa ni indirectamente solicitado y por eso mismo más halagador, de Cónsul Argentino en Nueva York..⁷⁴

La carta subraya que el cargo con el que había sido honrado no lo había solicitado él “ni directa ni indirectamente” y que su actuación había consistido en defender los intereses de la Argentina sin dejar de luchar por obtener la libertad para el pueblo cubano, como lo había hecho el argentino en su momento.

En verdad, seis días para producir una renuncia formal por carta en un incidente como el referido era, en términos diplomáticos, un lapso relativamente breve. La práctica tradicional es solicitar al funcionario interesado, en este caso de alto rango, por conducto del Ministerio de Relaciones Exteriores, el texto de sus palabras y un informe detallado de lo ocurrido. La decisión final de las autoridades gubernamentales le era transmitida al interesado después de un proceso que podía demorar semanas, dado el lento sistema de comunicaciones de aquellos días. Nada de eso se hizo en el caso de Martí. El 19 de octubre el vicecónsul confirmaba a Quesada:

Tengo la honra de acusar recibo de la nota de V.E. fechada en Washington el 17 del corriente, y en contestación, digo que desde el lunes recibí noticia del Sr. Martí de haber enviado a V.E. su renuncia por telégrafo, y de su intención de confirmarla en nota y rogar a V.E. que le autorizase a poner el Consulado en mis manos; pero deseoso de enviar a V.E. la respuesta inmediata que pide, y habiendo enviado recado el Sr. Martí que estaba aún enfermo, le

⁷⁴ Carta de José Martí a Vicente G. Quesada, Ministro Plenipotenciario de la Argentina en Estados Unidos, en la Colección de documentos donados por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina, 1991, en el archivo de la Biblioteca del Centro de Estudios Marianos.

remití por mensajero la nota de V.E. que ocasionó su venida a esta oficina, desde la cual ha telegrafiado a V.E. reiterando su renuncia y anunciando el envío de ella por el correo de hoy.

Cuando posiblemente ya había recibido la renuncia de Martí, Quesada informaba el 17 de octubre al Ministro de Relaciones Exteriores:

He tenido el honor de instruir a V.E. por mis oficios N^o 75 y 77, del desagradable incidente promovido por el Señor D. José Martí, Cónsul Argentino en New York, en una reunión de cubanos en la cual, se dice, pronunció discursos contra el Gobierno Español y a favor de la revolución de Cuba. El Señor Martí, hace una semana hoy, me telegrafió que el lunes me enviaba su renuncia, la cual no ha llegado hasta ahora.

Reclamó por lo sucedido la Legación de España aquí y dio cuenta al gabinete de Madrid, pues los españoles residentes en New York han hecho gestión escrita contra el proceder del Cónsul Argentino. He escrito privadamente al Señor Martí, el envío de su anunciada renuncia, a pesar que se excusaba con enfermedad, a fin de resolver el incidente y dar cuenta a V.E.; hoy he dirigido al Vicecónsul, el oficio que en copia acompaño.

Paréceme que, no hay enfermedad que impida enviar una renuncia para evitar tal vez la destitución, pues la reclamación de la Legación de España y la gestión que hará el Gabinete de Madrid, pondrán a V.E. en el caso de resolver en justicia.

Aun cuando tengo amistad con el Señor Martí, juzgo que mi deber me obliga a que se resuelva sin pérdida de tiempo la reclamación del ministro de España.⁷⁵

⁷⁵ Este importante documento se encuentra en la colección de documentos donados por el Ministerio de Relaciones Exteriores al CEM, archivados en la Biblioteca del Centro de Estudios Martianos.

Queda palmariamente aclarado, por lo que afirma Vicente G. Quesada, que el 17 de octubre, cuando actuaba para producir la renuncia de Martí, no tenía en su poder una versión de su discurso, al referirse a palabras que, “se dice, pronunció contra el gobierno español”. Es igualmente evidente, por otra parte, que el ministro Quesada remitió a Buenos Aires el informe que antecede en el momento menos propicio, cuando se realizaba un cambio de la guardia ministerial en Buenos Aires. En lo adelante, tendría que dirigirse al Dr. Estanislao Zeballos, abogado, jurisconsulto, político formado en los intereses de una Argentina que hasta en Estados Unidos se consideraba una potencia emergente, ingeniero, ensayista y veterano Ministro de Relaciones Exteriores (1889-1890), con quien ya se había tropezado antes.

Una observación adicional a un incidente exagerado con todo propósito: entre las varias diferencias del Ministerio y la Legación había una coincidencia que subyacía en ambos: se percibe que en la escala de prioridades políticas las relaciones con España, por las razones ya expuestas, pesaban más que la revolución cubana.

No interesaba, pues, lo que Martí había hecho, sino propiciar una solución acorde con los intereses de España, vale decir, que calmase la irritación hispana. Se evidencia asimismo que los valores conservadores tradicionales de la política exterior argentina, esto es, el distanciamiento de lo que pudiera resultar dañino a los intereses del país, tal como los interpretaba la clase terrateniente argentina, se restablecían firmemente hacia fines de siglo. Precisa reiterar que ello significaría el gradual acercamiento de la Argentina a España y a Europa a medida que se intensificaba el peligro intervencionista norteamericano.

Veamos a continuación cuál fue la reacción de Vicente G. Quesada, comunicada el 20 de octubre a su ministro, al recibir por cable la renuncia de Martí, enviada el 17 por carta formal:

Tuve el honor de dar cuenta a V.E. de las ocurrencias a que ha dado lugar el desagradable incidente del Señor Martí, Cónsul Argentino en New York, con motivo de los discursos contra España y a favor de la revolución de Cuba.

El domingo 11 el Señor Martí me telegrafió que me enviaría el lunes su renuncia, como no llegase a pesar de los días transcurridos aun cuando se excusase en enfermedad, le escribí reclamándola, puesto que, la Legación de España había hecho reclamación diplomática verbal por el proceder del Cónsul Argentino contra su gobierno y a favor de la revolución en Cuba. No obtuve respuesta.

El día 17 me dirigí al Vicecónsul por el oficio cuya copia envié a V.E. por mi nota N^o 79.

Ayer recibí el siguiente telegrama — “New-York 19— Vicente G. Quesada. Argentine Minister- 1822 Jefferson Place-Hoy leí carta suya- Desagrado impedíame escribir, poner correo renuncia escrita – Pídele entrega Consulado Castro- Mi renuncia es aquí pública hace una semana y fue cable Habana- Perdona horror escribir a su servidor- José Martí.”

Este telegrama contiene muchas inexactitudes.

El domingo 11 no renunció, puesto que su telegrama, que original remití a V.E. solo anuncia que renunciará. En ese telegrama decía que *Las Novedades* lo atacaban por cubano, el hecho es inexacto: lo atacaban por sus apreciaciones contra España y a favor de la revolución en Cuba.

Adjunto a este oficio bajo el N^o 1 copia de la respuesta del Vicecónsul, de la cual aparece que el señor Martí aseguró haber renunciado por telégrafo, cuando fue solo un aviso original de que iba a renunciar, lo que es diferente; y agregó que su intención era informarla en nota y pedir autorización para entregar el Consulado al Vicecónsul. V.E. se ha de servir observar que en todo esto no hay franqueza ni verdad. No se acostumbra anunciar la intención de renunciar, y cuando se hace se cumple lo que se anuncia. Un Cónsul no necesita autorización para poner al Vicecónsul al frente del Consulado, cuando su delicadeza le impide continuar en sus funciones. Basta avisarlo.

La copia N^o 2 es la renuncia del Señor Martí, fecha 19 del corriente, en ella habla de *ratificación de renuncia*, lo que es equivocado

hiciera, puesto que solo me anunció el propósito, y mas equivocado que el telegrama del día 11 fuese tal renuncia.

Dada la especialidad de este caso, en el cual se envía la renuncia a la Legación, y la aseveración de que continúa como cubano en el propósito de trabajar por la emancipación de Cuba, lo cual hace imposible ejercer el Consulado de una nación amiga a España: he creído que debía asumir la responsabilidad de aceptarla, para poner fin al deplorable incidente, y pedir a V.E. la aprobación de mi proceder. He comunicado esta resolución al Departamento de Estado, al señor Martí y al Vicecónsul.

En vista de estos antecedentes, a fin de evitar que pueda repetirse casos parecidos al ocurrido con el Señor Martí, juzgo convendría nombrar un ciudadano argentino, y me permito recomendar al agregado naval de la Legación, Alférez de navío D. Juan L. Attwell, quien habla inglés, ha vivido algunos años aquí y es caballero prudente y circunspecto.

Debo hacer otra observación sobre los errores del Sr. Martí. En su renuncia no dice haberla hecho directamente a V.E. por el cable de la Habana, como lo afirma en el telegrama de ayer. Es difícil saber lo que es real y verdadero, en medio de estas vaguedades u omisiones, y a fin de evitar continuos desagradados que pudieran sobrevivir, y que continúe sus discursos contra España, sin haber dejado de ser Cónsul Argentino, he creído que el único remedio era aceptar dicha renuncia y dar cuenta a V.E.⁷⁶

Martí ya sabía, después de haber leído la carta privada de Quesada, que podía ser destituido de su cargo. Y por otra parte el jefe de misión argentino sospechaba que Martí probablemente habría informado directamente a Buenos Aires su renuncia. No se ha hallado documento alguno que indique que Martí procedió como el ministro argentino sospechaba.

⁷⁶ Esta nota diplomática, tan elocuente de la actitud del ministro argentino Vicente G. Quesada hacia Martí, se encuentra entre los documentos donados por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina en 1991, Biblioteca del CEM.

No menos interesante es que Quesada lo acusara de mentir acerca de la fecha de ese documento, que, como se ha podido apreciar, en realidad estaba fechado el 17, no el 19 de octubre. Esta última carta, en efecto, confirmaba su renuncia formal del 17, no su promesa de renunciar del día 11 enviada en el cable inicial.

De todas maneras era una llamada a la atención que el ministro argentino tenía que considerar. No podía permitirse la acción, potencialmente contraproducente para él, de forzar la destitución sin conocer las decisiones que pudieran haberse tomado en Buenos Aires.

Al día siguiente, no satisfecho con sus descargos, Quesada volvió al ataque, esta vez por conducto de Mariano Pellisa,⁷⁷ el llamado Habilitado Contador del Ministerio de Relaciones Exteriores, al parecer influyente funcionario de dicho Ministerio, evidentemente amigo suyo y del ministro, a quien dirige una carta personal fechada el 21 de octubre, cuatro días después de la renuncia formal de José Martí:

Permítame que vuelva hoy a hablarle del malhadado asunto Martí; pero quiero que Ud esté habilitado para informar al Sr. Ministro de la razón que tuve p^a. aceptar yo la renuncia. Martí hacia circular haber renunciado, y solo me había teleografiado, que iba a mandarme la renuncia: no contestaba a mi carta privada exigiéndola, en la cual le decía⁷⁸ que se exponía a ser destituido, y cuando la manda, hace con mala fe uso de la frase que *reitera su renuncia*, cuando se la arranqué por una nota al Vicecónsul para que expusiera si la mandaba o no, p^a proceder entonces en estricto derecho. Renuncia y se jacta de proponerse como cubano lo que se propusieron en Argentina en la revolución. Desde luego, no era posible dejarlo ni un minuto como cónsul: de esa jactancia se habrá valido publicándola, y que la Legación se limitaba a mandarle al

⁷⁷ El nombre de este funcionario aparece también escrito "Pelliza".

⁷⁸ Estas cinco palabras escritas sobre tachado: "por".

Ministerio. Así que mi deber, y el honor y la dignidad del Gob. no debía tolerarlo, y la acepté sobre tablas y di cuenta.

Le adjunto en esta ahora, un remite a *Las Novedades* haciendo algunas rectificaciones a mi largo art. del *World*.⁷⁹ El Sr. Martí quiere hacer ruido, como sacrificando intereses pecuniarios a la lealtad de sus principios; pero si no renuncia, lo suspendo y pido a continuación p^a destituirlo.⁸⁰ Su afectuoso amigo,
Vicente G. Quesada⁸¹

Esta nota se propone añadir nuevos matices negativos a la actuación de Martí. Tres días después de su renuncia formal, Quesada reiteraba sus amenazas de destitución y sus diatribas contra Martí, acusándolo de “mala fe”, haciendo uso de las prerrogativas de confidencialidad propias de su cargo. Va más lejos que su nota anterior al opinar que Martí estaría a punto de publicar el texto de su renuncia. Era una suposición enteramente infundada que ignoraba la integridad ética de José Martí. Nada de eso, como se comprobará más adelante, había pasado por su mente.

Se percibe en el ministro argentino, a lo largo de todo el incidente, una gran inseguridad evidenciada en la necesidad de convencer a cualquier precio a su ministerio, en definitiva a las más altas esferas del poder estatal, de su capacidad de sobreponerse a su conocida “amistad” con Martí en defensa de lo que él afirmaba eran los altos intereses de la nación argentina.

Otro detalle, en este caso en la nota del 20 de octubre, llama la atención. En medio del turbulento incidente se le ocurre al jefe de la misión argentina proponer al alférez Juan Attwell, Agregado Naval de la

⁷⁹ El artículo del *World* a que hace referencia Quesada, presumiblemente de su autoría, no aparece en la colección de documentos aportados por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina.

⁸⁰ Carta privada de Vicente G. Quesada, incluida en la colección de documentos donada por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina en 1991.

⁸¹ A la derecha, un cuño que dice: “Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. División de Archivo. Folio 21”.

Legación, en substitución de José Martí, bajo el pretexto de que era conveniente prescindir de extranjeros en el servicio consular del país. El oficial, según Quesada, era ciudadano argentino, agregado naval de la legación, y alférez de navío “quien habla inglés, ha vivido algunos años aquí y es caballero prudente y circunspecto”.

Fue, en medio de la trama, una acción discordante. No sabemos el grado de amistad de Quesada con su Agregado Naval, pero ciertamente debió haber sido considerable, al permitirse proponerlo para el cargo de cónsul de New York, cuando aún desconocía la opinión de su jefatura sobre la decisión de aceptar o no la renuncia del cónsul Martí. El Ministro de Relaciones Exteriores se apresura a responderle con fecha 28 de noviembre que:

No ha sido posible atender las indicaciones de V.E. respecto del nombramiento del Alférez de navío Don Juan S. Attwell, pues el Gobierno entiende que los oficiales de la armada deben prestar servicio activo en los ramos de su competencia técnica, compensando así los gastos que el Estado ha hecho para formarles una carrera honrosa y distinguida. Está decidido por otra parte, a impedir que tanto los oficiales de marina, como los del ejército de tierra, se sustraigan después de cierto tiempo a sus deberes militares, tratando de conquistar una posición exclusivamente civil.⁸²

El intento de incorporar el Agregado Naval al personal diplomático de la legación parece no agradó a Estanislao Zeballos, que retornaba en ese momento al cargo de Ministro de Relaciones Exteriores. El resultado de la iniciativa de Quesada, seguramente el menos previsto por el jefe de misión argentino, fue que Attwell tuvo que regresar inmediatamente a su país. Con fecha 20 de noviembre, en el mismo correo, el Ministro de Relaciones Exteriores informaba a Quesada “la medida adoptada con

⁸² Véase el texto completo de esta nota en los Anexos.

esta fecha dejando sin efecto el nombramiento del alférez de navío Dn. Juan L. Atwell como agregado naval de esa Legación”.⁸³

Zeballos explicó en esa nota brevísima que el nombramiento de Atwell quedaba abolido y ocho días más tarde explicó a Quesada la justificación de la decisión. Se percibe en este intercambio de notas el pulso riguroso del ministro Estanislao Zeballos, para, según todos los indicios, impedir las pretensiones del jefe de la misión argentina en Washington de favorecer con el cargo que había ocupado Martí a un oficial de la marina, al parecer de su confianza. Ambas notas llegaron a manos de Quesada el mismo día. Los hechos posteriores indican que el resentimiento hacia Estanislao Zeballos, que se verá databa de años anteriores, se hizo aún más profundo en el funcionario argentino. Pero no pudo protestar ni tampoco defender su proposición, porque no habría sido sabio de su parte iniciar un debate por carta con un experimentado Ministro de Relaciones Exteriores que lo conocía bien.

En fin, en nota fechada el 22 de octubre, el vicecónsul Félix L. de Castro pudo informar al Ministro Plenipotenciario en Washington que todas las formalidades de la entrega del consulado habían concluido:

Tengo la honra de dirigirme a V.E. para poner en su conocimiento que en obediencia a la orden que se sirve darme en la nota de esa Legación de fecha 20 de este mes referente a la aceptación [de la renuncia] que ha hecho de su cargo de Cónsul Argentino en esta ciudad el Sr. José Martí, me ha encargado hoy, con las formalidades y traspasos de uso, de este Consulado General.

Desde el 20 de octubre Quesada se había apresurado a informar también al Departamento de Estado que se había aceptado la renuncia de Martí y se le había sustituido en el cargo:

⁸³ Nota de Estanislao Zeballos, Ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, al Ministro Extraordinario y Plenipotenciario de Argentina en Estados Unidos, Vicente G. Quesada, Buenos Aires, 20 de noviembre de 1891, en: colección de documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina, Biblioteca del CEM.

Tengo el honor de acusar recibo de su nota de fecha 20 del corriente, por la que informaba al Departamento que había aceptado la renuncia del Señor Don José Martí como Cónsul de la República Argentina en Nueva York, y que el Vicecónsul Don Félix J.⁸⁴ de Castro permanecería a cargo del Consulado. Acepte, Señor, las renovadas seguridades de mi más alta consideración.

Fdo.: WILLIAM F. WHARTON
Secretario Interino⁸⁵.

La confirmación de la aceptación de la renuncia la recibió Quesada del más alto nivel gubernamental argentino semanas después de su comunicación, fechada el 25 de noviembre:

Me he impuesto de la nota N^o 52, que V.E. se ha servido dirigirme el 20 de octubre último y en respuesta tengo la satisfacción de comunicar a V.E. que el P.E. [Poder Ejecutivo Nacional] aprueba el proceder seguido por V.E. al aceptar la renuncia de Don José Martí del cargo de Cónsul de la República en Nueva York, como se impondrá V. E. enterándose del decreto adjunto.⁸⁶

Esta confirmación y la aceptación de su proceder proveniente del Poder Ejecutivo Nacional, debió recibirlas Quesada con cierto alivio,

⁸⁴ Así en el manuscrito. En los documentos firmados por este vicecónsul aparece “una L”.

⁸⁵ Nota del Secretario Interino William F. Wharton, al Ministro Plenipotenciario de la Argentina, Vicente G. Quesada, 20 de octubre de 1891. En: colección de documentos donados en 1991 al CEM, en la Biblioteca de la Institución.

⁸⁶ Carta del Ministro de Relaciones Exteriores, Estanislao Zeballos, al Ministro Plenipotenciario de la Argentina, Buenos Aires, 20 de noviembre de 1891. En: colección de documentos donados por el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina en 1991.

después que el Departamento de Estado se diera por enterado oficialmente de la renuncia de Martí antes de recibir él la confirmación superior exigida. Para Quesada, lo verdaderamente significativo de la nota en cuestión es que su iniciativa personal de aceptar la renuncia de Martí había sido finalmente aprobada al más alto nivel del gobierno. Era una escaramuza ganada y un precedente en su diferendo jurisdiccional con el Ministro de Relaciones Exteriores.

La nota la recibió Quesada con otra atrasada, fechada el 19 de noviembre de 1891, en la que el ministro Estanislao Zeballos le comentaba:

He recibido la nota de V.E. Nº 75 de 13 de octubre último.

Dados los antecedentes transmitidos por dicha nota, este Ministerio habría visto con agrado que V.E. hubiese pedido al Señor Don José Martí su renuncia del cargo de Cónsul de la República en Nueva York.

En consecuencia, espero que V.E. la remitirá a la brevedad posible para la resolución del caso.⁸⁷

En verdad, la acumulación de correspondencia y comunicaciones era un problema en el sistema diplomático de cualquier país de la época, sobre todo en momentos de crisis, cuando la rapidez podía ser decisiva. Pero ocasionalmente era una bendición en disfraz para quien quería ocultar sus errores tras las apariencias de una burocracia que las largas distancias invariablemente engendraban. Esta realidad fue útil para las dos partes en el litigio jurisdiccional. Las comunicaciones eran lentas y los escritos llegaban en grupos de varios correos. Un vapor correo podía tardar un mes, ocasionalmente más, en hacer la travesía de New York a Buenos Aires.

⁸⁷ Carta de Estanislao Zeballos a Vicente G. Quesada, Ministro Plenipotenciario de la Argentina, fechada el 19 de noviembre de 1891. En: colección de documentos donados por el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina, 1991, Biblioteca del CEM.

Por eso el cable era importante. Independientemente o no de alto costo relativo del servicio telegráfico de esos días, el escándalo provocado en Estados Unidos por la legación española, con amplia cobertura de la prensa de la época, justificaba su uso. El “pobre estado de las finanzas nacionales” no explicaba el silencio. Cuando su ministro le preguntara al respecto, buscó una excusa insostenible. Lo dejó bien claro en una de sus notas. Al ministro de relaciones exteriores le dice: “No he usado del cable en atención al penoso estado del tesoro y para evitar gastos”.⁸⁸

En ese mismo correo también había llegado el decreto del Presidente de la República confirmando la aceptación de la renuncia de Martí.⁸⁹ De tal suerte, se evidenció abundantemente que Martí había renunciado y que su dimisión había sido oficialmente aceptada por la alta instancia que lo aprobó como cónsul, un mes después de ocurridos los hechos que dieron lugar a esa decisión.

Los correos cursados a su ministerio por el jefe de misión argentino contenían también varios artículos de la época adjuntos, *The New York Herald*, *The Washington Post* y *The New York World*, que ilustraban el alcance del escándalo que la legación de España había provocado. Para el crispado Vicente G. Quesada, toda nota enviada a Buenos Aires era oportunidad para responsabilizar a Martí por lo ocurrido. La nota No. 82, referida a un artículo del *World*, del 9 de noviembre, fue también empleada por él con ese propósito:

⁸⁸ Nota de Vicente G. Quesada, Ministro Plenipotenciario, al Ministro de Relaciones Exteriores de la República argentina, Nueva York, 20 de octubre de 1891.

³⁷ Departamento de Relaciones Exteriores.

Buenos Aires, noviembre 25 /891
El Presidente de la República
Decreta:

Artículo 1º Acéptase la renuncia presentada por Don José Martí del cargo de Cónsul en Nueva York, aprobándose en consecuencia, el proceder del Sr. Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos, de que instruye la nota N° 82, de 20, de octubre último.

Artículo 2º Comuníquese y dese al R. P.
(fdo.) Pellegrini Estanislao L. Zeballo

Tengo el honor de adjuntar a la presente un recorte del *World*, fecha del 9 del mes corriente, sobre el desagradable incidente promovido por el Sr. Martí, Cónsul Argentino en New York, aun cuando contiene multitud de inexactitudes, como la de que el ministro de España me haya dirigido una nota severa, cuando su reclamación fue verbal y cortés, y otras falsedades: sin embargo, de su contenido resulta que era urgente poner termino al incidente y ello es la justificación de mi proceder aceptando hoy mismo la renuncia del Sr. Martí y ordenando al Vice-cónsul se reciba del Consulado. De esta manera cesarán los comentarios de la prensa, y en caso contrario sería como la bola de nieve.⁹⁰

He permitido remitir este recorte para que V.E. se persuada de la necesidad en que me vi de proceder como lo hice.⁹¹

Es cierto que una de las más clamorosas inexactitudes del periódico, como afirma el propio Vicente G. Quesada, es la referida a la existencia de una “nota severa” que el ministro español, Miguel Suárez Guanes le habría enviado. No hubo tal cosa. Cabe la observación de que el ministro argentino terminó por hacer lo que Martí le solicitara: que el jefe de la misión argentina ordenara al vicecónsul que asumiera la jefatura interina del consulado, que él decía era innecesario.

El informe que Quesada preparó inmediatamente después de concluir su reunión con Suárez Guanes, fechado el 14 de octubre de 1891, remitido a Buenos Aires en nota no. 77 de esa fecha, tardó por consiguiente mucho en llegar a su destino y fue reiteradamente reclamado por el Ministro de Relaciones Exteriores argentino. Lo que sí aparece en el citado artículo es la bravata de Suárez Guanes, transmitida a un periodista de ese diario, de que Martí “debe

⁹⁰ La nota y el recorte de prensa se encuentran en la colección donada por el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina en 1991.

⁹¹ Estos dos documentos fueron donados por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina en 1991 y repetidos en el 2009.

callarse o largarse". Quesada aprovechó para insistir en la responsabilidad de Martí por lo ocurrido:

Washington, 14 de octubre de 1891.⁹²

Hoy estuvo el Señor Don Miguel Suárez Guanes, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Rey de España, a decirme que había recibido una exposición firmada por españoles residentes en Nueva York, en la que denunciaban la actitud asumida por el Señor D. José Martí, a pesar de su cargo de Cónsul de la República Argentina, en una reunión de revolucionarios cubanos, celebrada en el aniversario de algún suceso de ese tiempo, y solicitaban diese cuenta al Gobierno de S. M. y adoptase las medidas del caso, para impedir que empleados públicos de naciones amigas, atacasen al Gobierno Español y predicasen la revolución de Cuba. Agregó que de todo había informado al Gabinete de Madrid y venia a hacérmelo saber en la confianza de que el Gobierno Argentino, no permitiría que sus cónsules fuesen públicamente revolucionarios, aún cuando se le había asegurado que el Señor Martí, había presentado su renuncia del Consulado antes de concurrir a la referida fiesta.

Le manifesté lo mismo que puse en conocimiento de V.E. por mi nota N^o 75, diciéndole que el Señor Martí, me había hecho un telegrama avisándome que me mandaría el lunes su renuncia del Consulado, a consecuencia de un artículo de *Las Novedades*; que no había aún recibido esa renuncia, pero si unas líneas del Señor Martí, expresándome que por causa de enfermedad no había mandado la nota, que me remitiría a la brevedad posible.

⁹² Encima un cuño que dice: Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. División de Archivo. Folio 19.

Le afirmé que de todo había informado a V. E. y que, según el tenor de la nota, tomaría las medidas que creyese prudente. Le pregunté si deseaba que diese cuenta oficial de su reclamación y me respondió afirmativamente.

Se quejó igualmente contra la actitud y ataques contra el Gobierno Español por el joven D. Gonzalo de Quesada, a quien creen aún Cónsul Argentino en Filadelfia, y le observé que este Señor hacía meses había presentado su renuncia, por cuya aceptación había últimamente insistido yo.

El Señor Suárez Guanes me repitió que nada tenía contra la persona del Señor Martí; pero que su carácter oficial no le permitía consentir ni tácitamente los ataques hechos públicamente contra su Gobierno y a favor de la revolución de Cuba, tanto más cuanto que confiaba que el Gobierno de V.E. no lo permitiría en un Cónsul de la República Argentina.

Respondí que daría cuenta oficial de la conferencia como lo hago.

Reitero a V.E. las seguridades de mi más alta consideración.

Vicente G. Quesada.

Ministerio de R. E. Buenos Aires, noviembre 28/91

Zeballos⁹³

Excmo. Señor Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. D. Eduardo

Costa⁹⁴

Es interesante que Guanes protestara también por los “ataques” a España de Gonzalo de Quesada, que desde febrero de ese año había renunciado. Y

⁹³ Estanislao Zeballos había sido nombrado Ministro de Relaciones Exteriores en esa fecha.

⁹⁴ Documento donado por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina, presentado en la revista *Anuario del Centro de Estudios Marianos* No. 14 de 1991, Biblioteca del CEM-

que el ministro plenipotenciario argentino le refiriera exactamente lo que poco antes había informado a su propio ministro de relaciones exteriores. Esto evidencia que el incidente de Martí estaba estrechamente relacionado con el de Gonzalo de Quesada, como parte de una política preconcebida de la Legación Española, tranquilamente aceptada por el Ministro Plenipotenciario argentino. Éste, obsequioso, reveló que Gonzalo de Quesada hacía meses había presentado su dimisión “por cuya aceptación había últimamente insistido” él. Que el ministro argentino se sintiera obligado a informar al diplomático español que el incidente de Gonzalo de Quesada se había resuelto porque él lo había presionado para que renunciara, fue una iniciativa personal injustificada y una concesión innecesaria, pues revelaba disensiones internas que sólo favorecían la labor de la Legación Española. La acción era inaceptable, pero fue tolerada por la dirección de su Ministerio de Relaciones Exteriores. Ese aserto seguramente le granjeó la simpatía del diplomático español, al colocarlo frente a Martí y del lado suyo, pero a costa de la imagen de la diplomacia argentina.

Lo que realmente se echa de menos en la entrevista es algún cuestionamiento del ministro argentino sobre la puesta en escena de la Legación Española; alguna preocupación por los puntos oscuros del guión grotesco detrás del incidente de José Martí, que no era un cónsul más, sino en la práctica el Cónsul General de la República Argentina en Estados Unidos.

Evidentemente el resultado neto de la acción diplomática fue un éxito de España frente a la diplomacia argentina y de la revolución cubana, a lo que se añade la aquiescencia ante las acusaciones, consciente o inconsciente, del Ministro Plenipotenciario de la nación sudamericana. Pero no hay duda que constituyó una experiencia en política internacional de excepcional importancia para la guerra necesaria y los días posteriores que se prefiguraban, de lograrse la victoria, harto difíciles para una joven república a 140 kms del gigante emergente.

No es la precedente sólo una conclusión, por demás obvia, del autor de estas líneas, sino la propia valoración del gobierno español. Así, en nota fechada el 27 de diciembre de 1891, la Legación de España en Washington hace saber al Ministro Plenipotenciario argentino:

El Excmo. Señor Ministro de Estado, en Real Orden de fecha 9 del corriente mes, dice a esta Legación de S. M., lo siguiente:

“Me he enterado con interés del despacho de V. E. de 20 de Octubre último, en que da cuenta del resultado satisfactorio que han tenido las conferencias con el Ministro Plenipotenciario de la República Argentina, en esa Capital, obteniendo que renunciaran a los puestos consulares que desempeñaban los Sres. Martí y Gonzalo [de] Quesada. Encargo a V. E. de las más expresivas gracias a dicho Señor Ministro por esa prueba de deferencia y amistad hacia España, que el Gobierno de S. M. agradece sinceramente”.

Al tener la honra de comunicar a V. E. lo que antecede, le ruego se sirva aceptar, a la vez, los sentimientos de cordial gratitud de esta Legación de S. M. por el solícito interés con que acogió los deseos de la misma en el asunto a que hace referencia la preinserta Real Orden.

Aprovecho gustoso esta oportunidad para reiterar a V. E. las seguridades de mi más alta consideración.⁹⁵

Así, Vicente G. Quesada tuvo motivos para sentirse aliviado, si no satisfecho. El éxito de España era también suyo: el incidente había sido zanjado con la dimisión de José Martí, y así le fue reconocido por su gobierno, que después de concluida su misión en Estados Unidos y México, al año siguiente lo propuso al gobierno de España como ministro Extraordinario y plenipotenciario de la legación argentina en Madrid, proposición que Madrid debió recibir con verdadero placer. En definitiva, el decreto del Poder Ejecutivo tranquilizó a Vicente G. Quesada y puso fin al incidente consular de Martí. De ser cierto lo expuesto, la lección para el líder cubano sería clara: muy poco o nada podía esperar la revolución cubana del gobierno argentino en los días

⁹⁵ Esta nota verbal, cuya fotocopia del original se encuentra en la Biblioteca del Centro de Estudios Martianos, es la única donada por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina en julio del 2009 que no se hallaba en la colección entregada por el propio Ministerio en 1991.

inmediatamente posteriores a la renuncia de Martí. La Guerra de Independencia demostró hasta qué punto esa conclusión es acertada.

Es sin duda un imperativo de la historiografía cubana conocer qué pensaba Martí de la actuación de Vicente G. Quesada, más allá de los escritos e informes consulares. Es claro que Martí, ignorante de lo que ocurría a sus espaldas, no podía permanecer al margen de los acontecimientos en estado de postración física e intelectual y se dirigió a Quesada en una carta personal fechada el 19 de octubre de 1891, después que dos días antes presentara su renuncia formal. Ya había tenido tiempo de leer y evaluar la misiva que el ministro argentino le escribiera.

De ese último documento sólo tenemos la versión de Martí. Habría auxiliado mucho a la investigación contar también con ese importante escrito, para la mejor interpretación de lo acontecido. El texto que a continuación presentamos no forma parte del grupo de documentos que el Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina aportara en 1991 o el 2009, sino que se encuentra entre las cartas del *Epistolario* de José Martí. Se trata del fragmento principal de la misiva, fechada el 19 de octubre, esmeradamente copiada con su fecha y preservada por Martí obviamente para constancia personal. El fragmento carece de encabezamiento y despedida.

[...] Como no hay anteojos para las cosas del alma y como no ha visto usted desde allá [que] el puñal que me ha partido en dos ha llegado estos días a lo más hondo, que padezco en pie todo lo que hay que padecer, que de tanta pena ya le tengo miedo a más, y que no tengo voluntad ni fuerza más que para lo único que me hace vivir, para servir a mi patria. Bien sé que todo lo que se está diciendo al leer estas líneas, y que no se dará cuenta de ellas, ni del que debió parecerle inexplicable silencio hasta saber que: – por el temor que me diese usted pesar con su carta que me llegó el jueves (una gran sinrazón e injusticia mía) – y por el deseo de no mandarle la renuncia escueta, sino con carta tranquila y minuciosa – dejé sin abrir la generosa carta de usted del jueves, hasta hoy lunes 19 a las doce del día, a cuya hora rompí el sobre delante del señor Castro. Nada me diga ni me regañe. Harto hago, en no estar hecho pedazos

por la tierra. Y harto sabe que no son estas temporalidades, que van y que vienen, es lo otro, lo que no se puede decir. Rebasé. ¡Una empresa grande me da fuerzas para rebasar! Pero permítame en silencio y ante usted esta agonía. Y de su carta me decía yo: a qué va a regañarme porque aún no he escrito la nota? ¿Pero sabe por Batres⁹⁶ cuán mal he estado y estoy? ¿No me conoce bastante para saber que un hombre como yo no cede un átomo a su honor por ningún beneficio humano? ¿Cómo sabe todo el mundo en Nueva York, y lo han escrito en periódicos, y lo ha dicho el telégrafo, que he renunciado? – no me perdonaría esta demora de la mano toda vez que sabe que para mi determinación y para dársela por telégrafo, no me permite demora? Y en mi sufrimiento casi insoportable – por cosas que no son éstas – creí, que usted que lo conoce, se explicaría mi tardanza en escribir por el peculiar y agitadísimo estado en que tengo, en todo lo que va de mes, el espíritu. A qué decirle más, si va ahí explicado todo? Y pudo usted un instante suponer de mí, por cualquier condición que fuese, había yo de poner, ni a usted, a quien quiero como sabe – ni a la Argentina que esa distinción se hizo de mí, en el menor desagrado por mi causa? – Aunque razón tenía yo para todo, por esa enfermiza demora mía en saber lo que me decía usted, lo que no me ha de tomar a falta de formalidad y de respeto, sino a estado de dolor sumo, y miedo de que en la carta me viniese, por haber dilatado la información escrita en la renuncia, alguna frase que a mi corazón, sabía yo que era injusta. Y en vez de eso, para justo castigo, hallé una carta de la mayor bondad, que pondré con las que no se rompen, y que me permite decirle, ahora que ya no es mi Ministro, cuanto le quiere y cuanto le estima su paciencia [...] ⁹⁷

⁹⁶ Antonio Batres Jáuregui, Ministro de Guatemala en Washington.

⁹⁷ José Martí, *Epistolario*, tomo II 1888-1891, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1993. Puede consultarse también el propio fragmento de carta a Vicente G. Quesada, ministro de Argentina en Washington, 18 de octubre de 1891, en OC, tomo 1, 1895, pp. 256-257.

Pero Quesada aún tenía que decir. Un hombre como él, ensayista y poeta, tal vez se hubiera sentido discretamente conmovido, si en verdad Martí envi6 esa carta, ante esas líneas de profundo sentido humano. Pero otra de las vertientes del carácter del ministro argentino era la de un astuto veterano del servicio exterior argentino, en el que la lucha despiadada por el reconocimiento y los privilegios concomitantes entre los hijos de la oligarquía terrateniente eran frecuentes, y en esos círculos no se perdía tiempo llorando a las bajas.

En definitiva, Martí admitió, sin necesidad, que demoró su renuncia. Sin embargo, seis días, a pesar de su enfermedad, para organizar sus ideas y renunciar dignamente, como lo hizo el 17 de octubre, era en realidad, como ya hemos visto, un período relativamente breve. Y no debe ignorarse que Martí conocía o sospechaba que Quesada libraba un combate privado con su propio Ministerio de Relaciones Exteriores en la que él y Gonzalo habían sido víctimas propiciatorias. Martí, ciertamente, no echaría de menos ese ambiente, aunque la experiencia vivida le enseñó que a veces la virtud no alcanza a superar la ambición de los burócratas y políticos profesionales del país que había servido con dedicación y lealtad.

La pesquisa en la lectura del documento precedente tropieza con interrogantes a las que no se ha hallado respuesta, en algunos casos por lo complejo del estilo, lo que evidencia, como el propio Martí manifestara, una aguda tensión interior. En esas líneas Martí también alude a asuntos desconocidos para los que en la actualidad no hay sustentación documental y sólo admiten conjeturas. Por ejemplo, escribe que su preocupación no “son estas temporalidades, que van y que vienen, es lo otro, lo que no se puede decir”. Es decir, Martí plantea que no era la preocupación por el cargo o las habladurías de la prensa lo que le preocupaba, sino lo que no podía decirse. ¿Qué sería? ¿Sería acaso algún acuerdo político incumplido o a punto de incumplirse, de los que no se ponen por escrito, con Sáenz Peña?

En verdad, los asuntos de importancia inmediata para España — la gestación y desarrollo ulterior de la Guerra de Independencia de 1895 — eran temas que los círculos gobernantes argentinos, con la posible excepción de Roque Sáenz Peña y su reducido grupo de seguidores con interés decreciente, no percibían como de importancia suficiente para figurar en su agenda

internacional priorizada, sobre todo hasta la intervención de Estados Unidos en el conflicto.

Hubo, a partir de ese momento, en la juventud argentina y en casos aislados en las filas de los políticos en el poder, cierta simpatía por Cuba, más que compensada, como ya se ha visto, por la influencia política y económica de la numerosa inmigración española y los intereses inversionistas peninsulares. La consecuencia de este complejo contexto argentino fue, con el inicio en 1898 de la intervención estadounidense en Cuba, la estricta neutralidad del gobierno y la completa ausencia de posicionamientos políticos públicos a favor o en contra de los contendientes, cubanos y españoles, considerados miembros de una familia de iguales tradiciones culturales e históricas.

Pero se manifestaba la preocupación por la probabilidad de una intervención de Estados Unidos en el conflicto, dado el peligro que ello podía suponer para las aspiraciones internacionales de Argentina y su propia supervivencia como nación independiente.

Es harto probable que esta realidad inocultable se haya reflejado en la exigida renuncia de José Martí en el incidente provocado por la Legación Española en Washington. Y también puede ser esa la causa de su preocupación al dirigirse al jefe de la misión argentina, patente en sus palabras, ya citadas, sobre “lo que no se puede decir”, –cuyo conocimiento era compartido por el ministro argentino– indicios, en fin, de la consolidación de una posición argentina inconveniente para la revolución cubana. Se argumentará que no existen los documentos probatorios de la hipótesis de un acuerdo confidencial, es cierto, pero de otra manera carecería de lógica elemental la designación de un escritor y revolucionario que preparaba a su pueblo para la lucha por la independencia como cónsul a cargo del Consulado General de la República Argentina en Nueva York. Y que además éste aceptara el nombramiento sin un entendimiento previo en lo relativo a la manera como debía desempeñar el cargo.

Lo que está fuera de toda duda es que el 19 de octubre, fecha en que, días más o menos, recibió la carta de Martí, el jefe de la legación argentina no había concluido su cruzada privada contra él ante el Ministerio de Relaciones Exteriores. Hay que destacar que, inmediatamente después de recibir la carta

personal de Martí, el Ministro Plenipotenciario argentino se sintió obligado a aceptarla personalmente, no su Ministerio, y con ello desapareció su amenaza inicial de destitución. Su principio personal, establecido en los incidentes fue el caso de Martí se convirtió, como hemos observado, en instrumento que entendió útil en su arsenal administrativo frente al gobierno y el Zeballos.

Pero poco después, Zeballos sería enviado a Washington como ministro extraordinario y plenipotenciario con la estratégica misión de discutir el delicado diferendo con Brasil del territorio de Misiones, bajo el arbitrio del presidente Grover Cleveland. Allí se encontró con José Martí, a quien le encomendó la responsabilidad de traducir al inglés al menos dos tomos de documentos argentinos que fundamentaban la posición de su gobierno.

Interesa comprender que casi inmediatamente después de su arribo a Washington, Zeballos se dirigió a Martí y le confió la estratégica tarea de llevar a cabo la traducción al gobierno estadounidense de los documentos que sustentaban la posición de Argentina respecto del territorio de Misiones. Mayor prueba de confianza difícilmente puede concebirse. A la postre, como siempre en la existencia del Apóstol, habría triunfado su alto sentido de la ética.

Rápidamente Martí organizó un grupo de colaboradores que trabajaron intensamente, bajo su dirección, para entregar en tiempo la documentación argentina. Durante varias semanas, el grupo se hospedó en un hotel modesto para cumplir la compleja tarea que le fue encomendada. Lo hizo, Pero no cobró un centavo. Fue una lección que Zeballos nunca olvidó. Lo dejó bien explicitado en la nota que escribiera en la revista de su propiedad seis años después de la muerte de Martí.

CAPÍTULO V

LA CESIÓN DE ARMAS ARGENTINAS A ESPAÑA. MARTÍ REINCORPORA A MÉXICO A SU VISIÓN ESTRATÉGICA/.

Es interesante, , que el gobierno argentino decidiera autorizar, en el vórtice de las tribulaciones de Martí, menos de un año después de su salida del consulado de la Argentina, la entrega al gobierno español de una compra de armas hecha por el gobierno argentino para su propio rearme. Interesa saber que no ha sido desmentido por los historiadores argentinos. Se trata de otro hecho coyuntural que sería concluyente en lo relativo a la definición de la política exterior de ese país hacia la revolución cubana.

Probablemente lo desconoció Martí, porque no fue del interés de las partes divulgarlo, pero justamente en 1892, según apunta la empresa Mauser, menos de un año después de los incidentes narrados, la monarquía española solicitó al gobierno argentino que le cediera los fusiles y carabinas Mauser modelo 1891 que la compañía alemana Ludwig Loewe de Berlín producía para el ejército argentino, contratados ante el peligro de una posible guerra con Brasil y Chile. Lo interesante es que el gobierno argentino aceptó ayudar a España. La razón de esa solicitud de las autoridades españolas era la imposibilidad de la empresa alemana de producir para ese país, en ese momento, su pedido de armas, porque toda su capacidad industrial estaba ocupada con el contrato argentino. Pero el sentido común sugiere que además de la urgencia momentánea – un alzamiento en Melilla–, se anticipaban otros destinos para esas armas de última generación.

En efecto, un lote de 5,000 unidades se retiró inmediatamente de los almacenes en Berlín y se le remitió, siempre con la anuencia de la Argentina, a las autoridades españolas, marcadas con los emblemas y divisas nacionales del país austral, lo que puede haber dado lugar al

rumor, arrastrado a lo largo de muchos años, de que habían sido producidas y vendidas allí al ejército español. La empresa alemana desvió entonces hacia España lotes subsiguientes de armas en producción para la Argentina; grabó en ellas los emblemas españoles y la marca *Berlín 1894*, y las remitió también al ejército de ese país. Después de neutralizado el levantamiento de Melilla,

todas las armas en ese lugar y las que se produjeron en Berlín hasta 1896 se enviaron a Cuba y Filipinas.⁹⁸

La versión de la empresa Mauser, muestra todas las indicaciones de ser verídica. Estamos claramente ante un gesto que sólo puede concebirse entre dos países con estrechas relaciones bilaterales. La cesión de las armas que la Argentina contrató, aún cuando no fueron pagadas por su gobierno, dado su carácter estratégico habría requerido obviamente una autorización del más alto nivel del Estado. Es preciso insistir en la excepcional importancia de ese armamento para la Argentina, y de otros que adquiriera por aquellos días en Alemania, en momentos en que sentía peligrar su seguridad nacional. Este incidente fue aprobado por Estanislao Severo Zeballos, en esos momentos ministro de relaciones exteriores y presidente de la comisión creada para la compra de armas en Europa.

La entrega a España de las armas contratadas, constituyó, pues, un acto que superaba la buena vecindad, que más bien revelaba los firmes nexos de amistad y solidaridad con el aliado europeo en apuros. Dada su reciente experiencia consular, la noticia, de haber llegado a su conocimiento, no habría sorprendido a Martí.

Apenas un año después de este incidente y a dos de la renuncia de Martí al consulado argentino, el 14 de septiembre de 1893, el Maestro recibió una carta del nuevo Ministro Plenipotenciario argentino en Washington, en la que encarecía su colaboración para dirigir las labores de traducción al inglés de la documentación argentina para el arbitraje del diferendo entre Buenos Aires y

⁹⁸ La necesidad de proceder con urgencia a la modernización del armamento de las tropas españolas en África, determinó inicialmente la importación de 10.000 fusiles y 5.000 carabinas *Mauser del* modelo 1891, que el gobierno argentino había ordenado para su rearme a la firma Loewe y ante las súplicas del gobierno español aceptó que le fueran entregados, y posteriormente se remitieron a Melilla, Cuba, durante la Guerra de Independencia, y también Filipinas. No se reportan ventas directas de armas argentinas a España. Esta información proviene de un forum de Historia auspiciado por la prestigiosa firma alemana Mauser, en Internet, en el que este investigador participó.

Río de Janeiro por las tierras altamente productivas de Misiones, bajo la dirección del Presidente Grover Cleveland.⁹⁹

Esa y el diferendo territorial con Chile por la Patagonia eran las verdaderas prioridades de la política exterior de Argentina en ese momento: más de la mitad del territorio cubano, no en el Caribe lejano, sino en sus propias fronteras con ambos países. Es cierto, como afirma la presentación de la selección de documentos, publicada en el número 14 de la revista *Anuario del Centro de Estudios Martianos* de 1991, que a Martí le fue imposible aceptar esa abrumadora responsabilidad en el instante en que la organización de la revolución que dirigía se hallaba en estado relativamente avanzado. Pero Martí contribuyó decisivamente a posibilitar la importante tarea, incluso con su participación personal como traductor, de manera que el trabajo se concluyó a la entera satisfacción de la delegación argentina.

Es interesante que el jefe de la delegación que insistió en que Martí debía ser invitado a dirigir el trabajo de traducción fuera, en efecto, el Ministro Plenipotenciario de la Argentina, designado para conducir las negociaciones de la cuestión Misiones en Washington, el propio Estanislao S. Zeballos, Ministro de Relaciones Exteriores durante los días finales de la presencia de Martí en el Consulado General de la Argentina en Nueva York. La iniciativa de Zeballos reivindicaba la confianza del gobierno argentino en el héroe cubano. Todos en Nueva York se percataron de ello. Y Martí respondió, como siempre, con un gesto digno de su grandeza: rehusó cobrar un centavo por la tarea cumplida con un enorme sacrificio personal. Ese sacrificio le fue reconocido en una nota oficial fechada el 29 de mayo de 1894. Quesada, el ministro argentino fue premiado con una carta del monarca español por haber privado a Martí de su cargo, y su gobierno lo reconoció con el traslado a Madrid, que lo recibió, naturalmente, con los brazos abiertos.

⁹⁹ La cifra oficial eran 50,000 kms². Otras fuentes, sin embargo, indican que el árbitro concedió unos 65,000 kms².

Tuvo tiempo Martí, menos de un año antes de su regreso a Cuba, en ocasión de la publicación en la revista *North American Review* del artículo “Las guerras civiles en Sudamérica”, de escribirle en *Patria* una generosa reseña a su autor, precisamente el Dr. Estanislao Zeballos, desde 1892 ministro de la República Argentina en Washington, trabajo que calificó de “categórico y altivo, como los hijos de aquel país robusto, de un americano que, como Zeballos, une a la épica sencillez con que ha escrito la trilogía india de Paine el desembarazado poder de análisis y clarividencia de estadista que distinguen en su patria a los hombres de magnífica generación de que es él tipo brillante y acabado”.¹⁰⁰

Cierto matiz irónico puede percibirse en las acciones diplomáticas de la Argentina a fines de 1891 y 1892: Vicente G. Quesada fue trasladado en ese año a España. Allí hizo cuanto pudo por demostrar que su postura filohispánica en Washington no había sido sino el mero ejercicio de la profesión. Y se dedicó a escribir sus informes sobre la decadencia española. Aunque pudiera parecer que su traslado fue una solución política respetuosa de su profesionalismo y consagración a los intereses de la nación argentina, en verdad se trató de un movimiento para dejar libre la escena a quien debía conducir las estratégicas negociaciones con Brasil y Estados Unidos por el territorio de Misiones, responsabilidad que el diplomático argentino siempre pensó que a él le correspondería.

Para Vicente G. Quesada fue, en suma, una derrota disfrazada de ascenso, cuyas raíces se hundían en el fracaso de sus negociaciones personales con el emperador Pedro II sobre el diferendo territorial con Brasil desde 1883, cuando fuera Ministro Plenipotenciario en ese país, y aún después, y Estanislao Zeballos, desde la Cámara de Diputados primero, y del Ministerio de Relaciones Exteriores después, durante el gobierno de Juárez Celman, al dirigir la oposición contra su gestión confidencial que en su criterio a nada había conducido y de la cual el gobierno argentino no tenía más que informaciones

¹⁰⁰ José Martí, “Las guerras civiles en Sudamérica”, *Patria*, Nueva York, 22 de septiembre de 1894, en *Obras Completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, t. 6, p. 27.

fragmentarias, distorsionadas por una prensa que sin razón, según decía, magnificaba al diplomático argentino.¹⁰¹

Era esa su mayor reserva con Zeballos. Aparte de los libros que escribiera después de su retiro para justificarlo todo, clave para comprender la naturaleza de su antagonismo personal hacia él, España fue el final de su carrera, cuyo objetivo central en aquellos años postreros era conducir oficialmente las negociaciones que tendrían lugar con Brasil en Washington. Pero una vez más el prestigio de esa alta responsabilidad se le escapó entre las manos. A su regreso a Buenos Aires, fue tal la crítica por su fracaso, que rehusó trabajar por el resto de sus días para el gobierno argentino. Murió preterido en algún lugar de Escocia a principios del siglo XX.

Tal fue la verdadera entidad del incidente consular de Martí y sus consecuencias en el ámbito del servicio diplomático de la Argentina y de su política exterior. Después de zanjada su renuncia, el Apóstol redobló sus esfuerzos por lograr el objetivo central de su existencia: la independencia de Cuba. El gobierno uruguayo retuvo su dimisión hasta 1892, cuando Martí tuvo que insistir para lograr que fuera aceptada. La emigración cubana le confirmó su confianza. Los intelectuales latinoamericanos reunidos en la Sociedad Literaria Hispanoamericana, ignorando su dimisión del 30 de octubre de 1891, acordaron solicitar que reconsiderara su decisión. El 5 de diciembre de ese año fue reelegido al cargo de Presidente de dicha

¹⁰¹ Las negociaciones de Quesada con Pedro II, Emperador de Brasil, llevadas a cabo en el mayor secreto, terminaron en el fracaso. Después de haber sido aceptado el proyecto de tratado e inicialado por las autoridades de ambos países, el Emperador suspendió súbitamente las negociaciones, sin que Quesada lograra comprender por qué el monarca había actuado de manera tan poco leal y ajena a todo cuanto había dicho y hecho hasta ese momento. Esa situación fue una invitación para que la prensa argentina la emprendiera, primero desde la Cámara de diputados y después desde el Ministerio de Relaciones Exteriores, concretamente por Estanislao Zeballos, contra la figura visible responsable del descalabro: Vicente G. Quesada. El distinguido diplomático nunca se repuso del fiasco, cuando se hizo obvio que el gobierno brasileño lo había utilizado para ganar tiempo a fin de asegurar entre tanto un acuerdo de ayuda mutua con Chile dirigido contra Argentina, caso que las negociaciones fracasaran y las partes recurrieran a la guerra. Pero nunca olvidó el ataque, que consideró personal, de Estanislao Zeballos. Véase Vicente G. Quesada: *Mis memorias diplomáticas*, op. cit. Caps. IV (La cuestión Misiones) y V (Don Pedro II, emperador del Brasil).

institución, y el 19 de ese mes insistió en la renuncia, esta vez irrevocable, para continuar con paso firme hacia su destino glorioso en los campos de Cuba.

Pero antes debía asegurar la unidad del pueblo cubano en la Isla y en la emigración en el empeño de garantizar los recursos humanos y materiales necesarios para proceder al inicio y el desarrollo de la guerra redentora.

No es en manera alguna casual que ya fundado el Partido Revolucionario Cubano en 1892, Martí advirtiera en el acápite de las Relaciones Exteriores del documento a sus dirigentes en el Cuerpo de Consejo de Key West, el 19 de mayo de ese año:

Del poder y regularidad que muestre, en un plazo suficiente para acreditarse, el Partido Revolucionario, depende en mucho la ayuda que él [el Delegado] pueda pedir y obtener de los pueblos cuyo auxilio no se supo otra vez aprovechar, y cuyos gobiernos no han de dar su apoyo en público ni a la ligera. Grande y constante es el socorro que el Delegado espera abrir en los pueblos americanos; pero antes de tentarlo, hemos de demostrar que lo merecemos. La connivencia delicada en asuntos que, a más de humanos, son internacionales es cosa distinta y de más escollos que la simpatía pública. Y el Delegado aspira, en ciertos pueblos, a obtener una y otra. [...] Pero no intentará éxito concreto hasta que la obra alta, unida y constante del Partido Revolucionario Cubano haga vergonzoso para un pueblo de América negarle su ayuda.¹⁰²

A tan poco tiempo de su incidente consular, parece evidente que Martí tenía en mente al gobierno argentino cuando escribía esas líneas. La consecuencia más visible de su reciente experiencia argentina fue su revisión en profundidad al México de 1891-1892, y su reincorporación a la visión táctica de la guerra necesaria. Y no hay duda que la historia posterior hasta su muerte en Dos Ríos, y aún después, le dio la razón. Es lícita la hipótesis, por consiguiente, de la relación de esa necesidad

¹⁰² José Martí, "A los presidentes de los *Clubs* del Partido Revolucionario Cubano, en el cuerpo de consejo de Key West, New York, 12 de mayo de 1892, en *Epistolario*, t. 3, p. 92.

táctica con el viaje de Martí a México en 1894 para entrevistarse con el presidente Porfirio Díaz a fin de solicitar su apoyo para la revolución cubana. Esa acción suya, como hemos visto, tal vez le habría parecido injustificada en 1889. Pero en 1894 todo había cambiado, incluyendo probablemente el propio Porfirio Díaz. Martí proclamaba en *Patria*, cuando ya había decidido viajar, que “México no yerra; y se afianza y agrega, mientras se encorva y descompone el vecino del Norte [...] Es que México ratifica cada año ante el mundo [...] su determinación de ser libre. Y lo será, porque domó a los soberbios” [...] ¹⁰³.

No cabe duda que los hechos recientes de la historia que emergía sugerían la conveniencia de un intento de comunicación con el presidente mexicano. Era cada vez más evidente que el gobierno norteamericano toleraba el establecimiento de periódicos opositores establecidos por los editores y periodistas expulsados por el gobierno mexicano que se distribuían entre la población del interior del país, y probablemente permitía las actividades conspirativas que desde los estados fronterizos estadounidenses, con conocimiento de sus autoridades, se organizaban para derrocarlo. Ya desde 1886, como demostró el incidente fronterizo que protagonizara el periodista Cutting, era evidente que el presidente mexicano mejoraba sus relaciones comerciales y políticas con las potencias europeas, que se opusieron activamente a los círculos políticos estadounidenses inclinados a otra intervención militar en México. ¹⁰⁴

¹⁰³ JM, “El día de Juárez” *Patria*, Nueva York, 14 de julio de 1894, OC, t. 8, pp. 25-26, en Alfonso Herrera Franyutti, *Martí en México. Recuerdos de una época*, Senado de la República, 3ra edición, 2007. Franyutti va algo más lejos. Le parece ver una táctica martiana de hacer publicar el artículo poco antes o durante su visita a México. A partir de este punto, el autor de estas líneas cita repetidamente la excelente investigación del notable investigador mexicano acerca de las actividades de Martí en México.

¹⁰⁴ En investigaciones recientes se aclara: “En el plano internacional [...] se hicieron sentir los intereses inversionistas y comerciales en México de tres potencias europeas de peso: Inglaterra, Alemania y Francia, que de una u otra manera apoyaron a México, dados sus intereses inversionistas y comerciales en ese país que habrían sido afectados, tal vez decisivamente, en una guerra entre México y Estados Unidos [...] los mexicanos estaban convencidos que Inglaterra tomaría parte en el conflicto de inmediato, con un bloqueo de los puertos del Atlántico y del Golfo de México de los Estados Unidos”. Véase el *Arkansas City Republican* del 21 de agosto de 1886 y el *Grand Fork Herald* del 13 de agosto de 1886 en Rodolfo Sarracino, *José Martí y el caso Cutting*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2008.

El deterioro de las relaciones bilaterales entre ambos países constituía la mejor precondition para la delicada gestión del Delegado. Dada la celeridad con que progresaban los planes de rearme y expansión de Estados Unidos, el apoyo latinoamericano devenía crucial para la causa cubana.¹⁰⁵

Y el 15 de julio de 1894, desde New Orleans, Martí le remite unas líneas a Máximo Gómez en las que le informa que había decidido viajar a México “para ver de echarle algo más en el tesoro [...] a ver qué más traigo y qué dejo abierto para cuando hayamos ya empezado en Cuba”.¹⁰⁶ La estrategia de ayuda y financiamiento proveniente de pueblos y gobiernos hispanoamericanos que esbozara Martí en 1892 comenzaba a ponerse en práctica. El 18 de julio de 1894 Martí llegó a México. Y ya el 23 de julio escribió una carta al presidente Porfirio Díaz en la que solicitaba una entrevista. Es un texto bien conocido y citado, pero cuando se está familiarizado con la vida anterior de Martí en México, terminada abruptamente por la irrupción de Porfirio Díaz en la magra existencia del país, y su crítica a los métodos de gobierno de este último, además de sus más recientes experiencias con el gobierno argentino, una nueva lectura de esas líneas permite apreciar mejor, en la compleja circunstancia en que los hechos se desarrollaban, su capacidad dialéctica, su flexibilidad y su palabra justa. Ilustra recordar el texto para observar al Apóstol en una iniciativa táctica del más depurado realismo político:

Señor:

¹⁰⁵ El grado de angustia de Martí por la insuficiencia de fondos para los preparativos de la guerra por la independencia de Cuba se manifestó meses después durante el equipamiento de la estratégica expedición que se preparaba en la Fernandina, a fin de iniciar las operaciones militares. El texto del telegrama que remitiera el 8 de enero de 1895 a su amigo uruguayo, Carlos Farini así lo evidencia. El entonces próspero hombre de negocios había sido Cónsul General de Uruguay durante el período en que Martí ocupara el cargo de cónsul uruguayo en Nueva York. A él le dice claramente, sin asomo de protección del texto: “Desesperado deber patrio fuerza rogar gíreme cable antes viernes quinientos oro dirección Baeza”. Ese telegrama, cuyo contenido nos ha dado a conocer el investigador Luis García Pascual en su útil obra *Entorno martiano* (La Habana, Ediciones Abril, 2003, p. 91) en las condiciones de semiclandestinidad en que trabajaba, llegó a manos de su destinatario, y posiblemente de las autoridades estadounidenses, 48 horas antes de que estas dieran los pasos preliminares para decomisar la carga de armas que transportarían a Cuba tres vapores contratados a ese fin por Martí. Es un incidente cuyos particulares merecen ser investigados.

¹⁰⁶ JM, “Carta al general Máximo Gómez”, New Orleans, 15 de julio de 1894, EPJM, t. IV, p. 231 en Alfonso Herrera Franyutti, op. cit. p. 335.

Un cubano prudente, investido hoy con la representación de sus conciudadanos, — que ha probado sin alarde, y en horas críticas, su amor vigilante a México,— y que no ve en la independencia de Cuba la simple emancipación política de la isla, sino la salvación, y nada menos, de la seguridad e independencia de todos los pueblos hispanoamericanos, y en especial los de la parte norte del continente, ha venido a México, confiado en la sagacidad profunda y constructiva del general Díaz, y en su propia y absoluta discreción, a explicar en persona al pensador americano que hoy preside a México la significación y el alcance de la revolución sagrada de independencia, y ordenada y previsoramente a que se dispone Cuba. Los cubanos no la hacen para Cuba sólo, sino para la América; y el que los representa hoy viene a hablar, en nombre de la república naciente, más que al jefe oficial de la república que luchó ayer por lo que Cuba vuelve a luchar hoy, al hombre cauto y de fuerte corazón que padeció por la libertad del Continente, que la mantiene hoy con la dignidad y unidad que da a su pueblo, y que no puede desoir, ni ver como extraños, a los que a las puertas de su patria, en el cruce futuro y cercano del mundo, y frente a una nación ajena y necesitada, van a batallar por el decoro y bienestar de sus compatriotas, y el equilibrio y seguridad de nuestra América.¹⁰⁷

El texto, cargado de connotaciones que hoy llamaríamos geoestratégicas, contiene casi exactamente las mismas ideas que Martí había empleado en su interacción con los representantes del gobierno argentino antes y durante su trabajo como cónsul de la Argentina en Nueva York y que reprodujo en otros documentos políticos y en sus cartas testamentarias. Y es además una síntesis brillante de su proyecto estratégico. Cuba luchaba por su libertad, y al hacerlo contribuía a equilibrar a EEUU y a fortalecer la seguridad de América Latina. Era el principio reiterado en todos los documentos políticos de la revolución. Hay, empero, una diferencia sustancial. En esta ocasión José Martí, el Delegado, representaba a un

¹⁰⁷ Carta de José Martí al general Porfirio Díaz, México, 23 de julio de 1894, *EPJM*, t. IV, p. 228.

pueblo dispuesto a alzarse por su independencia. En 1889-1891 lo hacía el escritor brillante, el periodista sagaz y profundo, el hombre de ideas revolucionarias radicales, el cónsul argentino, en fin, pero eso no bastaba. Lo poco que se conoce de su diálogo con Porfirio Díaz evidencia en Martí al dirigente reconocido por su pueblo, al estadista astuto, realista y persuasivo.

Después de una agitada agenda de visitas en Veracruz, en el curso de la cual Martí se vio impedido de asistir a la entrevista con Porfirio Díaz, una segunda fecha fue fijada y todo indica que se reunieron el 1ro de agosto de 1894. La información básica del resultado de la reunión de Martí y Porfirio Díaz proviene de Ramón Prida Santacilia (1862-1937), político, periodista y joven abogado “oficialista”, muy bien informado de lo que acontecía en la administración del presidente Díaz, y emparentado con Pedro Santacilia, viejo amigo y yerno de Benito Juárez. Según nos comunica Herrera Franyutti:

Ramón Prida refiere que “Díaz lo oyó con positivo interés y Martí salió complacido de aquel encuentro. Pero Díaz le declaró con toda franqueza que no le era posible al gobierno de México conceder la beligerancia a Cuba: pero que siendo el General un simpatizador de la Revolución, ya que el gobierno no podía, en lo particular, como Porfirio Díaz, le daba alguna ayuda pecuniaria, y esta fue de \$20,000”.¹⁰⁸

Este testimonio, tan respetable como la cifra, pendiente de documentación e investigaciones complementarias, indica que el viaje de Martí a México fue un éxito. Lo atestiguan las dos cartas que Martí le enviara a Máximo Gómez el 30 de agosto y el 8 de septiembre de 1894. Baste la primera, en la que le informa, en el estilo lacónico que puede esperarse en un tema espinoso: “Lo que deseaba, obtuve; y más hubiera podido obtener, y podré obtener tal vez, si no nos falla por demora la situación presente”.¹⁰⁹ Aludía obviamente al inminente levantamiento. Pero los planes no estaban aún a punto. El Maestro tendría que experimentar la agonía de la

¹⁰⁸ Alfonso Herrera Franyutti, op. cit. p. 363.

¹⁰⁹ José Martí: carta al general Máximo Gómez, New York, agosto 30 de 1894, en EPJM, t. IV, p. 237. Véase también la carta de Martí a Máximo Gómez, fechada el 8 de septiembre de 1894, en *Ibidem*, p. 249

traición de La Fernandina, que frustró su previsión de una guerra sorpresiva, fulminante y “generosa”, y a la postre se convertiría en un conflicto de desgaste prolongado y deshumanizado por la parte española, debido entre otras razones a su propia ausencia irreparable. Pero ninguna de sus más recientes experiencias logró conmover con su estrategia de equilibrio a Estados Unidos en el Caribe.

Cabría recordar que hasta pocas horas antes de su muerte Martí confirmó su proyecto original. Recordemos las dos cartas que enviara en abril de 1895, una al consulado de Inglaterra, y otra al consulado de Alemania, cuando se encontraba con las fuerzas al mando de Máximo Gómez cerca de Guantánamo. En ellas comunica a ambos gobiernos el propósito de la revolución, una vez alcanzado el triunfo, de abrir el mercado de la isla al comercio y al incremento de las inversiones de capitales ociosos cuando se lograra alcanzar la victoria. Es evidente que Martí pensaba que las divergencias interimperialistas podían intensificarse en nuestro propio hemisferio y particularmente en el Caribe para que, una vez ganada la independencia de Cuba y Puerto Rico, las dos nuevas repúblicas independientes pudiesen contribuir a detener el avance de EE UU en Cuba, donde por cierto ya Inglaterra y Alemania tenían importantes inversiones e intereses financieros y comerciales, como también en Puerto Rico y Santo Domingo.

Finalmente, lo más significativo del proyecto de Martí es que los documentos alemanes y británicos del período posterior a 1898 le dan la razón. El gobierno alemán admitía previsoramente la posibilidad del triunfo de las armas revolucionarias. La Diputación de Hamburgo para Comercio y Navegación consideraba muy en serio un plan de Herr Versmann, burgomaestre de Hamburgo para Comercio y Navegación, que el 27 de enero de 1896 indicaba: “La Diputación sugiere que, en caso de que los insurrectos logren separar la isla de España, el *Reich* reconozca al nuevo gobierno mediante la firma previa de un tratado comercial”.¹¹⁰ El texto ciertamente se corresponde con los intereses y objetivos del equilibrio que Martí concebía y habría sido aceptable para él, a cuyo llamado Alemania suspendió en Oriente, durante la guerra del 95, sus operaciones de extracción de hierro y cobre. Por lo menos hasta 1914 Alemania luchó por su parte

¹¹⁰ Archivo del Estado de Hamburgo, Asuntos Exteriores, p. II-2-96, en: Martín Franzbach, *La guerra del 98 en el marco de los intereses alemanes*. Separata de Iberoamericana, Frankfurt, 22 de enero de 1998, p. 24.

del mercado cubano, que incluía la exportación de maquinarias, equipos y productos suntuarios y la importación de minerales, tabaco, café y maderas preciosas de la Isla.

En cuanto a Inglaterra, continuó defendiendo durante todo el período de la neocolonia su participación histórica en el mercado cubano. En 1905 intentó sin éxito, debido a la activa oposición de Estados Unidos, negociar un acuerdo comercial con Cuba,¹¹¹ hasta que en 1939, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial – y tal vez debido a su cercanía – logró suscribirlo. Se mantuvo vigente, por cierto, hasta 1973 – longevidad que evidencia su efectividad – cuando decidió denunciarlo para seguir servilmente a Estados Unidos en su política de bloqueo a la Revolución Cubana. Se evidencia en ello la objetividad de las ideas de Martí sobre la factibilidad de un equilibrio en las Antillas que, de haber sido aplicado por quien lo concibió, habría contribuido a una mayor independencia para Cuba, con resultados significativos para toda América Latina y, por qué no, probablemente el mundo.

¹¹¹ Para ampliar la información sobre este tema véase la obra de Jorge Renato Ibarra Guitart, *El tratado anglo cubano de 1905. Estados Unidos contra Europa*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, (edición de 2008).

Capítulo VI

EPÍLOGO Y CONCLUSIONES

Como se ha comprobado a lo largo de la investigación, la mayor coincidencia entre la estrategia defensiva de Argentina y los objetivos independentistas de la revolución cubana se hallaba en la convicción de algunos miembros de los círculos de poder, del gobierno y la oposición bonaerenses, de que el naciente imperio norteamericano era un enemigo común de los estados hispanoamericanos y de la emergente revolución cubana, sobre todo de la Argentina.

La mayor diferencia era la posición de alianza con Europa de la primera, según la cual, para detener la expansión del naciente imperio estadounidense en Sudamérica, bastaba el apoyo europeo. Se consideraba innecesario estimular la guerra de independencia de Cuba o complicarse con su organización y desenvolvimiento. Según esta línea política, el inicio de una guerra daría lugar fatalmente a la intervención de las fuerzas armadas norteamericanas en el conflicto. La “madre patria” perdería su imperio y Cuba, no obstante tener todo el derecho a su independencia, jamás podría lograrla. La alternativa que se desprende de esta situación era “posponer” la guerra de independencia de Cuba y fortalecer la alianza con Europa, España incluida. Martí hizo lógicamente cuanto pudo para convencer al gobierno argentino de que el nacimiento de dos repúblicas hispanoamericanas independientes en el Caribe, y el fortalecimiento paralelo de una República Dominicana plenamente soberana, bordeando el Paso de los Vientos, era la mejor política para evitar el peligro que suponía, para toda la América de habla castellana, el control estadounidense de Centroamérica, el Caribe y el istmo. Ese fue el núcleo principal de las preocupaciones que Martí comunicara a Roque Sáenz Peña.

El Paso de los Vientos era la ruta ideal para trasladar la enorme flota estadounidense del Atlántico, que ya se construía, hacia el futuro canal del Istmo centroamericano – Nicaragua o Panamá. La victoria revolucionaria en Cuba y Puerto Rico obligaría a Estados Unidos a repensar toda su estrategia,

habida cuenta del interés de Inglaterra y Alemania en los puntos geoestratégicos¹¹² y las riquezas naturales de esa región, y la voluntad de Martí de explotar las diferencias interimperialistas. El marcado contraste de esta visión con la estrategia argentina explica ciertas inconsistencias de la política exterior de ese país en su interacción con España y la futura revolución cubana. Cuba estaba muy lejos de Argentina y demasiado cerca de Estados Unidos, sobre todo en momentos en que el peligro de guerra de la Argentina por el diferendo con Brasil sobre el territorio de Misiones – más de 50,000 kms² – y con Chile por los enormes territorios de la Patagonia, era inmediato y se encontraba prácticamente a las puertas del país, con la agravante del arbitraje de Estados Unidos, paradójicamente aceptado por la Argentina.¹¹³

La manera como evolucionó el pensamiento estratégico de Roque Sáenz Peña desde los días del consulado de Martí hasta 1895 y la esperada intervención estadounidense en la guerra en 1898, se aclaró al iniciarse las hostilidades entre Estados Unidos y España, cuando habló ante un gran mitin de españoles integristas en Buenos Aires, el 2 de mayo de 1898. Su emotivo discurso despertó gran interés internacional por su sólida fundamentación de derecho público. Los españoles entendieron que sus palabras fueron de exclusivo apoyo a la monarquía española. Pero para los historiadores de nuestro tiempo se trató realmente de una condena a la intervención de Estados Unidos y un respaldo a España y en grado menor a Cuba, por el sencillo reconocimiento del derecho de su pueblo a la independencia. Se trae a colación ese discurso porque evidencia lo afirmado en líneas anteriores: la verdadera política argentina hacia Cuba y España, comenzó a aclararse

¹¹² El término “geoestrategia” surgió en la década del 40 del siglo XX. Pero su contenido según el Almirante Alfred Thayer Mahan es bastante similar al actual. Tal vez por eso a Mahan se le llama en Estados Unidos “padre de la geoestrategia”.

¹¹³ Véase la *Historia General de la Política Exterior de la República Argentina*, op. cit. Véase también Vicente G. Quesada: *Mis memorias diplomáticas*, Buenos Aires, Coni, 1907. Caps. IV (La cuestión Misiones) y V (Don Pedro II, emperador del Brasil). La decisión de aceptar el arbitraje estadounidense era francamente inexcusable, dados los antecedentes de aproximación estratégica de ambos países.

después de la renuncia de Roque Sáenz Peña al Ministerio de Relaciones Exteriores, en agosto de 1890 y logró su mayor transparencia a partir de la intervención estadounidense en la guerra de liberación cubana. En esa tarde otoñal de 1898 se escuchó la voz de Roque Sáenz Peña por encima de la algarabía integrista:

El Congreso Federal de los Estados Unidos desconoce la jurisdicción de España sobre la Gran Antilla; pero no para que nazcan las autonomías nativas, ni para animar la vida de una nueva nación, sino para demoler toda existencia política, sepultando en los abismos de una intervención armada, á los peninsulares, y á los insurrectos: á la República y á la Monarquía; todo se desconoce, todo se amengua y todo se destruye, borrando hasta los vestigios del organismo político que se declara caduco, sin reconocer principio de autoridad que le suceda, ni gobierno alguno en ejercicio, que no sea el provisorato de la fuerza, bajo el fierro de extranjeros ejércitos, ajenos al litigio y al territorio, exóticos y extraños á la raza de los dos beligerantes. Esta tercería sin título, estas reivindicaciones sin dominio, constituyen, señores, el hecho más anormal y la usurpación más subversiva contra los basamentos del derecho público y contra el orden de las soberanías; violencia y usurpación tanto más improcedente é injustificada, cuanto más gratuita y menos necesaria.

Cuba ha debido ser libre, lo repito, si esa libertad no se buscara en este momento histórico, por el camino de la humillación y del ultraje á la nación española: ultraje que no le infieren las disensiones internas, entre insurgentes y peninsulares, sino los actos insólitos de una política invasora, que acecha desde la Florida los anchurosos senos del golfo de Méjico, para nutrir en ellos sensuales expansiones territoriales y políticas; sueños de predominio, que aspiran á gravitar pesadamente en la vasta extensión de este hemisferio.¹¹⁴

¹¹⁴ Discurso pronunciado por el Dr. Roque Sáenz Peña, el 2 de mayo de 1898, en la velada conmemorativa organizada por el Club Español de Buenos Aires en el Teatro *La Victoria* en la propia ciudad.

Estas glosas reflejan claramente la convicción de que Estados Unidos continuaría su expansión militar hacia el Sur del hemisferio, bien reflejada en su política y sus acciones, que no era otra cosa que lo propuesto en la estrategia de expansión estadounidense por el entonces Capitán Alfred Thayer Mahan al grupo conservador en el Partido Republicano. Todo en el discurso de Sáenz Peña parece un milagro de equilibrio. Sólo una nota clave desafina: después de más de tres años de guerra con un sacrificio oneroso en vidas humanas y recursos económicos, duele escuchar a un orador hispanoamericano, por brillante que sea, afirmar que la guerra de independencia de Cuba era inconveniente, sólo porque hacía peligrar los intereses mediatos de la Argentina. Con una línea de conducta como esa, la Argentina, Colombia, Venezuela y Bolivia tal vez habrían continuado siendo colonias de España.

No era el discurso de Sáenz Peña una manifestación unipersonal aislada. Desde París, el expresidente y en ese momento Senador Carlos Pellegrini afirmaba, según informaciones del diario *Los Andes* de Mendoza:

Ya en el fragor de la guerra, se busca la opinión calificada de los representantes diplomáticos. Y el articulista da cuenta de las declaraciones del Dr. Pellegrini, entrevistado en París por un corresponsal del "*Herald*". Dice que los sentimientos argentinos están divididos frente a la guerra. Que Argentina no puede condenar los esfuerzos cubanos por conseguir su independencia, pues significaría renegar de su propia historia. [...] Pero que a pesar de todo ello, la Argentina está completamente ligada a la España. Y que la colonia española forma una familia con la sociedad argentina. Que existen lazos entre argentinos y españoles, que la independencia no ha podido romper. Ha citado a Pascal al decir que "El corazón tiene razones que la razón no comprende". Sospecha también que a los norteamericanos, no los guían solamente sentimientos humanitarios,

sino que persiguen fines comerciales, "objetivo de todas sus acciones y secreto de su expansión colosal".¹¹⁵

Había, por otra parte, simpatía por Cuba y su revolución entre los estudiantes de nivel preuniversitario y universitario en Buenos Aires y también entre algunos políticos argentinos influidos por el triunfo internacional de Roque Sáenz Peña durante la Conferencia Internacional Americana, y en general por la tradicional visión de la lucha revolucionaria del pueblo argentino contra España, que incorporó a la cultura popular el desprecio por la ceguera política, social y económica del decadente imperio hispano, uno de los más atrasados en la Europa del siglo XIX,¹¹⁶ pero no llegaba a ser el estado de opinión predominante.

Las cosas empeoraron después del inicio de la guerra de Independencia cubana en 1895, y mucho más cuando Estados Unidos intervino en el conflicto hispano-cubano en 1898. Los jóvenes simpatizantes de la causa cubana que se manifestaron en las calles de los centros urbanos argentinos a partir del inicio de las operaciones militares en 1895, fueron objeto de provocaciones violentas de contrapartidas integristas y una intensa campaña de la prensa hispana. La realidad es que en Buenos Aires residían y trabajaban miles de inmigrantes españoles, la mayoría partidarios de España, organizados como una fuerza política importante, que contaba con una red de representantes en el gobierno y otros sectores sociales influyentes del pueblo argentino. Tenían una considerable influencia en la población argentina en buena cuenta condicionada por varios periódicos propiedad de intereses hispanos, tales como *el Correo Español* y *La Voz de la Iglesia*, que por cierto jugaron un papel importante en las provocaciones urdidas contra los sectores

¹¹⁵ Diario *Los Andes*, 29 de mayo de 1898, p. 2, col. 1. En: José Antequera, "La Guerra Hispano Norteamericana de 1898 y sus repercusiones en Mendoza".

¹¹⁶ Para una visión más amplia del alcance de los incidentes callejeros entre la juventud que apoyaba a Cuba y los representantes de los intereses de España, véanse las investigaciones de Ana Leonor Romero, "Estado, política y ciudadanía en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX. Prácticas y representaciones", e "Hispanofobia y lazos culturales entre España y la Argentina", conferencias leídas en el Congreso de 2009 de la Asociación de Estudios Latinoamericanos", Río de Janeiro, 11-14 de junio de 2009, disponibles en Internet. Se trata de aportes que resumen casi todo lo que sobre ese tema se ha escrito en América Latina y Europa.

sociales que simpatizaban con la revolución cubana. Con fingida indignación proclamaban su condición de víctimas de lo que caracterizaban como excesos callejeros de los partidarios de la causa de la Isla.¹¹⁷ Pero esa campaña no se limitó a los periódicos financiados por intereses españoles. Los había netamente argentinos que gradualmente abrazaron la causa de España, al corear con admirable polifonía el apoyo al gobierno, como *La Prensa*, *El tiempo* y *La Nación*, el diario para el que Martí trabajó, gradualmente incorporados a la causa de España. Las reiteradas protestas oficiales de la Legación de España hallaron eco en el gobierno argentino, empeñado en poner fin a las protestas de la juventud bonaerense y los numerosos incidentes callejeros que se suscitaban con sus contrapartidas hispanas. Inicialmente *La Nación* argumentaba que el mantenimiento del orden público no justificaba la prohibición de los actos a favor de la revolución cubana. Pero ya a fines de 1896 modificó su línea editorial al enfatizar la tradicional amistad entre la Argentina y España. A partir de entonces se limitó a pedir cordura a los jóvenes argentinos. La situación llegó al punto en que la prensa hispana en Buenos Aires se permitió criticar acremente a Julio Roca – hijo del influyente expresidente, general Julio Argentino Roca–, que a fines del propio año organizó una manifestación en Buenos Aires a favor de la revolución cubana. A partir de ese y otros actos similares *La Nación* hizo público un nuevo giro en su política editorial. Así, editorializó su deseo de que “no se haga un solo acto que pueda ofender el sentimiento español y creemos que esto es perfectamente conciliable con la expresión de simpatías por la causa cubana”.¹¹⁸

Precisa comprender que la causa de Cuba en la Argentina se vio sensiblemente afectada por una política gubernamental condicionada favorablemente por la propaganda hispanófila de sus medios de comunicación y toda la estructura política hispana en la Argentina enderezada a fortalecer los nexos históricos entre España y el país bonaerense. Su influencia llegó al punto en que lograron modificar la letra del himno nacional argentino, para eliminar todo matiz crítico a la colonia española con el beneplácito del gobierno.¹¹⁹ De la parte cubana, por otra parte, no existía en

¹¹⁷ Consúltense *La Voz de la Iglesia* y de *El Correo Español*, de 28 y 29 de enero de 1896 y *La Nación* de Buenos Aires del 24 de febrero de 1896, en Ana Leonor Romero, “Hispanofobia y lazos... op. cit.

¹¹⁸ Véase Ana Leonor Romero, “Hispanofobia y lazos... op. cit.

¹¹⁹ *La Nación*, 26 de diciembre de 1896, en *ibídem*.

la Argentina una presencia capaz de contrarrestar el mensaje unitario hispano aplicando, por ejemplo, el argumento de José Martí de que el pueblo cubano se proponía lo que antes se vio obligado a hacer el pueblo argentino para alcanzar la libertad y la independencia del coloniaje español.

En las filas de la derecha, que ejemplificaba con las más altas calificaciones el influyente general Roca, se agrupaban, como hemos comprobado, los que veían en la lucha del pueblo cubano un conflicto que en ese momento no gravitaba directamente sobre los intereses inmediatos de la Argentina. Durante todo ese período el general Julio A. Roca ejerció su influencia personal que fue, dados sus antecedentes políticos, esencialmente conservadora, incluso durante las dos ocasiones en que, de 1895 a 1896, asumió la presidencia en sustitución del enfermo presidente Uriburu, y a partir de 1898 como presidente electo.

Permítasenos conjeturar que la política esbozada en las líneas precedentes posiblemente no se hubiera aplicado exactamente en esos términos de haber logrado Sáenz Peña la primera magistratura en el período presidencial de 1892-1898, cuando en 1891, paralelamente al incidente provocado por la legación de España, fue proclamado candidato a la presidencia por el Partido Socialista y la oposición conservadora, con la activa connivencia de Roca, lo situó ante la penosa alternativa de tener que luchar contra la candidatura de Luís Sáenz Peña, su propio padre, lo cual le obligó a retirarse de comicios que los observadores daban por seguro que serían ganados por él.

Pero lo importante es que las figuras políticas argentinas en el poder evidenciaban un marcado pragmatismo en su política exterior. Y por eso, ya iniciada la intervención de Estados Unidos en Cuba, el gobierno argentino se apresuró a declarar su neutralidad en ese conflicto con una visión muy estricta del alcance de ese término, a duras penas correspondiente con el concepto de “la madre patria”. Entre otras cosas, cursó instrucciones terminantes para interrumpir los viajes de los vapores españoles de la Línea Trasatlántica Española a sus instalaciones portuarias en el Río La Plata. Por eso no es de excluir que si los revolucionarios cubanos hubieran logrado separar a la Isla de España antes de la intervención estadounidense y un gobierno cubano con una figura digna en la presidencia era

reconocido por Alemania o Inglaterra, o ambas potencias, habría sido posible concebir la incorporación de la Argentina al apoyo de Cuba.

No faltaron, en fin, otros curiosos del drama latinoamericano ante la expansión yanqui prevista y repetidamente anunciada por Martí. Uno de ellos fue Rubén Darío, que unió su talento literario a Roque Sáenz Peña en aquel año memorable de 1898:

Sáenz Peña habló conmovido en esta noche de España, y no se podía menos que evocar sus triunfos de Washington. ¡Así debe haber sorprendido al Blaine de las engañifas, con su noble elocuencia, al Blaine y todos sus algodoneros, tocineros y locomotos!

En este discurso en la fiesta de *La Victoria* el estadista volvió a surgir junto con el varón cordial. Habló repitiendo lo que siempre ha sustentado, sus ideas sobre el peligro que entrañan esas mandíbulas de boa todavía abiertas tras la tragada de Tejas; la codicia del anglosajón, el apetito *yankee* demostrado, la infamia política del gobierno del Norte; lo útil, lo necesario que es para las nacionalidades españolas de América estar a la expectativa de un estiramiento del constrictor.

Sólo un alma ha sido tan previsora sobre este concepto, tan previsora y persistente como la de Saenz Peña y esa fue – ¡curiosa ironía del tiempo! – la del padre de Cuba libre, la de José Martí. Martí no cesó nunca de predicar a las naciones de su sangre que tuviesen cuidado con aquellos hombres de rapiña, que no mirasen en esos acercamientos y cosas panamericanas, sino la añagaza y la trampa de los comerciantes de la *yanquería*. ¿Qué diría hoy el cubano al ver que so color de ayuda para la ansiada Perla, el monstruo se la traga con ostra y todo? ¹²⁰

¹²⁰ Rubén Darío, “El triunfo de Calibán”, en *El Tiempo*, Buenos Aires, 20 de mayo de 1898. El artículo se publicó también bajo el título “Rubén Darío combatiente”, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, 1ro de octubre de 1898. Puede consultarse la versión digitalizada del propio artículo en *Antología del Ensayo*, Internet.

Mejor epílogo no puede hallarse para poner fin a estas líneas. Tal vez alguna evidencia de los posibles contactos de Martí anteriores y posteriores a su designación de Cónsul de la Argentina con Roque Sáenz Peña pueda encontrarse en los papeles del insigne político argentino. La búsqueda valdría la pena.

¿Y Martí? Es claro que no podía estar informado de todo lo que a sus espaldas había ocurrido durante los incidentes de su renuncia. Y si lo estaba, su generosidad predominaba en todos sus actos. Todavía tuvo tiempo, al publicarse uno de los libros de Vicente G. Quesada cuando éste era ya Ministro Plenipotenciario en España, para redactar y publicar el 14 de febrero de 1893 en el periódico *Patria* una reseña equilibrada y justa en la que apreció su contenido en términos elogiosos, cuyos aspectos salientes se reproducen a continuación:

El libro de Quesada es de esos estudios sinceros y totales sobre América [...] el ministro *hoy en la corte de sus amos de ayer*¹²¹ [...] él hombre agudo y positivo, que ve al mundo sin cáscara por donde corre a ojos la sangre y el pus [...] cree fácil demostrar con hechos históricos la viril energía y capacidad de nuestra raza para el gobierno libre. Los hispanoamericanos tienen la capacidad y el vigor necesarios para vencer las dificultades de los pueblos nuevos para gobernarse y prosperar [...] Y así funda su juicio sobre la capacidad bastante de nuestra América, el argentino de pluma sincera que está hoy de ministro de su patria libre *en la corte de sus antiguos dueños*.¹²²

Sólo un detalle es conveniente destacar en la lisonjera reseña desde el ángulo estrictamente político: su insistencia en recordarle a Quesada que

¹²¹ El énfasis es del autor.

¹²² José Martí, “*La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española*, libro nuevo del Sr. Vicente G. Quesada, ministro argentino en España”, *Patria*, 14 de febrero de 1893, en *OC*, t. 7, pp. 389-392.

prestaba servicio ante una monarquía que había sido dueña de su país, pero liberada por una revolución como la que el pueblo cubano preparaba y aspiraba a realizar. Por lo menos en las dos ocasiones citadas se lo recuerda a Quesada, que se habrá sorprendido de comprobar que el argumento que Martí desarrolló en su renuncia al consulado y cuya publicación temía, finalmente halló su lugar en la prensa revolucionaria cubana. En cuanto al uso que hace de la frase “nuestra raza”, habría que recordar que ese calificativo era frecuentemente utilizado por los intelectuales, políticos y funcionarios gubernamentales argentinos, que también él empleaba en sus escritos oficiales y correspondencia privada con personalidades de ese país, como en la instancia que acabamos de citar. No era coincidencia con el contenido de ese término eminentemente racista, sino una manera de recordarles otro detalle que figuraba en su renuncia: que “mi raza” no era término para uso exclusivo de los argentinos, sino patrimonio de todos los hispanoamericanos, incluyendo los del Caribe, que durante más de una década habían luchado por la independencia y en ese momento se disponían a emprenderla de nuevo.

Huelga decir que la interpretación martiana del significado de ese término difería substancialmente del acuñado en la Argentina, donde se aludía al legado de raza, cultura y tradiciones “latinas” heredadas de Europa. Para Martí, lo aclara en “Nuestra América”, esa frase, ampliamente difundida como pieza clave del proyecto nacional argentino, tenía un alcance mucho mayor.

Una ojeada a la historia emergente de estos días es suficiente para comprender hasta que punto Martí tenía razón. Después del interludio de viril independencia de los gobiernos argentinos, condicionada por los hombres excepcionales que entonces dirigieron su destino y, por qué no, la enorme capacidad persuasiva de José Martí, con celeridad sorprendente los gobiernos subsiguientes concibieron y desarrollaron una política de acercamiento a Estados Unidos, sobre todo después que ese país logró, con un impresionante despliegue de fuerzas navales en la guerra de 1898, todos sus objetivos

estratégicos con una fácil victoria sobre España,¹²³ con rédito altamente ganancial en términos de poder internacional. En otra incomprensible rectificación en su política exterior, apartándose, incluso drásticamente, de la Doctrina Drago, respetada por la mayoría de los estados hispanoamericanos, que establecía que ningún poder extranjero podía utilizar la fuerza contra una nación americana para hacer efectivo el pago de una deuda, el Ministro Plenipotenciario de la Argentina en Washington, Epifanio Portela, proclamó en 1905, en una acción que habría ruborizado a los grandes hombres de la América de habla castellana, la aprobación de su gobierno a la enmienda o Corolario Roosevelt de la Doctrina de Monroe, que aprobaba la intervención de Estados Unidos en América Latina. A partir del año siguiente y en décadas subsiguientes, al amparo de la Unión Panamericana, la Argentina se convirtió en un firme aliado de Estados Unidos.

¹²³ La “espléndida guerrita”, como la caracterizaba John Hay, el acaudalado subsecretario de estado del presidente McKinley.

CONCLUSIONES

Conviene, al llegar a este punto, presentar una breve síntesis conclusiva que facilite la comprensión y futuras investigaciones complementarias.

- No puede negarse que resultado neto de la acción diplomática de la Legación de España contra Martí fue un revés para la diplomacia hispana y argentina, que se proponía, pero no alcanzó a lograr, afectar el prestigio de la revolución cubana. De ello dan constancia sobrada los artículos de la prensa local sobre el incidente, las notas diplomáticas del jefe de misión argentino a su gobierno y las respuestas de éste a las acusaciones de la Legación Española. Para Martí, todo lo ocurrido constituyó una experiencia amarga, pero valiosa, en tanto le evidenció la imposibilidad de obtener apoyo y ayuda del gobierno argentino durante la lucha revolucionaria, y proyectaba la sombra de la duda sobre los días posteriores a la victoria.
- Los grupos de poder argentinos, dentro y fuera del gobierno, preveían que la cercana guerra de independencia de Cuba daría lugar a una intervención del gobierno estadounidense que conduciría a la humillación de España y no a la independencia de Cuba. Estados Unidos alcanzaría sus objetivos de controlar el Caribe, aproximación ideal para la seguridad del istmo y del futuro Canal de Panamá o de Nicaragua. A partir del istmo se esperaba la continuación de la expansión estadounidense hacia Sudamérica. Martí hizo cuanto pudo por llamar la atención del gobierno argentino

hacia esa posibilidad, que de haber sido aceptada habría incorporado a Cuba al proyecto estratégico defensivo de Argentina.

- La documentación diplomática bonaerense, principalmente los informes políticos de Vicente G. Quesada, Ministro Plenipotenciario de Argentina en Washington, algunos de los cuales se encuentran en la colección de notas diplomáticas recibidas de la Argentina en 1991, indica cierta inquietud por la creación de una nueva área de influencia norteamericana en el Caribe, potencialmente peligrosa para la Argentina.
- Esa inquietud se fundamenta en las manifestaciones públicas de los políticos conservadores del Partido Republicano y del alto oficial naval norteamericano, Alfred Thayer Mahan, que en los años 1889-1890 difundió en artículos de prensa, revistas y obras de estrategia naval la “necesidad” de controlar a Cuba, Puerto Rico, República Dominicana y Haití. Jamaica entraba en los cálculos pero era una complicación adicional porque podría provocar una guerra con Inglaterra, reconocida por aquellos días como el principal peligro militar para Estados Unidos. Con ello se garantizaría la seguridad en el Paso de los Vientos para los aproches y construcción posterior de un canal interoceánico que permitiría, con fines bélicos, el tránsito rápido de las flotas del Pacífico y el Atlántico entre las dos vertientes oceánicas y el flujo de la producción desde los centros industriales del nordeste y centro del país hacia los grandes mercados asiáticos, pues los vastos territorios del oeste estaban aún relativamente subdesarrollados e insuficientemente comunicados con la costa del Pacífico.
- Martí, que obviamente conocía ese proyecto expansionista, concluyó que con la independencia de Cuba y Puerto Rico podrían detenerse o demorarse los planes estratégicos norteamericanos, contando con el apoyo de algunos países hispanoamericanos y de una o varias de las grandes potencias europeas, sobre todo de Inglaterra y

Alemania, con intereses contrarios a los norteamericanos en el Caribe, Centro y Sudamérica y el Pacífico. Hombres como Roque Sáenz Peña y algunos de sus seguidores llegaron a considerar factibles, sobre todo durante la Conferencia Internacional Americana, las reflexiones estratégicas de Martí, pero evolucionaron hacia la posición de que la guerra liberadora de los cubanos, aunque justa, era “inoportuna”, pues daría lugar a la intervención estadounidense en la América Hispana. Por eso incluso el gobierno argentino cedió armas a España entre 1892 y 1896 y permitió el traslado a Cuba de combatientes voluntarios españoles simpatizantes con la causa hispana, al tiempo que se abstuvo de reconocer la beligerancia del pueblo cubano.

- El ambiente que prevalecía en el servicio exterior argentino en los días en que Martí fungió como Cónsul General de ese país, era desalentador. A ello contribuía la compleja personalidad de Vicente G. Quesada, cuya caracterización más aproximada incluye, aparte de su reconocido talento, su amistad con el influyente Julio A. Roca y la confianza de éste en él, realidad que lo hacía un funcionario difícil de someter a la disciplina de la cancillería, sobretodo porque era conocida su desconfianza en las motivaciones estadounidenses.
- La documentación revela problemas entre Quesada y los sucesivos ministros de relaciones exteriores de su país. Uno de ellos era el de jurisdicción y la autoridad que él, como jefe de misión, se atribuía para destituir y proponer candidatos al servicio consular. Tanto Gonzalo de Quesada como José Martí fueron víctimas de esas deformaciones burocráticas. Pero esos conflictos menores no fueron los decisivos en la renuncia de Martí, sino el alto tenor de su cargo consular al servicio de un país que mantenía estrechas relaciones con España. Y desde luego, en ese escenario lo definitivo era el curso de la política exterior argentina, que ante el peligro estadounidense se inclinó cada vez más marcadamente hacia Europa, incluida España.

- Dos eventos en 1898 confirmaron a los centros de poder argentinos del peligro de una agresión eventual de Estados Unidos: las declaraciones públicas en varios de los grandes periódicos estadounidenses del Senador John Tyler Morgan, prominente secesionista y uno de los más famosos racistas del Congreso norteamericano, furibundo partidario del expansionismo yanqui, acerca de la eventual anexión de todo el hemisferio a Estados Unidos, lo que provocó en la Argentina una reacción escuálida, apenas perceptible, para convocar a un Congreso de Repúblicas Hispanoamericanas a fin de enfrentar el peligro de la expansión estadounidense. Quedó abundantemente comprobado que el grupo conservador republicano, bajo la dirección de James G. Blaine y la fundamentación del proyecto expansivo de Alfred Thayer Mahan, mantuvo en todo momento la iniciativa estratégica y la aplicó casi hasta el último detalle con el triunfo en la guerra de 1898.
- Fuera de las previsiones de José Martí y las posibles reservas menores de Roque Sáenz Peña, pues, no aparecieron notas, cartas, instrucciones u orientaciones que permitan afirmar que existió en algún momento la voluntad política en la diplomacia argentina de avanzar hacia la unión con Hispanoamérica, a pesar del poder persuasivo de Martí y de una porción relativamente importante de la prensa más progresista y de la intelectualidad argentina, con excepción de varios periódicos nacionales, particularmente de *La Nación* de Buenos Aires. Puede afirmarse que el gobierno argentino rechazó las aproximaciones panamericanistas de Estados Unidos durante la Conferencia Internacional Americana, pero también los llamados a la unidad hispanoamericana de Martí. Ante el previsto avance de Estados Unidos hacia el sur del continente, los centros de poder argentinos, en el gobierno y fuera de él, optaron por mantener y de hecho fortalecer los vínculos inmigratorios, económicos, políticos y culturales con Europa, España incluida.

- Una conclusión postrera: la guerra del 95 se inició lastrada con la división profunda de América Latina. Los dos países mayores de Sudamérica, Argentina y Brasil, siempre alentados en sus discrepancias por Estados Unidos, se vieron envueltos en un diferendo territorial en Misiones con peligro de guerra. Argentina se negaba a la unión de la América hispana, considerada inútil para enfrentar a la agresividad expansiva norteamericana; Brasil, ya república, insistía en una alianza estratégica con Estados Unidos para impedir la unión hispanoamericana que podía ser lesiva a sus intereses. La historia dio su veredicto, finalmente, entrado el siglo XXI.
- Pero Estanislao S. Zeballos, tres veces ministro de relaciones exteriores de la Argentina, candidato natural a la presidencia de su país, fracasó ruidosamente en las negociaciones con Brasil por el territorio de Misiones. Y en 1901, en la revista de su propiedad, independientemente de sus convicciones ultranacionalistas y francamente xenófobas, que Martí, en un almuerzo privado en su embajada, poco antes de viajar a Cuba, a fines de 1894, le confió sus “intimidades” con México y Centroamérica. Era una información muy delicada que parece le fue comunicada en 1894, poco después del viaje de Martí a México y de su entrevista con el Presidente Porfirio Díaz. En la privacidad de su embajada, tal vez haya podido confiarle a Martí la posibilidad de un futuro apoyo de su país a una Cuba independiente. Pero en el momento de escribir estas líneas nada se ha podido conocer al respecto.¹²⁴

Finalmente, la viabilidad del concepto martiano del equilibrio en el las Antillas hispanas quedó demostrada con la actitud de las potencias europeas, particularmente Inglaterra, de mantener y defender lo que consideraba su derecho al comercio, las inversiones

¹²⁴ Véase en la sección de Anexos la nota introductoria completa de Estanislao Severo Zeballos al artículo con firma de José Martí, “Lira Cubana – Mi reyecillo”, *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, Argentina, Marzo de 1901, p. 82.

y las relaciones económicas con Cuba, independientemente de Estados Unidos, hasta que, años después, durante el seudo gobierno republicano, a las puertas de la Segunda Guerra Mundial, logró suscribir el acuerdo comercial que aseguraba su parte del mercado cubano; hasta 1973, cuando abandonó toda esperanza de una política independiente y se unió a Estados Unidos en el bloqueo a Cuba revolucionaria, posición que continuó deteriorándose hasta alcanzar los niveles de dependencia y servilismo de los días que corren.

ANEXOS

Documentos citados relativos a Martí./

1 /Nota introductoria de Estanislao Severo Zeballos al artículo con firma de José Martí, "Lira Cubana – Mi reyecillo", en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, Argentina, Marzo de 1901, p. 82.

Era José Martí el iniciador, el apóstol y el brazo armado de la honda conspiración de 1893, que al fin dio en tierra con la soberanía de España en Cuba. Educado y con vínculos altos en Madrid, fue conspirador hidalgo. Amaba y respetaba las tradiciones de España y si había consagrado su vida a la independencia de su isla lujuriosa y potente, era para transformarla en altiva nación, de la familia hispana, a la manera de la Argentina. El resentimiento pasaría como ha sucedido respecto de esta y España y Cuba se amarían. No admitió la anexión a los Estados Unidos de América, ni su protectorado. Por eso disciplinaba la acción popular entre los americanos; pero tenía todas sus intimidades y sus esperanzas en los gobiernos latinos de México y de Centro América, tal era su credo político, que recogí de sus labios mientras almorzaba en la Legación Argentina en Washington de paso para Tampa y para Cuba, de donde no regresaría! Era su talento extraordinario; las facetas de su imaginación comparables a la lluvia de meteoros tropicales que enajenaban a Humboldt; su frase ática; su pensamiento nobilísimo. Más fluente y espontáneo, pero más militante, este genio tropical me recordaba a Avellaneda. Él tradujo o dirigió la

traducción, bajo la superintendencia del doctor Carlos A. Aldao, su secretario de la legación de todos los documentos sobre Misiones que sometí al árbitro; y cuando lo invité a arreglar cuentas de honorarios, solamente aceptó, con delicadeza suprema, el importe modestísimo de sus gastos de viaje y personales. No quería dinero, no lo necesitaba. Estaba resuelto a morir, a libertar a Cuba y la hora de la partida era inminente. Y partió y cayó con el pecho atravesado por las balas en la playa misma del desembarco. Su heroica muerte fue una desgracia americana y extinguió el brillo de un astro que habría resplandecido en los horizontes del habla castellana y más allá de sus fronteras, entre las inteligencias culminantes del siglo XX.

(2 TEXTO DE LA CARTA DE JOSÉ MARTÍ A VICENTE G. QUESADA, MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE LA ARGENTINA EN ESTADOS UNIDOS, EN LA COLECCIÓN DE DOCUMENTOS DONADOS POR EL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES Y CULTO DE LA ARGENTINA, 1991, EN EL ARCHIVO DE LA BIBLIOTECA DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS.

Tengo la honra de dirigirme a V.E. para ratificar, en testimonio de mi respeto y agradecimiento a la República Argentina, la renuncia del cargo de Cónsul Argentino en esta ciudad que ansioso de evitar comentario alguno contra aquel agradecimiento y respeto, envié a V.E. por telégrafo el día 11.

Como el premio más honroso a mi cariño vigilante por los pueblos de mi raza en América, recibí y procuré justificar en su desempeño el nombramiento, ni directa ni indirectamente solicitado y por eso mismo más halagador, de Cónsul Argentino en Nueva York. Pero se me dice que un periódico español en esta ciudad ha publicado un artículo en que intenta hallar incompatibilidad entre mi nacimiento de cubano que me obliga a luchar por obtener para mi patria lo mismo que los padres de la patria Argentina obtuvieron a su hora para su país, —y mi carácter de Cónsul de la República en Nueva York. Y como añade el periódico, a lo que se me dice que pudiera mi permanencia en este puesto provocar un conflicto entre el país que me honró con él y la monarquía de la Península, no por un momento puedo consentir en continuar, por honrosa que ella me

sea, en una situación por donde viniera yo a pagar con una controversia ingrata una distinción de tanto valer para mí, que contará siempre entre las más caras y lisonjeras de mi vida.

Ruego a V.E. se sirva ordenar al Sr. Vice Cónsul, se haga cargo del Consulado que renunció, y creer que si en mi persona desaparece el Cónsul Argentino en Nueva York, queda en mí siempre para la República Argentina un hijo agradecido.

BIBLIOGRAFÍA

Todas las citas documentales sobre Martí del Ministerio de relaciones Exteriores de la Argentina, mencionadas en el texto, salvo excepciones debidamente identificadas, provienen de los notas diplomáticas, documentos y copias de artículos periodísticos estadounidenses aportados por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina y entregados a la Embajada de Cuba en 1991, incluidos en los anexos. Puede consultarse además el Anuario No. 14 del *Anuario* del Centro de Estudios Martianos de 1991 citado en notas anteriores, aunque el número de notas diplomáticas no pasa de veinte de un total superior a las cien, y su contenido no aporta nada nuevo a la tradicional interpretación que abunda en nuestros textos y biografías del Apóstol.

A

José Antequera, "La Guerra Hispano Norteamericana de 1898 y sus repercusiones en Mendoza". Diario *Los Andes*, 29 de mayo de 1898, p. 2, col.

C

Chile, Jack, "The 1889-1890 Washington Conference through Cuban eyes: José Martí and the First International American Conference", *Inter – American Review of Bibliography*, vol 20, no. 2 (1989).

Cisneros, Andrés y Carlos Escudé, directores: *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, producida por el Consejo Argentino para las Relaciones Exteriores (CARI), Buenos Aires, Grupo Nuevohacer, Grupo Editor Latinoamericano, 15 vols., versión digitalizada, Internet.

D

Darío Rubén, "El triunfo de Calibán", *El Tiempo*, Buenos Aires, 20 de mayo de 1898. digitalizada del propio artículo en *Antología del Ensayo*, Internet.

"España e Hispanoamérica mirada a través del Atlántico (1824-1975), en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998.

De Armas, Ramón: *La revolución pospuesta*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973.

F

Fernández Retamar, Roberto: *Introducción a José Martí*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2001,

-----: "Semblanza biográfica de José Martí", en *Nuestra América combate, José Martí*, Centro de Estudios Martianos, 2009,

-----: "*Reflexiones sobre el significado del 98*", La Habana, Casa de las Américas, 1998.

-----: *Ensayo de otro mundo*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1967.

Flavio, Carlos A. y Cesar A. García: *Historia Política de la Argentina Contemporánea, 1880-1893*, Editorial Alianza, Buenos Aires, 1991.

Franzbach, Martín, *La guerra del 98 en el marco de los intereses alemanes*. Separata de *Iberoamericana*, Frankfurt, 22 de enero de 1998, p. 24. Archivo del Estado de Hamburgo, Asuntos Exteriores, p. II-2-96,

G

García Pascual. Luis *Entorno martiano* La Habana, Ediciones Abril, 2003, p. 91).

González Patricio, Rolando: *La diplomacia del Delegado. Estrategia y tácticas de José Martí (1892-1895)*, La Habana, Editora Política, 1998.

González Natale, Lic. Rodrigo, Lic. Patricia A. Orbe, "Expansionismo norteamericano e integración de América Latina ante el conflicto cubano de 1898: la visión preventiva de la diplomacia argentina".

H

Halperin Donghi, Tulio: *Historia Contemporánea de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Alianza, 1997.

-----: "España e Hispanoamérica mirada a través del Atlántico (1824-1975)", en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998.

Hart Dávalos, Armando. *José Martí y el equilibrio del mundo. Estudio Introductorio*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2011

Herrera Franyutti, Alfonso, *Martí en México. Recuerdos de una época*, Senado de la República, 3ra edición, C. México.

Hidalgo Paz, Ibrahim, *Cronología de José Martí, 1853-1895*, La Habana Centro de Estudios Martianos, 2003, p. 403.

Hill J. Karra, "José Martí and the Pan American Conference, 1889-1891". *Revista de Historia Americana*, vol. 77 (1974).

Historia Marxista de Argentina de la editora digital Avizora, *monografía firmada por Landau (probablemente un seudónimo) cuya dirección electrónica es landau@interar.com.ar, y Avizora [mailto: webmaster@avizora.com](mailto:webmaster@avizora.com). Y también A continuation of a Marxist History of Argentina", Prof. Nestor García, en Internet.*

I

Ibarra Guitart, Jorge Renato, *El tratado anglo cubano de 1905. Estados Unidos contra Europa*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, (edición de 2008).

11

J

Jaguaribe, Helio, "Presente e futuro das relações Brasil-Estados Unidos", en *Estados Unidos en la transición democrática*, São Paulo, Editora Paz e Terra, 1985.

M

Mahan Alfred Thayer: *The influence of sea power upon history 1660-1805*, Anglewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall, 1890, disponible en Internet. Interesa conocer que sus enseñanzas de sabor "geoestratégico" se estudian y discuten actualmente en los círculos especializados de Estados Unidos.

-----: "The United States Looking Outwards", *Atlantic Monthly*, agosto de 1890, en *The iinterest of America in Sea Power. Presente and Future (1897)*, del propio autor Disponible en Internet. Véase el amplio contexto de este tema en Rodolfo Sarracino, "Martí en el Club Crepúsculo: en busca de nuevos equilibrios, La Habana, revista *Casa de las Américas*, No. 251, abril-junio 2008.

Martí, José: Carta al General Máximo Gómez, *Epistolario*, tomo IV, pp.

-----: *La América*, "A propósito del libro de Henry Hill *Los recuerdos de un un octogenario*", New York, febrero de 1884, en *Obras Completas*, La Habana.

- : "Cuadernos de Apuntes", *Obras Completas* 1963-65, tomo 8.
- : "Fiestas de la Estatua de la Libertad", *Obras Completas*, *La Nación*, Nueva York, octubre 29 de 1886, en *Obras Completas* OC, T. 11,
- : "*La democracia práctica*, libro nuevo del publicista americano Luis Varela, diputado argentino", en *Obras Completas* t. 7,
- : "Paz, escuelas, inmigrantes, ferrocarriles", *La América*, Nueva York, octubre de 1883, "Mensaje del Presidente de la República al Congreso, O.C, digitalizadas, t.7 KIMERA, La Habana,
- : "Juan Carlos Gómez", *La América*, New York, julio de 1884, en OC, t. 8, p. 189. El "anciano de barba gris" era Juan Carlos Gómez.
- : "Tipos y costumbres bonaerenses", por Juan A. Piaggio *El Partido Liberal*, 3 de octubre de 1889, en OC, t. 7,
- : Carta a Manuel Mercado, New York, [19 de abril de 1887] *Epistolario*, t. 1, 1862-1887, p. 397, La Habana, *Obras Completas*, Centro de Estudios Martianos, Editorial de Ciencias Sociales, 1993.
- : *Epistolario*, Nueva York, 1888, *Obras Completas*, t. 20, La fecha en esta fuente es incorrecta.
- : "la República Argentina en el exterior". En *La Nación*, Nueva York, 3 de mayo de 1888, en *Obras Completas*, t. 7,
- : *La Edad de Oro*, "La Exposición de París" *Obras Completas*, t. 18, Esta pertinente observación de José Martí sobre la Argentina y su rápido crecimiento económico y potencial social fue evocada por el Dr. Salvador Arias, probablemente el cubano que mejor conoce *La Edad de Oro*, obra maestra de José Martí.
- ; *Epistolario*, tomo II 1888-1891, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1993.
- , carta a Gonzalo de Quesada, New York, [27 de noviembre de 1889] en OC, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1991.
- : Carta a Miguel Tedín, 17 de octubre de 1889, *Obras Completas* t. 7.

- : Carta al General Máximo Gómez, *Epistolario*, tomo IV,
- : Agrupamiento de los pueblos de América. – Escuelas de Buenos Aires. — Buenos Aires, París, New York, *La América*, Nueva York, junio de 1883, *Obras Completas*, t. 8.
- : Carta a Enrique Estrázulas, Nueva York, octubre 20 de 1887 en *Epistolario*, *Obras Completas*, t.20.
- : Carta a Bartolomé Mitre, Nueva York, 19 de diciembre de 1882, en “En los Estados Unidos. Escenas Norteamericanas,” *Obras Completas*, t. 9,
- : José Martí, Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, pronunciado en Hardman Hall, New York, 10 de octubre de 1891, *OC*, t. 4,.
- : *Manifiesto de Montecristi*, en *Obras Completas*, La Habana, 1963-1973, t. 4.
- : “Las guerras civiles en Sudamérica”, *Patria*, Nueva York, 22 de septiembre de 1894, en *Obras Completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, t. 6.
- : “A los presidentes de los *Clubs* del Partido Revolucionario Cubano, en el cuerpo de consejo de Key West, New York, 12 de mayo de 1892, en *Epistolario*, t. 3.
- : *Patria*, Nueva York, 19 de agosto de 1893, en *Obras Completas*, t. 2,
- : “*La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española*, libro nuevo del Sr. Vicente G. Quesada, ministro argentino en España”, *Patria*, 14 de febrero de 1893, en *OC*, t. 7.
- : “El día de Juárez” *Patria*, Nueva York, 14 de julio de 1894, *OC*, t. 8,
- : Carta a Gonzalo de Quesada, [New York] noviembre 12 de 1889, en *O.C.*, t. 6, p.121, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1991.
- : Carta al General Máximo Gómez, *Epistolario*, tomo IV,

-----: Carta a Gonzalo de Quesada, [New York, sábado 14 de diciembre de 1889] OC, t. 6, pp.

-----: carta a Roque Sáenz Peña, 10 de abril de 1890, en *Obras Completas*, t. 7.

Mabry, Donald J *Argentine to 1890*, en *The Historical Text Archive* disponible en Internet.

MacGann, Thomas F.: *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano 1880-1914*, trad. De G. O. Tjarks, Buenos Aires, 1960,

Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Argentina: Carta de Vicente G. Quesada a Norberto Quirino Costa, Ministro de Relaciones Exteriores, 16 de abril 1889, Caja 1, Primera Conferencia Pan Americana, Pol. Ministerio de Relaciones Exteriores, en: David Sheinin, "Flaccid Anti-Americanism: Argentine Relations with the United States at the turn of the Century", op. cit.

MOMMSEN, W.: *La época del Imperialismo*. México, Siglo XXI, 1991.

N

Q

Quesada, Vicente G.: *Mis Memorias de Brasil. Misión ante el gobierno de Brasil*, (2 tomos.), Buenos Aires, 1907.

-----: *Recuerdos de mi vida diplomática: misión en Estados Unidos (1885-1892)*, Buenos Aires, 1905.

-----: *Mis Memorias Diplomáticas* (Capítulos 4, "La cuestión Misiones", pp. 418-440) y 5 ("Don Pedro II, Emperador del Brasil" pp. 441-473), Buenos Aires, Pablo Emilio Coni, 1907.

R

-----, Nota de al Ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina, 31 de diciembre de 1891,

Richmond, Douglas W.. *Carlos Pellegrini and the crisis of the Argentine Elites, 1880-1916*, London, Prager Publishers, 1985., ampliamente fundamentado..Una amplia reseña de este libro puede obtenerse en Internet.

Romero, Ana Leonor, "Estado, política y ciudadanía en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX. Prácticas y representaciones", ponencia leída en el Congreso de 2009 de la Asociación de Estudios

Latinoamericanos”, Río de Janeiro, 11-14 de junio de 2009). Disponible en Internet.

RUIZ MORENO, I. (1956): *Historia de las relaciones exteriores argentinas (1810-1955)*. Buenos Aires, Ed. Perrot.

-----: “Hispanofobia y lazos culturales entre España y la Argentina”, ponencia para el Congreso 2009 de la Asociación de Estudios Latinoamericanos op. cit. disponible en Internet.

S

Sarmiento, Domingo Faustino. Carta a Paul Groussac, de la redacción de *La Nación*, enero 4 de 1887, en *Obras Completas de Domingo Sarmiento Sarmiento*, Buenos Aires, 1900, *Obras Completas* t. XLV.

Sarracino, ´Rodolfo, “José Martí y la Estatua de la Libertad”, Portal José Martí del Centro de Estudios Martianos, Internet.

-----: “América Latina y Europa en el equilibrio martiano”, *Honda*, La Habana, no. 7, 2003.

-----: “José Martí: el equilibrio del mundo contra el proyecto estratégico de Estados Unidos”, en la revista *Honda*, La Habana, No. 22 de 2008.

-----: “José Martí: su visión del equilibrio del mundo contra la estrategia de fuerza de los Estados Unidos”, en la revista *Anuario del Centro de Estudios Martianos* No. 31, 2008.

-----: *José Martí en el Club Crepúsculo de Nueva York. En busca de nuevos equilibrios*, Universidad de Guadalajara y Centro de Estudios Martianos, La Habana y Guadalajara, 2010.

-----: “José Martí en el Club Crepúsculo de Nueva York: en busca de la patria de Lincoln”, en la revista *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, No. 30, 2007.

Sáenz Peña, Roque: *Escritos y discursos*, t. 1, Buenos Aires, 1914 La Habana.

-----: *José Martí y el caso Cutting: ¿Extraterritorialidad o anexionismo?* La Habana, Guadalajara, 2004.

-----: “José Martí en los Estados Unidos, Periodismo de 1881 a 1882”, *La Nueva Revista Venezolana*, Caracas, no. 1, enero 2006.

-----: "José Martí, Simón Bolívar y el equilibrio en las relaciones internacionales", *La Nueva Revista Venezolana*, Caracas, no. 3, (julio-diciembre 2006).

Sheinin, David, "Flaccid Anti-Americanism. Argentine Relations with the United States at the turn of the Century", conferencia impartida en la Reunión Internacional de la Asociación de Estudios de América Latina, Guadalajara, México, abril 17-19 de 1997, disponible en Internet.

Z

Zeballos, Estanislao "Intervención anglo alemana en Venezuela, en *Revista de Derecho y Letras*, año V, tomo XIV, Buenos Aires, 1902.

- ZULETA ALVAREZ, E.: "Los Estados Unidos y la guerra del 98". En : Cuadernos Hispanoamericanos. Monográfico. N° 577-578, Julio-Agosto. Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional. Pp. 171-201 1998.

